3 1761 08831797 9

NUEVAS LECTURAS

Luis Coloma

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO

JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

NUEVAS LECTURAS

LS
C7187n

NUEVAS LECTURAS

POR

EL P. LUIS COLOMA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

BILBAO
IMPRENTA DEL CORAZÓN DE JESÚS
Muelle de Marzana, núm. 7.

457095
1. 47
31.

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY

CARTAS CLARAS

CARTA PRIMERA

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/nuevaslecturas00colo

DOS JUANES

El que reúne virtudes sin humildad, es semejante al que lleva polvo expuesto al viento. (San Gregorio.)

Á LA EXCMA. SRA. D.ª N.*** N.***

Señora mía:

Ayer me entregó Juan Cortegana las dos fotografías que tiene V. E. la bondad de enviarme, y la carta en que con sencillez tan espontánea me descubre el gozo de su alma, la paz de su conciencia y el tranquilo bienestar de que disfruta en esa linda aldehuela, asesorada por los doctos consejos de ese Sr. Provisor que ahí veranea, dirigida por ese R. Capellán que llevó de la corte, y fortalecida por el trato y amistad de esas benditas MM. Bernardas que la confortan y ayudan

con sus ejemplos y oraciones, bizcochitos y alpisteras.

Loado sea Dios, Excma. Sra., que tal placidez da á su espíritu y tan altos alientos la infunde, que rebosan por la punta de la pluma, y saltan y se atropellan en el papel en frases tan fervorosas como estas textuales de su carta, que ante los ojos tengo presentes:

«Todos me elogian y me aseguran que el Señor me guarda para grandes obras, y como yo siento en mí alientos nada vulgares, ruego á V. R. me indique la manera cómo se preparaban para sus empresas algunos de esos santos grandes, grandes; fundadores, por ejemplo, que han pasado á la posteridad».

Pues ya lo creo, Señora mía, que la diré cuanto sepa, y en muy claro y sencillo romance; que harto me zumban en las orejas aquellas terribles palabras: *Vae mihi, quia tacui!* ¡Ay de mí, porque callé!

Y como no me dice V. E. si eso de las grandes obras para que el Señor la guarda se lo dijo algún ángel del cielo, doilo yo por supuesto, porque vaya la puntería á lo más alto; y la contaré, por toda respuesta, la fiel y puntual historia de lo que acaeció ha más de tres siglos á dos pobres Juanes que, si no pensaron mucho en la posteridad de que V. E. habla, no apar-

taron nunca de su mente la eternidad que no menciona en su carta.

Mas antes, permítame V. E. que con el mayor respeto la advierta que eso de clasificar á los santos en grandes y chicos yo no lo había oído nunca, como no sea en cierta copleja que escuché ha muchos años en un camino de mi tierra, y anoté, por lo extravagante, en mi prontuario.

Glorioso San Pantaleón,
Santazo de cuerpo entero,
Y no como otros santitos
Que no se ven en el snelo.

Lejos de eso, Kempis reprueba esas clasificaciones, en cierto modo comparativas, y dice terminantemente en el lib. III, cap. LVIII de la *Imitación de Cristo:*

«Tampoco te pongas á inquirir ó disputar de los merecimientos de los santos, cuál sea más santo ó mayor en el reino de los cielos... Mucho más agradable es á Dios el que piensa la gravedad de sus propios pecados y la poquedad de sus virtudes, y cuán lejos está de la perfección de los santos, que el que porfía cuál sea mayor ó menor santo».

Y una vez sentado esto, Excma. Sra., pasemos á la historia de mis dos Juanes, que si V. E. la aprende bien, y digiere su meollo y se asimila

su sustancia, cierto estoy de que la sobrarán alientos y fuerzas para llegar á

Santaza de cuerpo entero,
Y no como otras santitas
Que no se ven en el suelo.

* * *

Y fué el caso, que uno de estos Juanes salió de Gibraltar á mediados de Agosto de 1537, y comenzó á trepar por lo más áspero de la serranía de Ronda, con dirección á no sé qué lugarejo.

Era hombre muy recio, alto de cuerpo, barbinegro, muy curtido por el sol y la intemperie, y más cerca de los cuarenta que de los cincuenta años. Vestía sayo de jerga ceñido, zaragüelles de frisa, alpargatas de cáñamo, caperuza de paño burdo y una cayada en la mano.

Era el calor sofocante, la hora la del mediodía, y caminaba el viajero agobiado por el peso de un gran fardo de libros y estampicas de papel, que á las espaldas llevaba.

Hay allí un carrascal agreste y espesísimo, que arranca de las vertientes de la sierra de la Luna, y era entonces y es todavía asilo de animales salvajes y aun feroces.

Pues sucedió, que al entrarse por allí el caminante, buscando senda de atajo, vió salir á deshora y cuando menos lo pensaba de lo más

áspero del monte un Niño preciosísimo, de muy pobre atalaje, que con los piececillos descalzos, caminaba por la misma senda adelante.

No pudo sufrir aquel buen Juan que desgarrasen los abrojos del camino aquellos tiernos piececitos más que el marfil blancos, y dió voces al Niño, ofreciéndole, con más caridad que criterio, sus enormes alpargatas de cáñamo.

Agradecióselas el Niño sin tomarlas, pues de la punta al talón podía muy bien sentarse dentro, y enternecido Juan díjole entonces:

—Niño precioso y hermano, si no sirven mis alpargatas, servíos de mis hombros, que más justo será que lleve en ellos lo que á Dios tanto costó, que libros que tan poco valen.

Y como no fuesen sus palabras vano ofrecimiento, bajó la cerviz, mientras hablaba, para que el Niño subiese, y así lo hizo el rapazuelo, prosiguiendo ambos su camino, descansando el Niño, ufano Juan porque tal descanso le proporcionaba.

Mas sintió á poco el de los libros, que como á San Cristóbal en otro tiempo, se le hacía aquella ligera carga harto pesada, y comenzó á alentar y á desfallecer y á buscar apoyo en la cayada, hasta que al cabo, topándose en el camino con una fuente que de un risco brotaba, dijo:

—Niño precioso y hermano, dadme licencia

para beber un poco de agua, que me habéis hecho sudar.

Bajó el Niño incontinenti: púsole Juan al abrigo de un árbol, y fuese al manantial con ímpetus de sediento. Mas al volverse, ya satisfecho, vió de improviso que el Niño le enseñaba á lo lejos una granada abierta y en ella una cruz, y que á grandes voces le decía:

—Juan... Granada será tu cruz.

Y diciendo esto, desapareció como una nubecilla de nácar.

Y cate ahí, Excma. Sra., el fin de la primera jornada; pues como verá V. E., tenemos ya al mismísimo Niño Jesús, que no era otro el rapazuelo, dando recaditos y *llamando á grandes cosas* á un pobre Juan trajinante, con alpargatas de cáñamo y caperuza de paño pardo.

* * *

Y tan á pechos tomó Juan el llamamiento, que torció al puntó el rumbo hacia Granada, dispuesto á esperar allí nueva luz que le guiase.

Arrendó junto á la puerta de Elvira una vivienda miserable, y en ella armó su tiendecilla de estampicas y librejos, para ganarse el honrado sustento.

Llegó á poco el 20 de Enero, fiesta de San

Sebastián, é hízola muy grande la Ciudad en la ermita del Santo que está fuera de los muros, en lo alto de un cerro frontero de la Alhambra.

Predicaba á la sazón en Granada un clérigo famoso, insigne en virtud y letras, que también era Juan de nombre, y fué por eso el segundo de los dos que juegan en mi historia. Pues quiso Dios poner en tratos al Juan clérigo con el Juan librero, por medio del sermón que predicó aquel y oyó éste en la ermita de San Sebastián el día del Santo.

Ponderó el clérigo en su plática las saetas que hirieron al mártir, y pasó de ellas, como experto misionero, á las que disparan al Corazón de Cristo la malicia y la dureza de los pecadores.

Y tan vivas fueron las palabras y tan eficaces las razones del Juan clérigo, y tan blandas las entrañas y tan inmensa la contrición del Juan librero, que salióse éste fuera de sí por las puertas de la iglesia, llenando el aire de voces y de lágrimas los ojos, clamando á Dios misericordia y confesando á gritos sus pecados.

Arrojábase á veces por el suelo, como si el peso de su dolor le derribase; dábase otras con la cabeza por las paredes, mesábase la barba y las cejas, y saltando y corriendo y gritando bajó el cerro y cruzó la puente del Genil y en-

tróse en la ciudad, y llegó á su casa seguido de gran turba de muchachos y pícaros del Albaicín que con tremendo vocerío le gritaban:

—¡Al loco!... al loco!...

Arrastró fuera de la puerta el menguado tingladillo en que armaba su tienda, y dióse prisa á repartir entre los pobres dineros, estampas y librejos.

Y como si tomase al pie de la letra aquello de seguir desnudo á Cristo desnudo, despojóse también de su pobre traje, sin conservar más que calzones y camisa, y de esta suerte, descalzo y sin caperuza, voló otra vez por las calles de Granada dando voces y lamentos y golpeándose los pechos con una puntiaguda piedra.

Acosábale de cerca con gritos y pedradas la turba de chiquillos y granujas, y así llegó á la iglesia Mayor, hasta el altar del Santísimo Sacramento, donde cayó cara contra el suelo, sin cesar de llorar ni repetir con lamentables voces:

—¡Dios mío, misericordia! ¡Señor, misericordia de este gran pecador que tanto os ha ofendido!...

Y llegó la noche, Excma. Sra., y allí se estuvo aquel pobre Juan llorando sus pecados, y estimando muy justo, no porque los lloraba, sino

porque los *había cometido,* aquel injurioso vocear de las turbas:

—¡Al loco!... al loco!

* * *

Y sucedió al día siguiente que, condolidos del pobre Juan dos viejos honrados, le levantaron del suelo, y con palabras blandas y amorosas lleváronle á la posada, donde el clérigo Juan tenía su albergue.

Hallábase aquél en su estancia con grande acompañamiento de caballeros y gente granada, que á todas horas acudían en demanda de consejos y oraciones. Mas á todos despidió el buen clérigo no bien se presentó aquel nuevo visitante, sucio, roto y maltratado, y todos despejaron la pieza con aquella curiosidad que V. E. comprenderá mejor que nadie en su doble cualidad de mujer y de devota.

Larga fué la plática entre los dos Juanes, y mayor la expectación en los que de puertas afuera aguardaban. Salió al cabo el librero muy tranquilo y consolado, y despidióle el clérigo en el umbral mismo de la puerta con estas amorosas razones:

—Id enhorabuena con la bendición de Dios y con la mía, que yo confío en el Señor que no

os será negada su misericordia. Yo os recibo por hijo, y os ofrezco mis oraciones y amor.

Con lo cual quedaron sorprendidos unos, edificados otros, envidiosillos no pocos, mientras sin parar mientes en ninguno, partióse Juan muy diligente á cumplir, sin duda, las instrucciones que su nuevo Padre espiritual le había trazado.

Y lo primero que hizo, Excma. Sra., fué dar un par de zapatetas en el aire, no bien se hubo en la calle, y correr después á la plaza de Bibarrambla, lugar entonces el más público de Granada, y arrojarse de cabeza en mitad del fango.

Levantóse en la plaza tremendo griterío de burlas y clamores, y cayó sobre el pobre Juan copiosa lluvia de piedras. Mas él revolvíase en el cieno con mayor furia y violencia, y daba temerosas voces diciendo:

—Tiren más, tiren más, hermanos y señores, que hacerme heis misericordia... Traidor y ruin que tantas y tan grandes culpas ha cometido contra su Dios, bien merece ser perseguido y afrentado, maltratado y herido de todos.

Crecían con esto las risas y algazara, y Juan, tendido como muerto en el asqueroso fango, proseguía diciendo:

—Quien tan de asiento se dejó estar en el asqueroso cieno de sus pecados, no ha de tener

mejor lugar que el cieno... Sírvale este de casa, vivo, y de sepulcro, muerto.

Y como viese de repente entre el concurso aquellos dos viejos honrados que le tenían por santo y á casa del clérigo le llevaron, rompió por el gentío cual si viese al demonio (que demonio era para él cualquier asomo de estima y alabanza) y apretó á correr dando brincos y saltos por las calles y voces temerosas de perdón y misericordia; y así las recorrió por muchos días con una cruz de palo en la mano, acosado siempre de la chusma, sirviendo de risa al pueblo, de terror á los necios y de entretenimiento á los muchachos.

Hasta que al cabo, desfallecido y macilento, cazáronle como á una fiera al revolver de una esquina, y con grande fiesta y algazara dieron con él en el Hospital Real, donde, convencidos de su locura, le encerraron en una jaula.

Y aquí viene bien, Excma. Sra., recordar á V. E. cierto libro viejo que llaman *El ente dilucidado,* donde se trata, al modo de los escolásticos, esta cuestión para mí siempre dudosa:—*De si los locos son ellos ó somos nosotros.*

Porque en este caso de mi pobre Juan, señora mía, el loco no resultó él, sino resultaron los otros; y aunque V. E. se turbe y alborote y quede medrosica y hasta hurte el hombro á

esas *grandes obras para que el Señor la guarda.* fuerza es decirla que aquella demencia no era demencia real, sino fingida con muy altos fines y muy grande cordura por ende.

Era, señora mía, el camino de humillación propia y desprecio del mundo, que había de llevarle á las grandes empresas para que el Señor le llamaba.

Era la *preparación,* Excma. Sra., la *preparación* que juzgaba necesaria para aquellas santas empresas aquel clérigo Juan, maestro de espíritu, que ya podía hombrearse con el Capellán que V. E. ha traído de la corte, y aun con el mismo Sr. Provisor, que con sus doctos consejos la asesora.

* * *

Y á la verdad, Excma. Sra., que las preparaciones de aquel buen clérigo Juan resultaban algún tantico pesadas. Pues pasaron días y semanas, y meses y meses, y allí se estaba aquel otro pobre Juan encerrado en su jaula, sujeto día y noche á la temible terapéutica de *El loco por la pena es cuerdo,* única que á la sazón se aplicaba en los hospitales para entrar en caja los sesos.

Y así fué, señora mía, que zurribanda va, zurribanda viene, llegaron á cinco mil azotes los

que el fingido loco cargó sobre sus espaldas: cifra ante la cual se detuvo reverente, por no traspasar el número de los que por amor de los pecadores quiso recibir Nuestro Señor Jesucristo.

Trajéronle en esto un papel de mano del clérigo, con estas solas razones: «Basta ya la opinión de fingida locura para conservar la humildad. Conviene ahora deis á entender que estáis bueno, así por no desacreditar las virtudes que Dios ponga en su alma, como también para que podáis seguirme á Montilla, para donde estoy de camino».

Con lo cual recobró Juan de repente el seso que por su voluntad había perdido, y partióse á Montilla con cédula del mayordomo del hospital, en que su curación completa certificaba.

Recibióle allí amorosamente el clérigo Juan, y túvole consigo largos días ejercitándole en la oración y vencimiento propio. Hasta que al cabo llamóle un día á su recámara muy de mañana, y con grande autoridad le dijo:

—Hermano Juan, cumple que volváis á Granada, donde fuisteis llamado del Señor, y Él, que sabe vuestra intención y deseo, os encaminará el modo como lo habéis de servir... Tenedle siempre delante en todas vuestras cosas, y considerar que os está mirando, y obrad como

en presencia de tan gran Señor... Y en llegando á Granada, tomad luego un confesor que sea tal cual yo os he dicho y sea vuestro Padre espiritual, sin cuyo consejo no hagáis cosa que sea de importancia.

Con lo cual y la bendición de aquel santo hombre, tornóse Juan á Granada, flaco, roto, maltratado, descalzo y descubierta la cabeza, sin más norte ni más guía que su llamamiento de Dios y su humildad profundísima.

Cortaba de diario en los montes que cruzaba un hacecillo de leña, y vendíalo por las noches en los lugares de paso, para proveer así el necesario sustento. Hízolo de igual modo á las puertas ya de Granada, y cargado con su haz de leña entróse por la de los Molinos, y fuese derecho á venderlo en la plaza de Bibarrambla.

Conociéronle al punto algunos de los muchos ociosos que allí abundan, y formaron corro en torno, mortificándole con chafalditas y donaires.

—¿Qué es esto, Juan amigo?—le decían.—¿Qué os habéis hecho en tanto tiempo? ¿Qué mudanzas son estas? ¿Todos los días ha de haber nuevo modo de vivir? ¿Ayer mercader de libros y hoy leñador? ¿Cómo os fué con los enfermeros del hospital? ¿Está bueno el juicio, ó está desocupado aún el cuarto de arriba? Bien

lo heis menester, que con eso no tendréis necesidad de alquilar posada.

Y él, sentado sobre su haz de leña, sosegada la voz y el corazón humilde, respondíales en son de chanza:

—Hermanos, este es el juego de Virlimbao: dos galeras y una nao; del cual, cuanto más viereis, menos habéis de entender.

Y con esto volviéronle todos la espalda con desprecio, y pudo él trocar su haz de leña á una morisca del Albaicín por una escudilla de lentejas.

* * *

Y pasaron días y días sin que nada indicase á Juan lo que Dios quería de él en Granada. Hasta que una tarde, estando en oración en la catedral ante un cuadro muy devoto que se venera aún en el arco del Sagrario, sintió á deshora un júbilo muy grande y celestial que le subía de lo hondo.

Salióse luego del templo con grandes ímpetus de amor divino y una como ciega confianza de que había de encontrar lo que esperaba, y encontró, en efecto, á los pocos pasos que dió por la calle de Lucena, una casa en que, atada á una reja, se leía esta cédula: *Esta casa se alquila para pobres.*

Y allí, Excma. Sra., allí fué donde halló Juan lo que esperaba y donde cargó con la cruz que el Niño divino le mostró en la sierra. Porque sin tener blanca en la bolsa, ni esperanza humana de maravedí roñoso, concertó aquella misma tarde con los dueños de la casa el alquiler de ella, ofreciéndose á pagarlo cuando llegara su tiempo.

Y tan segura fué su esperanza, y tan constante su fe, y tan poderoso el auxilio divino, que en dos días alhajó la casa con cuarenta y seis camas de anea, con buenas frazadas y almohadas de lana, y todos los demás enseres que para el cuidado de un enfermo son necesarios.

Salióse luego por calles y plazas en busca de pobres, y á los que podían venir por sus pies, les ayudaba; á los que no, cargábales sobre sus hombros, y no tomó descanso ni se dió punto de reposo hasta que, ocupadas las cuarenta y seis camas y constituído él en enfermero de todos, quedó con esto puesta, á 8 de Noviembre de 1537, la primera piedra de aquella gran religión, alcázar fortísimo de la caridad, gloria de la Iglesia y amparo de los pobres, que se llamó más tarde de los *Hermanos Hospitalarios*.

Porque aquel pobre Juan de las alpargatas y la caperuza, de la jaula y los azotes, era, Exce-

lentísima Señora, *San Juan de Dios*, fundador y patriarca de aquella esclarecida Orden.

Y aquel clérigo predicador, que le aconsejó y guió con tan curiosas y peregrinas trazas, era nada menos que el apóstol de Andalucía en su época, consultor nato de todos los *santazos* de aquel glorioso siglo XVI.

Era, en fin, señora mía, el Beato Maestro Juan de Ávila, que acaba de beatificar, aún no hace dos años, Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII.

* * *

Y aquí pondría punto final, Excma. Sra., dando ya por satisfecha su consulta y cumplido mi encargo, si no me creyese obligado á darla gracias muy reverentes por las hermosas fotografías que me ha hecho el honor de enviarme, con tanta bondad de su parte, como de la mía extrañeza.

La idea de retratarse V. E. vestida de religiosa es, en verdad, peregrina, y por tan famosa y devota la tengo, que me extraña y maravilla no se la aconsejase al propio San Juan de Dios, su sabio Maestro Juan de Ávila, como medio de propaganda mística.

Porque la verdad es que el cuadro mueve á compunción y resulta patético... Aquel claustro

gótico que se pierde á lo lejos en melancólico paisaje; la figura de V. E., todavía esbelta, arrodillada á los pies del devoto Cristo, y hasta los ondulantes pliegues de la cola del hábito, que con exquisito sentido estético no escogió V. E. entre los de monjas rabicortas, sino entre los de monjas de cola larga, claman y gritan y vocean el espíritu de humildad y desprecio del mundo que ha inspirado la composición artística, y la hacen medio el más á propósito para indicar los grados de preparación que tiene ya V. E. para recibir encargos del cielo.

Témome, sin embargo, que cualquier impertinente de los que por ahí abundan, recuerde á su vista lo que cuenta D. Diego de Ágreda y Vargas de un famoso predicador de su tiempo. Lo cual, por si el caso llega y quiere meditarlo V. E., le traslado sin quitar punto ni coma.

«Celebraba en la iglesia de un lugar una fiesta muy lucida cierto hombre que en achaques de su vida andaba mal reputado. Vióle el predicador en el discurso de su plática, pintado en un retablo, de rodillas y muy devoto, y encarándose con la pintura, la dijo:

—*Fulano; ó vivid como os pintáis, ó pintaos como vivís...*»

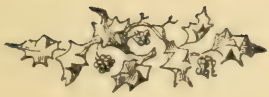
Y con esto, señora mía, Dios me la guarde

muchos años y la conserve en su santa gracia, para que la veamos al fin y á la postre.

Santaza de cuerpo entero,
Y no como otras santitas
Que no se ven el suelo.

De Madrid, á 23 de Enero de 1897.—Suyo afectísimo servidor y humilde Capellán,

LUIS COLOMA, S. J.



CARTA SEGUNDA

Á UN GRAN SEÑOR TITULADO

Excelentísimo Señor:

Su carta recibí, y en Dios y en mi ánima le aseguro que no necesito ni más pruebas, ni nuevos datos, ni más claras explicaciones para sentenciar en conciencia, como V. E. desea, su tan debatida cuestión con el Alcalde de Alcobendas.

Para mí es claro como el agua que V. E. no tiene razón; y puesto que V. E. no la tiene, lógico es que le sobre al alcalde desde la punta de las abarcas hasta el pico de la montera.

Y si me pregunta V. E. en qué razones me fundo para sentenciar tan de golpe y porrazo,

ó me recusa como juez atropellado y ligero, por aquello de que

> No es buen juzgador quien juzga
> Sin notar todo el proceso,

diréle que yo encuentro mis razones y compendio todos los autos en esta sola frase que me pone V. E. en su carta: «El licenciado Astudillo, mi contador Juan Benítez y el beneficiado de Pazpagua, conocen á fondo todo el asunto, y no le dan la razón al alcalde de Alcobendas».

¿Lo quiere V. E. más claro, señor excelentísimo?... Pues si más claro lo quiere, vaya allá una anecdotilla que tiene miga suficiente para abrir los ojos á la evidencia, y hacerle caer en la cuenta.

Era esto en los tiempos de Luis XIV y Madamoiselle de la Vallière; cuando en las famosas cacerías de Fontainebleau hacían los elegantes *talons rouges* de la época, aquellas sus primeras locuras, que tan caras habían de pagar sus nietos en la emigración y el cadalso. Fatal engranaje de las responsabilidades humanas, señor excelentísimo.

> Mi abuela comió la fruta,
> Y yo tengo la dentera.

Una noche, en el juego del Rey, hizo este

una jugada muy dudosa, que sostuvo, sin embargo, con todo el tesón de su amor propio. Nadie osó contradecirle, y mientras más callaban los otros, más se esforzaba Luis por demostrar la legalidad de su jugada. Entró en esto el viejo Mariscal de Grammont, famoso por sus genialidades, y llamóle el Rey como árbitro.

—Venid, señor Mariscal, y decidid vos si he ganado ó perdido.

El Mariscal, sin aguardar más razones, ni mirar el juego siquiera, respondió prontamente:

—Señor; V. M. ha perdido.

—¿Pero en qué podéis conocerlo, señor Mariscal, si ni aun habéis examinado el juego?—replicó el Rey contrariado.

—En el silencio de estos señores—dijo Grammont mostrando á los cortesanos. Si V. M. hubiese tenido el más ligero asomo de razón, todos se hubieran apresurado á dársela... ¿Callan?... Luego V. M. no tiene ni sombra de ella, y ha perdido por lo tanto.

Crea, pues, V. E. que el Mariscal de Grammont conocía bien á los cortesanos, y considere ahora, para aplicar mejor el cuento, que V. E., es tan rey en Alcobendas, como lo era Luis XIV en Versalles; que el licenciado Astudillo vive y medra á la sombra de V. E.; que el contador Juan Benítez come de su pan y vive de su ha-

cienda; y si ninguno de estos señores, con ser tan cortesanos suyos, se determina á darle la razón lisa y llana, y se limitan tan solo á no darla al rústico alcalde de Alcobendas, venga el mismo Mariscal de Grammont y vea y diga, si en justicia no anda mal parado el pleito para V. E.

Porque venga acá y dígame, señor excelentísimo, ¿Ha visto V. E. alguna vez, que los que están abajo digan á los que están arriba la verdad monda y lironda? ¿Le dieron alguna vez una píldora, sin que cuidasen de dorarla primero?...

Pues fuerza será que si el gran señor quiere saber de sus subalternos la verdad desnuda, cuide su buen entendimiento de despojarla primero de los velos y cendales en que hasta los más rectos y mejor intencionados se la presentaran envuelta. Fuerza será que supla y adivine lo que, por respeto ó por miedo, sin duda le callan; y cuando en cosas para él desagradables, osen decirle como seis, tenga por seguro que lo menos, lo menos, ha de suplir y añadir otra media docena, si no quiere ser engañado.

Y si cree V. E. que porque dejé en el tintero al beneficiado de Pazpagua, quise exceptuar de esta ley común el delicado y resbaladizo fuero de la conciencia, diréle, que si le di por un mo-

mento de lado, no fué por exceptuarle, sino por formar de él capítulo aparte.

Buscan unos un confesor santo, otros le desean sabio, algunos le quieren prudente; y yo digo, que todas estas cualidades deseo al de V. E.; pero que con ninguna de ellas separadas, ni aun con todas juntas á un tiempo, medrará mucho el alma de un poderoso, si no tiene sobre todo, el que ha de dirigirla, valor é independencia.

No intimide, pues, V. E. mucho al suyo, para que el miedo no le ate; ni le favorezca demasiado, para que la gratitud no le sujete. Manténgale siempre á distancia, y respétele mucho de lejos, para que ni le contengan temores ni le tuerzan esperanzas: porque arrostrar aquellos y despreciar estas, es á menudo acto heróico, y el heroísmo no se encuentra al volver de cada esquina, ni puede exigirse ni esperarse siempre de la masa común de nuestro frágil barro humano.

Y tan cierta es esta doctrina y tan prudente su práctica, que para su solaz y provecho he de referirle un donoso apólogo que trae el Venerable P. Calatayud en una de sus obras; que si tan santo varón lo cuenta á todo el mundo en las públicas páginas de un libro, bien puedo referirlo yo á V. E. en los cerrados pliegos de una carta.

En aquellos tiempos de Esopo y de Fedro, en que los animales hablaban y constituían entre sí sociedad y reino propio, hubo una atroz epidemia que devastaba por igual las ciudades y los campos.

Morían á centenares individuos de todas las especies, de repente y como heridos de un rayo, y todo parecía anunciar uno de esos horrendos azotes con que los cielos irritados castigan á veces en una nación, algún crimen oculto. Tal era el dictamen de un zorro muy perito, aunque algo jansenista, gran privado del anciano león, rey y monarca absoluto de toda aquella comarca.

Angustióse el real viejo, porque allá en lo hondo, hondo, no dejaba de ser buena persona, y quiso redimir su pueblo por medio del arrepentimiento.

Mandó, pues, echar un público pregón, para que todos sus súbditos se confesasen por turno con el confesor que S. M. nombrase de oficio; que no fué otro, sino el mismo zorro sabiondo y jansenista.

Así conocería éste los crímenes de todo el pueblo, y pesando en su justo criterio cuál fuese el que clamaba venganza, había de denunciarlo con autorización previa del penitente, para que fuese castigado el culpable, y desagraviados así los airados númenes.

Comenzaron las confesiones en mitad de un prado, en un confesonario que allí se llevó al efecto. Llegó primero el león para animar á todos y dar ejemplo, y tan contrito y con tal empuje iba, que del primer manotazo hundió en la barandilla media pulgada de cada uña.

Aterrado el zorro refugióse en el último rincón del confesonario, temblando cual si tuviese frío de cuartana, y desde allí, con voz melíflua y temblona decía á su penitente:

—Pero Sacra, Cesárea, Real Majestad, no se altere de ese modo... Si los dioses son muy blandos y compasivos...

Abrió la boca el león, dejando ver hasta la última formidable muela, y comenzó á vomitar por ella cuantos horrores y crueldades pueden imaginarse... Muertes, destrozos, robos, guerras, asolamientos sin cuento; de todo había hecho... Y por cierto que solo en el ramo de zorros había destrozado él, con sus propias garras, dos mil trescientos cuarenta y siete... Se acordaba muy bien; ni uno más, ni uno menos.

Atajóle la palabra el confesor, sudando como un pato.

—Pero Sacra, Cesárea, Real Majestad, no se angustie de ese modo... Es necesario ponerse en el verdadero punto de vista de las cosas, y formarse la conciencia... ¿Entiende? Vuestra

Majestad es Rey, y la razón de Estado requiere á veces muestras de energía... exige actos de justicia...

—¿Pero y los que me he zampado?

—Eso resulta *per accidens*, Sacra, Cesárea, Real Majestad; *per accidens*... ¿Entiende?... Con que, ea; vaya tranquilo, y hasta la vista.

Llegó detrás un tigre muy bravío, que metió casi su humeante hocico por la oreja del zorro, para confesarle todos sus crímenes sin que se le escapara ninguno. Y lo que más le remordía era que, muchas veces, sin hambre ni necesidad alguna, había destrozado víctimas inocentes por el solo placer de refocilar el hocico con el tibio correr de la sangre fresca.

Y cuando esto decía, como impulsado por el remordimiento, metía el hocico por la oreja del zorro, cual si quisiese darle un beso en los mismísimos sesos.

—Necesidad del temperamento, Serenísimo Señor—replicó el zorro dando diente con diente. Á veces puede demasiado el instinto natural, y si no se siguen consecuencias...

—¿Pues y los huérfanos que dejé?...

—*Per accidens,* Serenísimo Señor, *per accidens*... ¿Vuestra Alteza se proponía refocilar el hocico, ó dejar huérfanos?... Pues si refocilar el hocico, lo de los huérfanos resulta *per acci-*

dens... Con que, ea; vaya tranquilo, y hasta más ver.

Acercóse entonces una hiena muy devota y colmilluda, con largas y repulgadas tocas, y confesó mil horrores que no le remordían tanto, como el haber profanado un cementerio, escarbando con aquellas uñas—y la muy ladina las mostraba—una sepultura, para sacar un cadáver y comérselo á pedazos.

—Histerismo puro... puro histerismo—gimió el zorro con la cola erizada de espanto. Vuestra merced se come los muertos, como otras histéricas comen tierra ó búcaros viejos... Eso se le dice al médico y no al confesor.

—Pero es que anoche mismo me comí vivo á un sepulturero que se me puso por delante...

—Mire, no me venga con escrúpulos: eso resulta *per accidens*... ¿Lo entiende? Con que vaya tranquila, y consulte con el doctor ese vicio del estómago.

Y así fueron pasando uno á uno los más fieros animales, sin que acertase el zorro á distinguir ni el más tremendo delito, ni á señalar el culpado más responsable.

Llegó, por último, un jumento viejo, lleno de mataduras, lacias las orejas y escurrido el rabo. Acercóse con mucha humildad y sosiego, y púsose á respetuosa distancia frente al confesona-

rio. Levantó primero una oreja, y luego otra, y después las dos á un tiempo, como burro que medita ó titubea ó quiere demostrar que una y una son dos.

—Yo, señor zorro—dijo con toda la pausa y gravedad de su especie, no tengo cosa que mayormente me remuerda... Mi natural no es inclinado á vicios, ni mi aperreada vida me los permitiera. Me zurran más que merezco, y trabajo más que como... Solo en esto de comer tengo un escrupulillo, que vuestra merced sabrá apreciar mejor que yo, pobre jumento...

Estiróse el zorro y aguzó las orejas como si rastrease ya una pista, y el penitente continuó:

—Pues fué esto un martes, que volvía yo harto de caminar con pesada carga, sin haber probado en todo el día ni una yerba seca, ni una brizna de paja... Pasamos al anochecer por un mesón, y había á la puerta un saco de grano entreabierto; y claro está, sucedió lo que en estos casos sucede; que al pasar ¡paf! pegué una dentellada, y me comí un puñado de trigo...

Saltó el zorro sobre la barandilla como si le hubiesen pinchado por detrás con una lanza.

—¡Desdichado!—gritó cogiéndole por una oreja.

Y de pie sobre el confesonario, agarrado á

las orejas del jumento y estirándoselas cruelmente, seguía gritando:

—¡Ya pareció!... ¡Ya está aquí el culpable!... ¡Este es el sacrílego que atrae la cólera de los dioses con su horrendo delito!...

—¿Pues qué ha hecho?... ¿Qué ha hecho?—gritaron de todas partes.

—Que lo diga él; que lo diga, puesto que lo convenido es eso.

El burro, que lo era mucho, refirió entonces en alta voz lo que en queda y contenida había confiado al zorro.

—¿Lo oís?... ¿Lo oís?—chilló este sin soltarle de las orejas. ¿Comprendéis todo lo horrible de su crimen?... ¡¡Se ha comido la materia remota del Santísimo Sacramento!!

No hubo que decir más: levantóse horrible algarabía de rugidos, relinchos, chillidos, cacareos y silbos, y millares de garras, dientes, pezuñas y picos cayeron sobre el infeliz jumento y le despedazaron, quedando así desagraviados los númenes y tranquilas las conciencias.

Pues bien, señor excelentísimo: sesenta años hace (setenta y tres cumpliré por Agosto) que conozco al alcalde de Alcobendas; y por lo que de él siempre he visto, y por lo mucho que de lo suyo he sabido, antójaseme ahora que si alguna culpa le alcanza en la cuestión debatida,

es sin duda algo semejante á lo de haberse comido la materia remota del Santísimo Sacramento.

Y si algo más resulta, tenga V. E. por cierto, que el moralista más severo podría muy bien absolverle, sin necesidad de recurrir á los oportunos *per accidens* del zorro del apólogo.

Y aunque esto no se pudiera, dígame por su vida, señor excelentísimo: ¿Hay cosa más hermosa en un gran caballero, que tener siempre ante los ojos, en su trato con los pobres, aquella noble sentencia de nuestro gran hablista Cervantes?

«Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley sobre el delincuente, que no es mejor la fama de juez riguroso, que la de compasivo».

Este título es el que deseo yo para V. E., cuya vida me guarde Dios muchos años.

De Valdehigas á 17 de Abril de 1798.

Suyo afectísimo y obediente servidor,

LUIS COLOMA, S. J.

RATÓN PÉREZ [1]

(1) Este cuento, inédito hasta el presente, se escribió para S. M. el Rey Alfonso XIII, cuando contaba ocho años.

RATÓN PÉREZ

(CUENTO INFANTIL)

Sembrad en los niños la idea, aunque no la entiendan: los años se encargarán de descifrarla en su entendimiento y hacerla florecer en su corazón.

NTRE la muerte del rey que rabió y el advenimiento al trono de la reina Mari-Castaña, existe un largo y oscuro período en las crónicas, de que quedan pocas memorias. Consta, sin embargo, que floreció en aquella época un rey Buby I, grande amigo de los niños pobres, y protector decidido de los ratones.

Fundó una fábrica de muñecos y caballos de cartón para los primeros, y sábese de cierto, que de esta fábrica procedían los tres caballitos cuatralbos, que regaló el rey D. Bermudo el Diácono á los niños de Hissén I, después de la batalla de Bureva.

Consta también que el rey Buby prohibió severamente el uso de ratoneras, y dictó muy discretas leyes para encerrar en los límites de la defensa propia, los instintos cazadores de los gatos: lo cual resulta probado, por los graves disturbios que hubo entre la reina doña Goto ó Gotona, viuda de D. Sancho Ordóñez, rey de Galicia, y la Merindad de Ribas de Sil, á causa de haberse querido aplicar en esta las leyes del rey Buby, al gato del Monasterio de Pombeyro, donde aquella Reina vivía retirada.

El caso fué grave y sus memorias muy duraderas, por más que unos autores digan que el gato en cuestión se llamaba Russaf Mateo, y otros le llamen simplimente Minini. De todos modos el hecho resulta probado, aunque nada diga sobre ello Vaseo, ni tampoco lo mencione el Cronicón Iriense, y el bueno de D. Lucas de Tuy haga como que se olvida del caso, quizá, quizá, por razones de conveniencia.

Consta también que el rey Buby comenzó á reinar á los seis años bajo la tutela de su madre, señora muy prudente y cristiana, que guiaba sus pasos y velaba á su lado, como hace con todos los niños buenos el ángel de su guarda.

Era entonces el rey Buby un verdadero encanto, y cuando en los días de gala le ponían

su corona de oro y su real manto bordado, no era el oro de su corona más brillante que el de sus cabellos, ni más suaves los armiños de su manto que la piel de sus mejillas y sus manos. Parecía un muñequito de Sèvres, que en vez de colocarlo sobre la chimenea, lo hubieran puesto sentadito en el trono.

Pues sucedió, que comiendo un día el Rey unas sopitas, se le comenzó á menear un diente. Alarmóse la corte entera, y llegaron uno en pos de otro, los médicos de cámara. El caso era grave, pues todo indicaba que había llegado para S. M. la hora de mudar los dientes.

Reunióse en consulta toda la Facultad; telegrafióse á Charcot, por si venía complicación nerviosa, y decretóse al cabo sacar á S. M. el diente. Los médicos quisieron cloroformizarle, y el Presidente del Consejo sostuvo porfiadamente esta opinión, por ser él tan impresionable, que nunca dejaba de hacerlo cada vez que se cortaba el pelo.

Pero el rey Buby era animoso y valiente, y empeñóse en arrostrar el peligro cara á cara. Quiso, sin embargo, confesarse antes, porque faena hecha no ocupa lugar, y después de todo, lo mismo puede escaparse el alma por la herida de una lanza, que por la mella de un diente.

Atáronle, pues, al suyo una hebra de seda en-

carnada, y el médico más anciano comenzó á tirar con tanto pulso y acierto, que á la mitad del empuje hizo el Rey un pucherito, y saltó el diente tan blanco, tan limpio y tan precioso como una perlita sin engaste.

Recogiólo en un azafate de oro el gentilhombre Grande de guardia, y fué á presentarlo á S. M. la Reina. Convocó ésta al punto el Consejo de Ministros, y dividiéronse las opiniones.

Querían unos engarzar en oro el dientecito y guardarlo en el tesoro de la Corona; y proponían otros colocarlo en el centro de una rica joya, y regalarlo á la imagen de la Virgen, patrona del Reino. Pareceres ambos en que descubrían aquellos ministros cortesanos, más bien el deseo de halagar á la madre, que el de servir á la Reina.

Mas esta Señora, que como mujer lista no fiaba de aduladores, y era muy prudente y amiga de la tradición, resolvió que el rey Buby escribiese á Ratón Pérez una atenta carta, y pusiese aquella misma noche el diente debajo de su almohada, como ha sido y es uso común y constante de todos los niños, desde que el mundo es mundo, sin que haya memoria de que nunca dejase Ratón Pérez de venir á recoger el diente, y á dejar en cambio un espléndido regalo.

Así lo hizo ya el justo Abel en su tiempo, y

hasta el grandísimo pícaro de Caín puso su primer diente, amarillo y apestoso como uno de ajo, escondido entre la piel de perro negro que le servía de cabecera. De Adán y Eva no se sabe nada: lo cual á nadie extraña, porque como nacieron grandecitos, claro está que no mudaron los dientes.

Apuradillo se vió el rey Buby para escribir la carta; pero consiguiólo al cabo, y no sin grande suerte, pues tan solo llegó á mancharse de tinta los cinco dedos de cada mano, la punta de la nariz, la oreja izquierda, un poco del borceguí derecho y todo el babero de encajes desde arriba hasta abajo.

Acostóse aquella noche más temprano que de costumbre, y mandó que dejasen encendidos en la alcoba todos los candelabros y arañas. Puso con mucho primor debajo de la almohada la carta con el diente dentro, y sentóse encima dispuesto á esperar á Ratón Pérez, aunque fuese necesario velar hasta el alba.

Ratón Pérez tardaba, y el Reyecito se entretuvo en pensar el discurso que había de pronunciarle. Á poco abría Buby mucho los ojitos, luchando contra el sueño que se los cerraba: cerróselos al fin del todo, y el cuerpecillo resbaló buscando el calor de las mantas, y la cabecita quedó sobre la almohada, escondida tras

un brazo, como esconden los pajaritos la suya debajo del ala.

De pronto, sintió una cosa suave que le rozaba la frente. Incorporóse de un brinco, sobresaltado, y vió delante de sí, de pie sobre la almohada, un ratón muy pequeño, con sombrero de paja, lentes de oro, zapatos de lienzo crudo y una cartera roja, terciada á la espalda.

Mírole el rey Buby muy espantado, y Ratón Pérez, al verle despierto, quitóse el sombrero hasta los pies, inclinó la cabeza según el ceremonial de corte, y en esta actitud reverente esperó á que S. M. hablase.

Pero S. M. no dijo nada, porque el discurso se le olvidó de pronto, y después de pensarlo mucho, tan solo acertó á decir algún tanto azorado:

—Buenas noches...

Á lo cual respondió Ratón Pérez profundamente conmovido:

—Dios se las dé á V. M. muy buenas.

Y con estas corteses razones, quedaron Buby y Ratón Pérez los mejores amigos del mundo. Conocíase á la legua que era este un ratón muy de mundo, acostumbrado á pisar alfombras y al trato social de personas distinguidas.

Su conversación era variada é instructiva y su erudición pasmosa. Había viajado por todas

las cañerías y sótanos de la corte, y anidado en todos los archivos y bibliotecas: solo en la Real Academia Española se comió en menos de una semana tres manuscritos inéditos que había depositado allí cierto autor ilustre.

Habló también de su familia, que no era muy numerosa: dos hijas, ya casaderas, Adelaida y Elvira, y un hijo adolescente, Adolfo, que seguía la carrera diplomática, en el cajón mismo en que el Ministro de Estado guardaba sus notas secretas. De su mujer habló poco y como de paso, por lo cual sospechó el Reyecito que habría allí alguna *messa allianza,* ó quizá disensiones matrimoniales.

Oíale todo esto el rey Buby embobado, extendiendo de cuándo en cuándo maquinalmente la manita, para cogerle por el rabo. Mas Ratón Pérez, con una oscilación rápida y ceremoniosa, ponía el rabo de la otra parte, burlando así el intento del niño, sin faltar en nada al respeto debido al monarca.

Era ya tarde, y como el rey Buby no pensaba en despedirle, Ratón Pérez insinuó hábilmente, sin faltar á la etiqueta, que le era forzoso acudir aquella misma noche á la calle de Jacometrezo, núm. 64, para recoger el diente de otro niño muy pobre, que se llamaba Gilito. Era el camino áspero y hasta cierto punto peli-

groso, porque había en la vecindad un gato muy mal intencionado, que llamaban D. Gaiferos.

Antojósele al rey Buby acompañarle en aquella expedición, y así se lo pidió á Ratón Pérez con el mayor ahinco. Quedóse este pensativo, atusándose el bigote: la responsabilidad era muy grande, y érale forzoso además detenerse en su propia casa, para recoger el regalo que había de llevar á Gilito en cambio de su diente.

Á esto respondió el rey Buby, que él se tendría por muy honrado, con descansar un momento en casa tan respetable.

La vanidad venció á Ratón Pérez, y apresuróse á ofrecer al rey Buby una taza de té, á trueque de conquistar el derecho de poner cadenas en la puerta de su casa, como se hacía en aquellos tiempos en todas las que conseguían el honor de hospedar á un monarca.

Vivía Ratón Pérez en la calle del Arenal, núm. 8, en los sótanos de Carlos Prats (1), frente por frente de una gran pila de quesos de Gruyère, que ofrecían á la familia de Pérez, próxima y abastada despensa.

Fuera de sí de contento, tiróse el rey Buby de la cama, y comenzó á ponerse su blusita.

---

(1) Famosa tienda de ultramarinos, existente en Madrid, en el lugar citado.

Mas Ratón Pérer saltó de repente sobre su hombro, y le metió por la nariz la punta del rabo: estornudó estrepitosamente el Reyecito, y por un prodigio maravilloso, que nadie hasta el día de hoy ha podido explicarse, quedó convertido, por el mismo esfuerzo del estornudo, en el ratón más lindo y primoroso que imaginaciones de hadas pudieran soñar.

Era todo él brillante como el oro y suave como la seda, y tenía los ojitos verdes y relucientes como dos esmeraldas *cabochón*.

Tomóle de la mano Ratón Pérez, sin usar ya tantas ceremonias, y entróse con él, disparado como una bala, por un agujero que debajo de la cama y oculto por la alfombra había.

Era su carrera desatinada, oscuro el camino, húmedo y hasta pegajoso, y cruzábanse á cada paso con bandadas de diminutas alimañas, que á tientas les pinchaban y mordían.

Á veces, deteníase Ratón Pérez en alguna encrucijada, y exploraba el terreno antes de seguir adelante: todo lo cual puso al rey Buby un poco nervioso y de mal humor, porque llegó á sentir desde el hociquito hasta la punta del rabo, ciertos ligeros escalofríos, que le parecieron señales de miedo. Acordóse, sin embargo, de que

El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente,

y se venció y fué valiente por razón, que es en lo que el verdadero valor consiste.

Tan solo una vez, al sentir un estrépito espantoso sobre su cabeza, que no parecía sino que pasaban por encima diez docenas de Ripers-Oliva (1), preguntó muy bajito á Ratón Pérez si era allí donde vivía D. Gaiferos. Contestóle Ratón Pérez haciendo con el rabo un ademán negativo, y siguieron adelante.

Á poco entraron en una suave explanada, que venía á desembocar en un sótano ancho y muy bien embaldosado, donde se respiraba una atmósfera tibia, perfumada de queso. Doblaron una enorme pila de estos, y encontráronse frente á frente de una gran caja de galletas de Huntley.

Allí era donde vivía la familia de Ratón Pérez, bajo el pabellón de Carlos Prats, tan á sus anchas y con tanta holgura, como pudo vivir la rata legendaria de la fábula, en el queso de Holanda.

Ratón Pérez presentó el rey Buby á su familia como un *touriste* extranjero que visitaba la corte, y las ratonas le acogieron con esa elegante *aisance* de las damas acostumbradas á mucho trato. Las señoritas hacían labor con su aya Miss Old-Cheese, ratona inglesa muy ilus-

(1) Especie de *ómnibus* que circulaban por las calles de Madrid antes de los tranvías.

trada, y la señora de Pérez bordaba para su marido un precioso gorro griego, al calor de una chimenea en que ardía alegre fuego de rabitos de pasas.

Agradó mucho al rey Buby aquel plácido interior de familia burguesa, que revelaba en todos sus detalles esa *aurea mediocritas* (dorada medianía) de que habla el poeta como del estado más apto para hallar paz y felicidad en esta vida.

Sirvieron el té Adelaida y Elvira en primorosas tazas de cáscaras de alubias, y luego *se hizo* un poco de música. Adelaida cantó al arpa el aria de Desdémona, *assisa al pie d'un salice*, con un gusto y afinación que encantaron al rey Buby.

No era Adelaida bonita, pero tenía modales muy distinguidos, y hacía oscilar su rabo con cierta melancólica coquetería, que revelaba, sin duda, alguna pena secreta.

Elvira, por el contrario, era vivaracha y hasta un poco ordinaria: pero la energía de su alma le rebosaba por los ojos, y el rey Buby creyó ver delante de sí una espartana repitiendo el himno de las Termópilas, cuando cantó al piano con trágica entonación y enérgicos rencores de raza:

En el Hospital del Rey
Hay un ratón con tercianas,
Y una gatita morisca
Le está encomendando el alma.

Entró en esto Adolfo, que venía del Jockey-Club, donde con harto sentimiento de sus padres perdía tiempo y dinero jugando al Pocker con los ratones agregados á la Embajada Alemana.

El roce continuo con estos diplomáticos le había engreído y extranjerizado, y no tenía otros tópicos de conversación que el Polo y el Lawn-Tennis.

Con gusto hubiera prolongado el rey Buby la velada, pero Ratón Pérez, que se había ausentado un momento, volvió con su cartera terciada á la espalda, y al parecer bien repleta, y le manifestó respetuosamente que ya era hora de partir.

Hizo pues el rey Buby, con mucha gracia, sus corteses ofrecimientos de despedida, y la Ratona Pérez, en un arranque de cordialidad un poco burguesa, plantóle en cada mejilla un sonoro beso. Adelaida le tendió una pata con cierto aire sentimental que parecía decir:

—¡Hasta el cielo!

Elvira le dió un apretón de manos á la inglesa, y Miss Old-Cheese le hizo una ceremoniosa cortesía á lo reina Ana Stuart, y le enfiló su *lorgnon* de concha hasta que le perdió de vista.

Adolfo estuvo también muy expresivo: acom-

pañóles hasta la entrada de la cañería, y allí reiteró á Buby su ofrecimiento de presentarlo en el Polo-Club, y le recomendó por tercera vez el uso de las raquetas J. Tate del núm. 12, ó á lo más del 12 1/2. Las del 13 resultaban ya, para manos ratoniles, algo pesadas.

Agradecióselo mucho el Reyecito, y se despidió pensando que Adolfo podría ser en verdad muy elegante, pero que sin duda tenía los sesos de picatoste.

Comenzaron de nuevo su desatinada carrera Buby y Ratón Pérez, con un lujo de precauciones, que sobresaltaron al Reyecito.

Caminaba delante un grueso pelotón de fornidos ratones, gente toda de guerra, cuyas aceradas bayonetas de finas agujas relumbraban á veces en la oscuridad. Detrás venía otro pelotón no menos numeroso, armados también hasta los dientes.

Confesó entonces Ratón Pérez que no se había determinado á emprender aquella expedición, sin garantir suficientemente con aquella aguerrida escolta de Cazadores ligeros la persona del joven monarca que con tanta nobleza se le confiaba.

De repente vió el rey Buby que desaparecía la vanguardia entera por un estrecho agujero, que dejaba escapar reflejos de tenue luz.

Había llegado el momento del peligro, y Ratón Pérez, despacito, haciendo vibrar suavemente la punta del rabo, asomó poquito á poco el hocico por aquel temeroso boquete: observó un segundo, retrocedió dos pasos, tornó á avanzar lentamente, y de improviso, agarrando al rey Buby por la mano, lanzóse con la rapidez de una flecha por el agujero, atravesó como una exhalación una extensa cocina, y desapareció por otro agujero que frente por frente había, detrás de un fogón.

Con la rapidez con que se ven en el día de hoy desfilar los palos del telégrafo por las ventanillas de un tren, así vió pasar el rey Buby ante sus ojos, en su veloz carrera, el pavoroso cuadro de aquella cocina... Al calorcito de la lumbre oculta bajo el rescoldo, dormía el temido D. Gaiferos, gatazo enorme, cartujano, cuyos erizados bigotes subían y bajaban al compás de su pausada respiración...

La guardia ratonil, inmóvil, silenciosa, preparada, mordiendo ya casi el cartucho, protegía el paso del rey Buby, formando desde el dormido D. Gaiferos hasta los dos agujeros de entrada y de salida, el formidable triángulo romano de la batalla de Ecnoma...

Era aquello imponente y aterrador...

Una vieja feísima dormía en una silla, con

la calceta á medio hacer caída sobre las faldas.

Cesó el peligro una vez franqueado el agujero de salida, y faltaba ya tan solo subir á la última bohardilla de aquella misma casa, que era donde Gilito vivía. Todo era entrada en aquella miserable habitación abierta á todos los vientos, y los ratones la invadieron por rendijas, grietas y agujeros, como se invade una ciudad ya desmantelada.

Encaramóse el rey Buby en el palo de una silla sin asiento, única que había, y desde allí pudo abarcar todo aquel cuadro de horrible miseria, que nunca hubiera podido ni aun siquiera imaginar.

Era aquello un cuchitril infecto, en que el techo y el suelo se unían por un lado, y no se separaban lo bastante por el otro, para dejar cabida á la estatura de un hombre. Entraba por las innumerables rendijas el viento helado del alba, que ya clareaba, y veíanse por debajo de la tejavana del techo, grandes cuajarones de hielo.

No había allí más muebles que la silla que servía de observatorio al rey Buby, un cesto de pan vacío, colgado del techo á la altura de la mano, y en el rincón menos expuesto á la intemperie, una cama de pajas y de trapos, en que dormían abrazados Gilito y su madre.

Acercóse Ratón Pérez, llevando al rey Buby de la mano, y al ver éste de cerca al pobre Gilito, asomando las yertas manecitas por los trapos miserables que le cubrían, y pegada la preciosa carita al seno de su madre, para buscar allí un poco de calor, angustiósele el corazón de pena y de asombro, y rompió á llorar amargamente.

¡Pero si él nunca había visto eso!... ¿Cómo era posible que no hubiese él sabido hasta entonces, que había niños pobres que tenían hambre y frío, y se morían de miseria y de tristeza en un horrible camaranchón?... ¡Ni mantas quería él ya tener en su cama, mientras hubiese en su reino un solo niño, que no tuviera por lo menos tres calzones de bayeta y un vestidito de bombasí!!...

Conmovido también Ratón Pérez, se enjugó á hurtadillas una lágrima con la pata, y procuró calmar el dolor del rey Buby, enseñándole la brillante monedita de oro, que iba á poner bajo la almohada de Gilito, en cambio de su primer diente.

Despertó en esto la madre de Gilito, é incorporóse en el lecho contemplando al niño dormido. Amanecía ya, y érale forzoso levantarse para ganar un mísero jornal, lavando en el río. Cogió á Gilito en sus brazos, y le puso de rodi-

llas, medio dormido, delante de una estampita del Niño Jesús de Praga, que había pegada en la pared, sobre la misma cama.

El rey Buby y Ratón Pérez se pusieron de rodillas con el mayor respeto, y hasta los Cazadores ligeros se arrodillaron también, dentro del canasto vacío, en que merodeaban silenciosos.

El niño comenzó á rezar:

—*¡Padre nuestro, qeu estás en los cielos!...*

Hizo el rey Buby un gesto de inmensa sorpresa al oirle, y se quedó mirando á Ratón Pérez con la boca abierta.

Comprendió éste su estupor y fijó en el Reyecito sus penetrantes ojos: mas no dijo una sola palabra, esperando sin duda que otro las dijese.

Emprendieron el viaje de vuelta silenciosos y preocupados, y media hora después entraba el rey Buby en su alcoba con Ratón Pérez.

Tornó allí éste á meter en la nariz del Rey la punta de su rabo: estornudó de nuevo Buby estrepitosamente, y encontróse acostadito en su cama, en los brazos de la Reina, que le despertaba, como todos los días, con un cariñoso beso de Madre.

Creyó, por el pronto, que todo había sido sueño: mas levantó prontamente la almohada, buscando la carta para Ratón Pérez, que había

puesto allí la noche antes, y la carta había desaparecido.

En su lugar había un precioso estuche, con la insignia del Toisón de oro, toda cuajada de brillantes; regalo magnífico que le hacía el generoso Ratón Pérez, en cambio de su primer diente.

Dejólo caer, sin embargo, el Reyecito, sobre la rica colcha, sin mirarlo casi, y quedóse largo tiempo pensativo, con el codo apoyado en la almohada. De pronto dijo, con esa expresión seria y meditabunda que toman á veces los niños, cuando reflexionan ó sufren:

—Mamá... ¿Porqué los niños pobres rezan lo mismo que yo,—*Padre nuestro, que estás en los cielos?*...

La Reina le respondió:

—Porque Dios es padre de ellos, lo mismo que lo es tuyo.

—Entonces, replicó Buby aún más pensativo, seremos hermanos...

—Sí, hijo mío: son tus hermanos.

Los ojitos de Buby rebosaron entonces admiración profunda, y con la voz empañada por las lágrimas y trémulo el pechito por el temblor de un sollozo, preguntó:

—¿Y porqué soy yo Rey, y tengo de todo, y ellos son pobres y no tienen de nada?

Apretóle la Reina contra su corazón con amor inmenso, y besándole en la frente, le dijo:

—Porque tú eres el *hermano mayor;* que eso es ser Rey... ¿Lo entiendes, Buby?... Y Dios te ha dado de todo, para que cuides en lo posible, de que tus *hermanos menores* no carezcan de nada.

—Yo no sabía eso, dijo Buby meneando con pena la cabecita.

Y sin acordarse más del Toisón de oro, púsose á rezar, como todos los días, sus oraciones de la mañana. Y á medida que rezaba, parecíale que todos los Gilitos pobres y desvalidos del reino se agrupaban en torno suyo, alzando también á Dios sus manitas, y que él decía, llevando, como hermano mayor, la voz de todos.

—*¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...*

Y cuando el rey Buby fué ya un hombre y un gran guerrero, y tuvo que pedir á Dios auxilio en los trabajos, y darle gracias en las alegrías, siempre dijo, llevando la voz de todos sus súbditos, pobres y ricos, buenos y malos:

—*¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...*

Y cuando murió el rey Buby, ya muy ancianito, y llegó su buena alma á las puertas del cielo, allí se arrodilló y dijo como siempre:

—*¡Padre nuestro, que estás en los cielos!...*

Y en cuanto esto dijo, le abrieron las puertas de par en par miles y miles de pobres Gilitos, de que había sido Rey, es decir, *hermano mayor,* acá en la tierra...

LAS BORLITAS DE MINA

LAS BORLITAS DE MINA

(NARRACIÓN HISTÓRICA)

En Febrero de 1811 puso á precio el mariscal Suchet las cabezas de Mina y sus dos lugartenientes. Seis mil duros ofrecía por la del jefe guerrillero, cuatro mil por la de su segundo D. Gregorio Cruchaga y dos mil por la de Górriz ó cualquiera otra de los jefes que le igualasen.

Ardía entonces en su mayor furor la tan bien llamada guerra de la Independencia, y Navarra, como todo el resto de España, era teatro de sangrientas crueldades por parte de los invasores, y atroces represalias por parte de los agredidos.

Los ancianos recordaban con pesar la profética resistencia del Conde de Gages, Virrey de

Navarra, á la construcción de las calzadas y caminos reales de Francia, que en su tiempo comenzaron á trazarse.

—Hacia el lado de Francia—decía el Virrey,—más os valiera levantar murallas de bronce.

El general Reylle, gobernador intruso de Pamplona, procuraba sobre todo exterminar la división navarra que mandaba Mina, como comandante general de las guerrillas, por nombramiento de la Regencia del Reino.

No daba Reylle cuartel á ningún soldado navarro: llevábase en rehenes á sus padres y parientes, y más de una vez, aquellos pacíficos labriegos, transformados por la crueldad y perfidia de los invasores en leones feroces, encontraron pendientes de los árboles los cadáveres de sus deudos más amados.

En Noviembre de 1811 apoderóse Reylle en Idocin de una hermana y dos cuñados de Mina, y amenazó al guerrillero con dar á los tres la muerte, si al punto no deponía él las armas y se retiraba humilde á su casa.

Á tan horrible propuesta, contestó Mina con su famoso edicto del 14 de Diciembre, declarando guerra á muerte y sin cuartel á todo francés, sin distinción alguna, ni aun de su Emperador mismo, y ordenando que cuantos franceses

cayeran prisioneros, fuesen ahorcados y colgados en los caminos públicos, con sus correspondientes uniformes, insignias y notas de filiación.

—Por cada oficial español que fusilen,—decía el edicto,—fusilaré yo cuatro franceses, y por cada soldado, veinte.

Y como lo dijo lo cumplió el feroz caudillo navarro, hermano, más bien que jefe, de los valientes que capitaneaba. Porque no era entonces Mina el general D. Francisco Espoz y Mina, tan discutido años más tarde por carlistas y cristinos, héroe para unos, monstruo para otros, y solo para todos valeroso militar y táctico sin estudios.

Era Mina en aquella época el guerrillero hijo del pueblo, sin más ambición que la de matar franceses, alegre, sencillo, ignorante, que creía como artículo de fe, aquella copla que aprendió de mozo en sus rondas de Idocin, y en su destierro de Cambó repetía de anciano:

San Luis, Rey de Francia, es,
El que con Dios pudo tanto,
Que, para que fuese santo
Le dispensó el ser francés.

Para el Mina de 1811, como para tantos otros españoles de su época, no había otro criterio, ni otro punto de partida, que el dicho de don Juan Solarno, consejero de Felipe V:

—*El mejor francés, francés es.*

Distinguióse siempre Mina en todas sus épocas, por la solicitud severa, al par que amorosa, con que cuidaba de sus tropas, como si el soldado hiciese vibrar en su corazón de bronce la prudente severidad de un padre, junto á la blanda ternura de una madre. Duro y hasta cruel para castigar la menor falta de valor ó disciplina, era, por el contrario, indulgente y cariñoso para premiar los trabajos, prevenir las necesidades y remediar las miserias de cuantos militaban á sus órdenes.

Por eso eran grandes sus temores, y su preocupación muy honda, al promediar el mes de Octubre de 1811. Horrible y pavoroso se presentaba en efecto el invierno para los guerrilleros de Navarra. Los fríos arreciaban antes de tiempo, adelantábanse las nieves, y temporales tempranos y lluvias copiosísimas imposibilitaban las marchas y contramarchas, ataques repentinos y falsas huídas, que constituyen la estrategia de las guerrillas y habían de ejecutar aquellos infelices, hambrientos las más de las veces, sin ropa casi, sin abrigo siempre, y dejando con harta frecuencia entre las breñas y asperezas de las montañas, las abarcas de cuero ó las destrozadas alpargatas de esparto, que no podían reponerse.

En situación tan crítica y angustiosa recibió aviso Mina de que el mariscal Masena salía de Vitoria por el camino de Irún, conduciendo un convoy de ciento cincuenta carros cargados de aquellos mismos pertrechos de guerra y vestuario que á los guerrilleros navarros faltaban. Escoltaban el convoy mil doscientos franceses de á pie y otros doscientos de á caballo, y conducían además mil cuarenta y dos prisioneros españoles é ingleses, que pensaban internar en Francia.

Se ha comparado, con acierto, la previsión de los grandes generales, á la mirada del águila que, remontándose en pleno día á inmensa altura, ve mil secretos escondidos á los vulgares ojos. Mas la del guerrillero Mina podía mejor compararse al vigilante acecho nocturno de los pájaros de la última escala carnívora que, desde los tejados, desde las cuevas, desde los picachos, torreones, ruinas y bosques, atisban la víctima descuidada y tranquila, para caer sobre ella.

Desde su agujero de Estella, donde á la zazón se hallaba, divisó Mina aquella rica y oportuna presa, y en silencio, sin manifestar á nadie su plan, ni despertar la menor sospecha, lanzóse sobre ella como se lanza la tempestad, que nadie sabe donde va á caer, y no es vista ni oída hasta

que el trueno que espanta y el rayo que aniquila revelan su presencia.

Por fragosas veredas y vericuetos horrendos llegó Mina, en marchas forzadas, hasta el monte Arlabán, en los lindes de Álava y Guipúzcoa, y allí se emboscó á poca distancia de Vitoria.

El día 25, muy cerca ya de las ocho, apareció en el camino el primer trozo de la vanguardia francesa, arrogante y desprevenida, por aquella fatua confianza natural de los imperiales, que tan bien supieron explotar los guerrilleros españoles de aquella época.

Dejó Mina pasar libremente la vanguardia, y dejó pasar también el centro, para no alarmar el resto de las fuerzas que custodiaban el convoy. Mas cuando apareció éste, haciendo resonar lentamente las clásicas campanillas, un fuego infernal y horroroso se rompió por derecha é izquierda del camino, con tan extremado acierto y buena puntería, que batida la escolta por completo y no dándose cuartel á nadie, quedaron libres los prisioneros, y en poder de los españoles todo el rico botín que conducía Masena.

Retrocedió éste en vergonzosa fuga hasta Vitoria, y retiróse Mina á Zalduendo, lugar distante seis leguas del sitio del ataque. El botín fué tan rico y tan abundantes los despojos, que con ellos surtió Mina á sus guerrilleros de cuan-

tas prendas de vestuario les faltaban, y aun pudo uniformar de pies á cabeza al antiguo batallón de Odoyle, que era su favorito, por haber sentado en él plaza de soldado en 1808.

Era de ver aquel *Napoleón de las guerrillas*, como con justicia le ha llamado la historia, aquel fiero Mina, en cuyas heróicas hazañas de entonces se descubría ya el fondo de sanguinaria crueldad que había de hacerle más tarde fusilar á la madre de Cabrera (1), repartiendo por su propia mano en la plaza de Zalduendo mantas y alpargatas á sus cansados guerrilleros, y estirando el faldón de los flamantes casaquines del batallón navarro, para ceñírselos mejor al talle.

Tenía aquello mucho de la orgullosa ternura de la madre que á costa de propios trabajos logra vestir galanamente á su hijo, y no poco también de la vanidosa satisfacción del guerrillero campesino, sin instrucción ni escuela mili-

(1) El fusilamiento de la madre de Cabrera, María Griñó, lo mandó D. Agustín Nogueras, comandante general del bajo Aragón, al brigadier D. Antonio Gaspar Blanco, gobernador de Tortosa. Éste se negó á cumplir la orden de Nogueras, y elevóla á consulta del capitán general de Cataluña D. Francisco Espoz y Mina, el cual contestó que se cumpliese la orden de Nogueras y fuese fusilada la inocente y anciana María Griñó. Mina es, por lo tanto, el verdadero responsable de este bárbaro atentado, que manchará siempre su memoria.

tar, que consigue al cabo verse al frente, no de una partida rota y harapienta, sino de una tropa regular, decente y equipada.

Desparramáronse por todo el lugar los valientes mocetones del batallón navarro, ansiosos de lucir sus uniformes. Consistía éste en un pantalón encarnado sin franjas y un casaquín azul, que remataba por detrás en un pico y en otros dos por delante. De cada una de estas tres puntas pendían otras tantas borlitas rojas, con muy poca gracia dispuestas.

Aquellas inofensivas borlitas produjeron á poco un grave conflicto. Nadie supo dar la razón nunca; mas ya fuese que aquellos toscos montañeses encontraran afeminado el adorno, ya que alguna burla femenil lo hiciese á sus ojos ridículo, ya que su procedencia francesa se lo hiciera antipático y aun odioso, es lo cierto que las borlitas encarnadas desaparecieron como por encanto, y al caer de aquella misma tarde no había ya un solo casaquín con borlas, porque cada uno de los soldados del batallón se había comisionado de cortar las suyas.

Extrañóse Mina del caso, y como lo considerase falta indirecta de disciplina, mandó que no saliese al otro día de su alojamiento ningún soldado navarro, sin llevar en su casaquín las tres borlitas encarnadas.

Obedecióse la orden por el pronto; mas no bien hablaron entre sí los navarros é hicieron sus comentarios, tornaron á desaparecer de los casaquines, con igual presteza y eficacia, las tres borlitas encarnadas.

Por dos veces repitió Mina la orden, con paciencia en él inusitada, y por dos veces se cumplió, y por otras dos tornó á desobedecerse; hasta que al cabo, fuera ya de sí el jefe guerrillero, al ver que la falta de disciplina se trocaba en rebelión abierta, intimó por tercera vez la orden bajo pena de muerte, y mandó abrir información sobre aquel ridículo sainete, que amenazaba terminar en drama sangriento.

Nada pudo, sin embargo, averiguarse, sino lo que harto patente resultaba: que á los voluntarios navarros no les gustaban las borlitas, ni querían tampoco llevarlas.

Todavía intentó Mina descubrir por medios indirectos el principal promovedor de aquella infantil rebeldía, deseoso de descargar todo el peso de su ira sobre una sola cabeza.

Mas el espíritu de compañerismo selló todos los labios, y ni ruegos, ni astucias, ni amenazas pudieron arrancar, á aquellos niños con barbas, otra confesión ni otra respuesta, que la de encogerse bruscamente de hombros.

Un cornetilla de quince años fué más explí-

cito. Apremiado por el mismo Cruchaga, contestó con donaire:

—¿Las borlitas?... ¡Huy!... Hacen marica.

Perdida entonces toda esperanza de encontrar una sola víctima, mandó Mina diezmar el batallón, y que fuesen pasados por las armas los reos al amanecer del día siguiente.

Sucedía esto en Mendigorría, adonde pasó Mina desde Zalduendo después de la derrota de Masena. Habíase unido mientras tanto á la división de Reylle, por orden de Suchet, la de Caffarelli, en Puente la Reina, y ambas se aprestaban á caer juntas sobre Mina, con el fin de aniquilarle por completo. Tuvo este aviso de que Reylle se encaminaba ya á Tafalla, y determinó apostar su gente en el Carrascal, para salirle al encuentro.

Mas primero, emprendida ya la marcha una hora antes del amanecer, mandó formar el cuadro á la salida del lugar, frente á la ermita de Nuestra Señora de Andión, para que fuese allí cumplida la sentencia dada la víspera.

Esperaba aún Mina alguna señal de debilidad, alguna muestra de arrepentimiento que le sirviera de pretexto decoroso para otorgar un perdón, que ansiaba conceder como hombre y como caudillo, deseoso de economizar, en momentos en que tanta se derramaba, aquella san-

gre valerosa que iba á desperdiciarse inútilmente.

Mas los reos, confesados ya, pálidos como el que va á morir, pero serenos como el que no teme á la muerte, se adelantaron en silencio, sin gesto ni ademán alguno de temor, de arrepentimiento ni protesta.

Más azorado que ellos Mina, revolvíase sin cesar en su caballo, entraba y salía en el cuadro por diversos puntos, y miraba con angustia á todos, jefes, oficiales, soldados y aun paisanos mismos, buscando, no ya una muestra de debilidad ó una palabra de arrepentimiento en los reos, sino una frase de intercesión, una mirada de súplica en cualquiera que fuese, á que pudiera contestar él con el perdón que le subía de las entrañas y pugnaba por salir de sus labios.

Mas la inmovilidad era tan completa, como si helase á todos el soplo de la muerte; el silencio tan profundo, como si se sintiese ya en el aire su fúnebre aleteo.

Los sentenciados, prontos á morir, callaban; y el diezmado batallón navarro presentaba las armas á sus compañeros, como si les hiciese los honores de la eternidad, en silencio, cerrando los ojos para no ver, pero sin abatir ni humillar las erguidas cabezas.

Entonces sintió Mina que su indignación se calmaba de repente, que algo húmedo entraba en sus ojos, y toda la fiereza del jefe guerrillero se desplomó en un segundo ante aquella rebeldía de niños, sostenida ante la muerte con heróico tesón de hombres.

En su rústica oratoria, les gritó agitando el sable:

—¡¡¡Brutos!!! Os perdono á todos... Pero desde hoy iréis siempre... ¡siempre!... á la vanguardia!...

Un inmenso clamoreo hendió entónces los aires, destacándose más alto que los gritos de júbilo y más fuerte que los alaridos de entusiasmo, este otro grito del batallón diezmado, verdadera fermentación de la sangre navarra:

—¡Á la vanguardia, sí!.. ¡pero borlitas, no!...

FABLAS DE DUEÑAS

FABLAS DE DUEÑAS

(NARRACIÓN HISTÓRICA)

I

Ben per está á os Reis
D'amaren Sancta María;
Ca en as mui grandes coitas
Ela os acorr'aginna.

(D. ALONSO EL SABIO.—*Cantiga* CCXI.)

EL 24 de Setiembre de 1230 murió en Villanueva de Sarriá el Rey de León D. Alfonso IX. Salteóle la muerte con más prisa de la que él deseara; mas nunca fué con tanta, que pudiese atajar los males sin cuento que el encono del monarca leonés quiso deparar á los castellanos en su hora postrera.

Con las ansias ya de la muerte, ratificó el testamento en que dejaba por herederas de la corona de León á las Infantas D.ª Sancha y D.ª Dulce, hijas de su primer matrimonio.

Quedaba desheredado por ende el Príncipe D. Fernando, primogénito de la excelsa Reina D.ª Berenguela de Castilla, su segunda esposa, y frustrada también la esperanza que, de reunir las coronas de Castilla y León en las sienes de este monarca, abrigaban cuantos en aquel tiempo querían de veras la reconquista y soñaban ya con la unidad española, que tan solo siglos después habían de lograr los Reyes Católicos Isabel y Fernando.

Cundieron estas nuevas sin necesidad de telégrafos, con la rapidez de las chispas de un incendio que se propaga; y las ambiciones personales, los intereses encontrados y cuantas pasiones grandes y mezquinas caben en corazón de hombre, se desbordaron de un cabo á otro cabo por ambos reinos, y salieron á la palestra, ni más ni menos que sucede hoy á cualquiera oscilación de un Ministerio; que con harta razón dijo un sabio de aquel entonces: «Como canes son los homes de toda edad, que non mudan sino de collares».

Levantaron pendones por las Infantas las ciudades de Compostela, Orense, Tuy y Zamora, el Maestre y los caballeros de Santiago y los más grandes señores de Galicia y Asturias. Decidiéronse por D. Fernando, Astorga, Oviedo, Lugo, Mondoñedo y Coria, y hasta en el mismo León aparecieron los ánimos divididos.

Entróse allí á mano armada el Conde D. Diego Díaz, en la iglesia de San Isidoro, proclamando á las Infantas, y el Obispo D. Rodrigo y otros caballeros hiciéronse fuertes en la Catedral á los gritos de ¡real, real por D. Fernando!

Viniéronse las dos Infantas á Castro-Toraj, al amparo del Maestre y los caballeros de Santiago, que las guardaban y defendían por encargo expreso del difuuto Rey Alfonso.

Llegó por su parte el Rey D. Fernando hasta León, acompañado de su madre D.ª Berenguela, que en Orgaz se le hizo encontradiza (1); y las opiniones divididas, los ánimos excitados y las armas dispuestas, parecían esperar tan solo la señal de una de aquellas sangrientas guerras civiles que á cada paso detenían la reconquista, y afirmaban más y más, á la sombra de la discordia, el yugo de los Sarracenos.

Así las cosas, cundió la voz por León de que la Reina D.ª Berenguela abandonaba la ciudad para apaciguar por sí misma los ánimos y diri-

(1) El Rey San Fernando recibió la noticia de la muerte de su padre, en Andalucía, donde acababa de tomar á Montesa y al castillo de Montiel, y tenía puesto cerco á Jaén. Envióle allí postas D.ª Berenguela, encargándole que lo abandonase todo y volviese al punto á Castilla. Salió ella misma á su encuentro; viéronse en Orgaz, y entraron juntos en Toledo, Ávila, Medina, Tordesillas, Villalar y Magán; fueron luego por Villar de Frades y Toro, y se dirigieron después á León por Mayorga y Marcilla.

mir en favor de su hijo, sin gota de sangre, la contienda.

Y como sobresaltase esto á los parciales de las Infantas, pues de todos eran conocidas la prudencia y habilidad de la Reina, llegóse al Conde D. Diego Díaz, hombre testarudo y fiero, un truhán de la casa del Rey, que llamaban Payo (1), y por ver de intimidarle, dióle muy

(1) La Crónica de Arlanza hace mención de este mismo truhán Payo, refiriendo el siguiente curioso suceso: «Y el Rey D. Fernando entró en Sevilla á ocho dias por andar de Noviembre del año del Señor de 1248 años, é quedaron en Sevilla muy gran parte de los moros que en ella moraban, é todos los grandes que con el Rey allí estaban, acordaron al Rey que se partiese para Castilla, é dejase allí algunos de ellos por guarda de la ciudad, é el Rey fué de este mesmo acuerdo. É acaeció, que un truhan que el Rey allí tenia, que se llamaba Payo, subió un dia á la torre que oy es de la iglesia, é miró toda la ciudad, é vido como los barrios que los cristianos tenian, que no eran la tercera parte de la ciudad, porque en cada uno estaba el pendon del señor que allí posaba, é como vió en quan gran peligro quedarian los cristianos que en Sevilla quedasen despues de la partida del Rey, fuese para el Rey, é díxole:—Señor, pues Dios tantas mercedes te fizo, que te dejase ganar esta ciudad, ruégote que me fagas una merced, é sea esta, que mañana quieras comer conmigo, é que mandes á tus ricos-homes, que sean tambien mis convidados.—Y el Rey le preguntó que dónde habia de ser el comer. Y el truhan le respondió que encima la torre de la iglesia Mayor. Y el Rey le dixo cómo en aquella torre podria caber tanta gente. Y el truhan le dixo:—Señor, en aquella torrecilla que tú ves encima, que parece tan pequeña, cabrán cinquenta hombres, é más.—Y él dixo que comería allí, é el truhan se fué; é á la hora de comer el truhan vino á llamar al Rey y á los ricos-homes, el qual subió á la torre acompañado de todos

por menudo y en gran secreto cumplida cuenta del hecho.

Mas el Conde Diego Díaz descargóle por toda respuesta una recia coz, y añadióle también un muy fiero golpe de plano con la tizona, gritando mohino y altanero:

—Non doblan fablas de dueñas, la mía espadá lobera.

II

Salió, en efecto, de León la Reina D.ª Berenguela muy de madrugada, sin que amigos ni enemigos percatasen su marcha. Cabalgaba en una muy poderosa mula, con gran caparazón de jerga de luto y arreos más bien fuertes

---

los grandes, y el truhan le dixo: — Señor, el comer que aveis de comer, es que miréis bien esta ciudad que nuestro Señor vos dió.—Y el Rey le dixo:—Yo la miro muy bien, y él sea por siempre loado, que tanta merced nos fizo en la ganar.—Y el truhan le respondió:— Señor, yo vos la mostraré mejor.— É mostróle los pendones de todos los ricos homes y Concejos que allí estaban é cuanto tenian de la ciudad, y entonces dixo el Rey:— Si Dios me vala mucho, no me partiré de esta ciudad.— Y el truhan le respondió: — ¿Si agora que están aquí Castilla y Leon, non está poblada Sevilla, cómo piensas tú partirte de ella y dexar quienes la pueblen? Dígote que si de aquí te partes una vez, nunca en ella tornarás.—Á esto dixo el Rey: — Siempre oí decir que los locos saben á veces buenos consejos; é desde aquí prometo á Dios de nunca volver á Castilla, é aquí quiero facer mi sepultura.— É así quedó el Rey D. Fernando en Sevilla, fasta que murió é la fizo poblar muy bien de gentes de diversas partes de España».

que ricos. De luto eran también el brial de la Reina, el monjil, el capirote, y hasta los guantes de cuero, muy finamente adobados en negro.

Frisaba ya D.ª Berenguela en los sesenta años, y era, según Lupián Zapata la pinta, de muy gallarda estatura y abultada de pecho. Tenía proporcionado rostro, entre blanco y rojo; los ojos grandes y garzos, la nariz algo afilada, la frente preñada, pequeña la boca, la garganta larga, castaño el cabello, y el porte sereno y majestuoso (1).

Cabalgaba á su lado, en puesto de honor, un viejo muy venerable, que parecía por sus arreos mitad guerrero, mitad prelado, y no era otro sino el gran Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada, que fué siempre leal consejero de la Reina, como lo había sido de su padre Alfonso el Noble, y lo fué de su hijo Fernando el Santo (2).

---

(1) Lupián Zapata hizo esta descripción á la vista del retrato de D.ª Berenguela pintado en tabla, que con gran veneración se conservaba en su tiempo en el coro del Real Monasterio de las Huelgas de Burgos.

(2) Fué el Arzobispo D. Rodrigo natural de Puente de Rada, en Navarra. Estudió en París; pasó del Obispado de Osma al de Toledo, y promovió en Francia la Cruzada de las Navas de Tolosa, á cuya batalla asistió con el estandarte de su iglesia. En el cuarto Concilio general lateranense pronunció una oración latina, defendiendo la primacía de la iglesia de Toledo, contra las de Braga y Santiago; cuya oración tradujo al día siguiente en italiano, tudesco,

Venían también el Obispo de Burgos, don Mauricio (1), que era á la sazón confesor de la Reina, y el Canónigo de León D. Lucas, luego Obispo de Tuy, que era entonces su secretario y cronista (2).

---

inglés, castellano y vascuence, porque era doctísimo y tan versado en lenguas como de aquí aparece. Murió en 1247, y en su sepulcro del Monasterio de Huertas, donde fué sepultado, se leía este concepto expresado en mal latín: «Mi madre es Navarra: Castilla mi nodriza: París mi escuela: Toledo mi domicilio: Huertas mi sepultura: el cielo mi descanso».

(1) El Obispo D. Mauricio, llamado por Alonso de Cartagena *el famoso,* fué inglés de nación, y vino á España con la Reina D.ª Leonor de Inglaterra, madre de D.ª Berenguela. Fué muy familiar de esta gran Reina y su *secretario espiritual,* como Lupián Zapata le llama. Fué elegido Obispo de Burgos en 1213, y puso la primera piedra de esta Catedral con San Fernando, las Reinas Berenguela y Beatriz y el Infante D. Alfonso, el 20 de Julio de 1221, cinco años antes que el Arzobispo D. Rodrigo diera principio á la de Toledo. Murió el 12 de Octubre de 1238, y en la magnífica estatua yacente de su sepulcro, que es de madera cubierta de cobre esmaltado, está su verdadero retrato. Dícese también que se halla esculpida su efigie encima de una columna de la puerta del Sarmental.

(2) Don Lucas de Tuy, llamado ordinariamente *el Tudense,* por haber sido luego Obispo de Tuy, era entonces Canónigo de San Isidro de León. Fué varón muy docto y de gran piedad: hizo la peregrinación á los Santos Lugares, y escribió el Cronicón de España por mandato de la Reina D.ª Berenguela, como él mismo confiesa en los prólogos: *Ipsa enim (D. Berengaria) mihi Lucae indigno Diacono ut hoc perficerem imperavit.* Escribió otras varias obras, entre las cuales existen tres volúmenes contra los Albigenses que en 1232 conmovieron hondamente la ciudad de León con revueltos y fingidos milagros. Fué elegido Obispo de Tuy por los años de 1239 y murió por los de 1249.

Acompañábanla además D. García Fernández de Villamayor (1), su mayordomo, la mujer de éste, D.ª Mayor Arias de Finoxosa (2), que la servía de camarera, otras dos dueñas muy honradas de la cámara de la Reina, varios ricos homes de León y de Castilla, y hasta cien hombres de guerra de á caballo, sin contar los custodios del fardaje, que en varias acémilas cerraba la marcha.

Caminaba con gran prisa toda esta cabalgata, y tan largas eran las jornadas, y tan cortos los descansos, que en breves días, al caer de una tarde de Noviembre, dieron vista á la villa de

(1) Don García Fernández de Sarmiento, llamado también de Villamayor, por el Monasterio de este nombre que fundó junto á Lerma, fué un nobilísimo caballero castellano, de mucha virtud y entendimiento, escogido por la Reina D.ª Berenguela á su vuelta á Castilla para ser su mayordomo. Desempeñó este cargo con gran fidelidad y prudencia, hasta su muerte acaecida en 1244. Fundó el Monasterio de Santa María de Villamayor de los Montes, de monjas Cistercienses, cerca de Burgos, donde yace sepultado. De su tronco descienden los Condes de Salinas, Ribadavia, Ribadeo y los Adelantados de Galicia, Condes de Castro.

(2) Doña Mayor Arias de Finoxosa fué mujer de García Fernández de Villamayor, y escogióla D.ª Berenguela para camarera, al mismo tiempo que á su marido para mayordomo. Acompañó á la Reina en todas sus correrías, peligros y trabajos, y muerto ya su marido D. García, retiróse con D.ª Berenguela al Monasterio de las Huelgas de Burgos, donde asistió á la muerte de esta Reina, y murió ella misma á los pocos meses. Yace en el Monasterio de Santa María de Villamayor, al lado de su marido.

Valencia, frontera á Portugal, que más tarde se llamó de Alcántara.

Y fué gran maravilla que en todos puso devoción y pasmo, que con ser tan áspero el camino y sus penalidades tantas, ni un solo día dejó la Reina de rezar sus horas con alguno de los Prelados; y dos veces al día, al anochecer y al alba, cantaban en coro el Rosario de Nuestra Señora, sin detener la marcha, al modo de los rústicos de ahora.

Devoción esta muy nueva entonces, que había aprendido la Reina del mismo Santo Domingo de Guzmán, cuando la visitó en Burgos doce años antes de estos sucesos (1).

Hizo alto la comitiva en un montecillo, como á un tiro de ballesta de las murallas, porque los vigías de la torre del Cubo dieron voces de alarma á la vista de aquella gente de guerra, y levantaron de golpe los puentes y cerraron las puertas.

Adelantáronse entonces cuatro jinetes con

(1) Santo Domingo de Guzmán vino á España en el año de 1218, y hallando á los Reyes D. Fernando y doña Berenguela en Burgos, les presentó la Bula de confirmación de su Orden, y les pidió licencia para fundar monasterios en Castilla. Así está historiado encima de la puerta alta de la iglesia Metropolitana de Burgos. De aquí pasó Santo Domingo á Segovia, donde dió principio al Monasterio de Santa Cruz. *(Lupián Zapata.)*

D. García Fernández de Villamayor á la cabeza, y alzaron una lanza coronada de un capacete, que era señal de paz; alzaron otra los de la muralla, en la torre del Cubo, muestra de que la otorgaban, y con grandes voces requirió entonces D. García al alcaide de la villa Sancho Yáñez, para que abriese las puertas á la Reina doña Berenguela de Castilla.

Desplegaron al mismo tiempo los de la comitiva el estandarte real, de dobles astas, con moharras, y borlas, y rapacejos de seda y oro, y todo fué desde aquel momento en el lugar, gozo y alboroto. Sonó dentro gran ruido de trompetería, y poblóse como por ensalmo el adarve de hombres de armas.

Cayeron con gran estrépito los rastrillos de la puerta de las Huertas, que era la frontera, y desbordóse por ella, como torrente por exclusa que se abre, gran golpe de gente aclamando y voceando. Uníanse á éstos los que en aquella hora volvían de las faenas del campo, y en breve tiempo encontróse la comitiva en el puente, la Reina delante, rodeada de la muchedumbre que con ruda llaneza la aclamaba.

Abrióse paso entre todos un mancebo bien portado que llamaban Álvar Sánchez y era hijo del alcaide Sancho Yáñez, honrado viejo éste que adolecía á la sazón de unas muy rectas

cuartanas que le tenían tullido. Mas no le sufrió el ánimo no recibir á la Reina, y mandóse llevar en una escalera por el lado del rebellín de adentro, y bajo el arco mismo de la puerta de las Huertas la hizo su acatamiento.

Hospedóse la Reina en el alcázar, que era muy capaz, y ocupaba el mismo sitio y extensión del castillo que hoy existe. Mas la sorpresa del viejo Sancho Yáñez fué grande, cuando tomando la Reina para sí las cuadras más modestas del alcázar, mandó reservar la torre toda del Homenaje y las tribunas de la parroquia primitiva de Nuestra Señora, que entonces existía, para un huésped más digno que al día siguiente esperaba.

Mandó también dar un pregón en la villa, para que los vecinos todos toldasen al día siguiente las fachadas de sus casas, y las alumbrasen de noche con antorchas, cirios y faraones.

Encendiéronse ya estas luminarias desde aquella misma noche, y no pocos valencianos la pasaron desvelados, haciendo cábalas y forjando fantasías sobre la venida á Valencia de D.ª Berenguela en tiempo de tantas revueltas, y la llegada de aquel huésped misterioso que la misma Reina consideraba más digno.

Sospechóse á la mañana que el tal huésped vendría de Portugal, porque al romper el alba se

apostaron atalayas desde la puerta que llaman ahora de San Francisco hasta el río Sever, que era y es hoy la frontera, y redoblados también los vigías de la muralla, no desamparaban el adarve que hacia Portugal mira.

Y sucedió, en efecto, que muy pasada ya la hora de nona, sonó por tres veces la bocina del vigía de la torre del Homenaje, y las campanas todas de la villa comenzaron á tañer, y el pueblo entero se lanzó á las calles, y salió á la campiña por la puerta de San Francisco, con el alcaide y la clerecía al frente.

Salió también del alcázar la Reina D.ª Berenguela con toda su comitiva, y pasó el rastrillo y esperó allí á pie quieto, una pequeña cabalgata que del lado de Portugal se acercaba. Veíasela á lo lejos envuelta en ligera nube de polvo, y era muy lindo de ver el golpe de los blancos pendoncillos de las lanzas que el viento tremolaba.

Venían como hasta una veintena de jinetes muy bien armados, y parecían custodiar unas andas cerradas con cortinillas de jerga, puestas de través sobre una acémila.

Llegóse D.ª Berenguela hasta las andas mismas con los Prelados, dueñas y ricos-homes, é incorporóse entonces en ellas, como del fondo de un ataud, una dueña muy decrépita, con el áspero y negro sayal de la Orden de San Benito.

Ayudáronla á bajar dos freiras que consigo traía, y cuando así en volandas la apeaban, postróse de hinojos ante ella la Reina D.ª Berenguela, y asióla de los pies para besárselos.

Mas la dueña, esquivando con harta presteza tales demostraciones, echó los brazos al cuello de la Reina, y así quedaron buena pieza de tiempo ambas ancianas de rodillas en el polvo, abrazadas y sollozando.

Y fué caso temeroso que enmudeció allí las lenguas, y puso piedad en los corazones y llanto en los ojos, el de ver aquellas dos grandes hembras, abatirse así y humillarse.

Porque si la una era la excelsa Reina doña Berenguela de Castilla, era la otra la antigua Reina de León, Santa Teresa de Portugal, monja entonces del Cister.

III

Nunca se habían visto ni conocido hasta aquel entonces las dos Reinas D.ª Berenguela y Santa Teresa, y jamás consignó la historia, ni acaso pudo imaginar la fantasía, situación más extraña ni enojosa, que la de estas dos ilustres Princesas, en aquella su entrevista de Valencia de Alcántara.

Ambas eran reinas del mismo reino; ambas

eran mujeres del mismo marido; ambas tenían hijos del mismo padre, y ambas venían allí deseosas de conjurar una guerra sangrienta, y de conciliar los derechos encontrados de sus hijos, con el interés de la religión y el bien de la patria.

Mas para comprender á fondo tan extrañas circunstancias, fuerza será recordar al lector algunos sucesos históricos de aquel tiempo.

Cuarenta años antes, en 1190, habíase casado el Rey de León D. Alfonso IX con la Infanta de Portugal D.ª Teresa, hija de los Reyes don Sancho I y D.ª Dulce.

Era la Infanta, en el cuerpo y en el alma, tan acabado modelo de Princesas, que el Padre Maestro Flórez nos ha dejado de ella el siguiente elogio:

«Sobre las gracias naturales tenía un juicio y discreción superior á su edad, con unos dotes y prendas sobrenaturales en el alma, que la hacían parecer una imagen pintada por el soberano Artífice, para tener en ella sus delicias.

»Era blanda y compasiva con los pobres desde niña; inclinada á ayunos y devociones, según lo que veía practicar á su aya D.ª Goda, que era una matrona muy devota. La Misa la oía toda de rodillas, sin apartar los ojos del altar ni distraerse á la más mínima palabra. El Rey

su abuelo (1) tomó por su cuenta el ponerle casa, sin que sus padres se mezclasen en nada, y fueron sus alhajas más ricas de todas las Princesas de aquel tiempo» (2).

Nacieron de este matrimonio en los cinco primeros años tres hijos: el Infante D. Fernando, que murió niño, y las Infantas D.ª Sancha y D.ª Dulce.

Mas fué el caso, que pasado este tiempo, declaró el Papa Celestino III nulo el matrimonio de D. Alfonso y D.ª Teresa por el parentesco que entre ellos había (3), si bien reconociendo legítima la prole, en razón de la buena fe de los padres.

Separáronse, pues, ambos esposos con harta pena, porque mucho se amaban, y D.ª Teresa tornó á Portugal al Monasterio de Larvaón, cerca de Coímbra, donde sin dejar de ser Reina honoraria de León, hízose en breve tiempo santa perfecta.

Libre ya de este primer matrimonio, D. Al-

---

(1) La Reina D.ª Teresa nació en vida todavía de su abuelo D. Alfonso, primer Rey de Portugal, y este la llevó á su palacio, cuando la Princesa contaba siete años.

(2) FLÓREZ.—*Reinas Católicas*.

(3) Don Sancho I, Rey de Portugal, padre de D.ª Teresa, era hermano de D.ª Urraca, madre de D. Alfonso IX de León: resultaban, por lo tanto, los dos esposos primos carnales.

fonso IX tornóse á casar en 1197 con la Infanta D.ª Berenguela, primogénita del Rey de Castilla D. Alfonso VIII, el de las Navas. Nacieron de este matrimonio cinco hijos, de los cuales fué el primogénito varón D. Fernando, que tan alto puesto había de ocupar luego en la historia (1).

Aciaga fué también la suerte del Rey de León en este segundo matrimonio; pues enterado el Papa Inocencio III del parentesco (2) que entre ambos cónyuges mediaba, declarólo también nulo, bajo pena de excomunión, reconociendo, sin embargo, la legitimidad de los hijos por la buena fe de los padres.

Vióse, pues, D.ª Berenguela forzada á volver á Castilla, cuya corona heredó pocos años des-

---

(1) Los hijos de D. Alfonso IX de León y de doña Berenguela de Castilla, fueron cinco. Don Fernando III el Santo, que reunió las dos coronas de Castilla y de León. El Infante D. Alfonso, conocido por el Infante de Molina, que fué padre de la gran Reina D.ª María de Molina, mujer de Sancho el Bravo. Doña Leonor, que murió niña. D.ª Constanza, que entró religiosa en el Monasterio de las Huelgas de Burgos, y murió en 1242, cuatro años antes que su madre. La última fué D.ª Berenguela, que casó en 1242 con Juan de Breña, Rey de Jerusalén.

(2) Don Alfonso VIII de Castilla, padre de D.ª Berenguela, y D. Alfonso IX de León, marido de esta, eran primos carnales, como hijos respectivamente de los dos hermanos Sancho III de Castilla y Fernando II de León. Resultaba, por lo tanto; D. Alfonso IX, tío segundo de su esposa doña Berenguela.

pués (1217) por muerte de su padre y de su hermano el Rey D. Enrique I.

Ni un solo momento tuvo, sin embargo, en sus sienes la diadema real de Castilla esta magnánima señora, que, como figura colosal, se destaca en su siglo. Dos solos y grandes pensamientos embargaron de continuo su corazón y su mente, y á ellos enderezó desde los actos de su política hasta sus sentimientos de madre.

Su mucha cristiandad hacíala desear á todo trance la completa expulsión de los Sarracenos, y su gran genio político adivinaba ya, como primera consecuencia de esta, la unidad española, cuya piedra fundamental había de ser por entonces la de las dos coronas de León y de Castilla.

Por eso, no bien se vió dueña por derecho propio de esta real diadema, pasóla á las sienes de su hijo D. Fernando, que contaha ya dieciocho años, esperando que en ellas vendría á reunirse la de León, á la muerte de sn padre Alfonso IX (1).

Ya hemos dicho, sin embargo, cómo el encono del monarca leonés contra los castellanos,

(1) Doña Berenguela heredó la corona de Castilla el martes 6 de Junio de 1217, que fué el día en que murió su hermano D. Enrique I; y proclamó Rey de Castilla á su hijo D. Fernando, el 1.º de Julio del mismo año. Fué esta proclamación en Valladolid, en el sitio que es hoy Plaza Mayor, y era entonces lugar para mercado, fuera de puertas.

y el extraño desapego que mostró siempre á su hijo D. Fernando, dieron al traste, por el pronto, con las justas y fundadas esperanzas de la Reina.

Mas no era el gran corazón de D.ª Berenguela de los que desfallecen, ni era su constancia de las que se abaten ante los obstáculos y ceden. Dijo una vez esta gran Reina á un ricohome desalentado: «El comenzar de todos es; mas perseverar en ello es de pocos. É si agora non se fizo bien por algun desacuerdo, catad otra vía é lo faredes mejor».

Esta era siempre su divisa, porque esta es la de los grandes caracteres, de enérgico temple, cuya fuerza de voluntad no se malgasta en ímpetus, y obra, según las circunstancias, ya violenta y ardiente, ya fría y reflexiva, y es hoy lo que era ayer, y será mañana lo que es hoy.

Cuando un obstáculo cierra el paso á las almas de este temple, lo remueven si pueden; si no, procuran salvarlo dando un rodeo, y si ni una ni otra cosa logran, se detienen y esperan, pero no desisten.

Y no desistió D.ª Berenguela. Su gran entendimiento, su fe en Dios y su profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, la inspiraron un recurso á que nadie sino ella hubiera podido recurrir. Su hijo, que según la frase de

D. Lucas de Tuy, estaba ante ella, como *humilde mozo so la palmatoria del maestro*, dejóla obrar libremente y apartóse de este asunto, en que su intervención directa pudiera hacerse sospechosa.

Envió entonces D.ª Berenguela con grande urgencia dos secretos mensajes; uno al abad de Oña, para que encendiera gruesos cirios ante la imagen de Nuestra Señora en aquel Monasterio, *é ficiesen rogativas é Misas, é ayunasen é orasen en toda la comunidat, fasta que pluguiera á Nuestra Señora acordar el asunto que en las sus manos ponía* (1).

Iba el otro mensaje para la santa Reina doña Teresa de Portugal, que vivía retirada en el Monasterio de Larvaón, cerca de Coímbra, y

(1) La Reina D.ª Berenguela tuvo gran devoción á la Virgen Santa María de Oña, desde que fué en peregrinación á este Monasterio para impetrar ante la sagrada imagen la salud de su hijo San Fernando, muy niño entonces y gravemente enfermo. El niño fué curado milagrosamente, según asegura su mismo hijo D. Alfonso el Sabio; y el abuelo, Alfonso VIII, que aún vivía, y estaba en Burgos ocupado en la fundación del Monasterio de las Huelgas, fué allá en romería á dar gracias á la Virgen. El Rey D. Alfonso el Sabio refiere todo este suceso en la cantiga CCXI de la magnífica edición de la Real Academia Española, que lleva por encabezamiento: *Cómo Santa María guareceu en Onna al rei Don Fernando quand' era menynno, d' ua grand' enfermidade que avia.* Esta antiquísima imagen existe todavía en la sacristía del Monasterio de Oña, que habitan al presente los Padres de la Compañía de Jesús.

pediale con grande humildad y cortesía, que le concediera una entrevista en el lugar y tiempo que á ella misma le pluguiese designar.

La prudencia buscaba apoyo en la piedad, y lo encontró en efecto. Doña Teresa aceptó sin vacilar un punto la propuesta de la Reina de Castilla, y ya la hemos visto llegar á la cita concertada en Valencia de Alcántara.

IV

Encontráronse, pues, frente á frente aquellas dos mujeres que, dado el modo de ser de los humanos, debían albergar entre sí rivalidades de reinas, celos de mujer y egoísmos de madres.

Mas todo calló en ellas, si algo existía, ante los grandes intereses de la religión y de la patria; y al día siguiente, muy de mañana, oyeron Misa las dos Reinas, unidas como dos hermanas, en la iglesia de Nuestra Señora. Y como por hurtarse á la curiosidad de las gentes, y á las honras que la tributaban, no quisiese Santa Teresa desamparar la tribuna, acompañóla en ella D.ª Berenguela, y allí asistieron las dos al santo Sacrificio, sin estrados ni doseles, puestas de hinojos sobre el duro suelo.

Encerráronse luego en la cámara de D.ª Teresa, y á solas ambas Reinas tuvieron su plática primera. Expuso en ella la de Castilla, con rara discreción y tino, los derechos de su hijo D. Fernando á la corona de León, como primogénito del Rey difunto, primero; y por haber sido jurado y reconocido por éste cuando la ruptura de su segundo matrimonio, á mayor abundamiento.

Y dejándose llevar luego de su corazón de reina y de madre de sus vasallos—que tan cariñosa lo fué siempre—pintó con su natural elocuencia los fieros males que de la guerra habían de seguirse; los pueblos asolados, la sangre corriendo á torrentes, la gente llana oprimida, la altanería de los grandes en auge, la majestad real abatida, la fe cristiana humillada, y solo la morisma alzándose entre tanta discordia, gozosa y pujante.

Oíalo todo la santa Reina D.ª Teresa con grave sosiego y atención muy profunda, anudando de vez en cuándo el cordón de su hábito, como para grabar algo en la memoria.

Y tan poderosas fueron las razones de la una Reina, y tan honda mella hicieron en el ánimo de la otra, y tan rectas eran las intenciones de ambas, que al terminar D.ª Berenguela su plática, no hizo D.ª Teresa réplica al-

guna en favor de sus hijas, ni mucho menos alegó razón ni derecho que se fundase en las armas de sus parciales ó en el testamento del Rey D. Alfonso.

Limitóse á decir á D.ª Berenguela, con humildad muy grande, que harto conocía estar la razón y el derecho por su hijo D. Fernando; pero que la permitiese meditar aquellas verdades á la luz de la oración y en la presencia divina, antes de dar una respuesta que pudiera tener fuerza de compromiso.

Accedió gustosa la Reina D.ª Berenguela, y es fama que toda aquella noche la pasó en subida oración D.ª Teresa, en la iglesia de Nuestra Señora. Y es fama también, y los cronistas antiguos lo aseguran, y los historiadores modernos lo refieren, que aquella misma noche, mientras oraba la santa Reina en Valencia, acaeció allá en León un extraño prodigio.

Y fué ello, que hallándose Diego Díaz, el más terco y poderoso parcial de las Infantas, desvelado en su lecho, oyó cantar los gallos antes del amanecer, y sintió á deshora un muy recio temblor en todo el cuerpo, y un como á modo de frío de cuartana, y vióse delante, cuando menos lo cataba, á San Isidoro bendito, cuya iglesia había tomado él por armas á nombre de las Infantas.

Traía el bendito Santo la faz muy airada, y con severas razones reprendió al Conde su atrevimiento, y tocándole en los riñones con un báculo que traía, desapareció á la postre, sin que hubiese en toda la cuadra puerta, ni ventana, ni resquicio alguno abierto.

Quedó desde aquel punto el Conde D. Diego Díaz reciamente atormentado de dolores, muy en particular de los ojos, que parecía como si se los arrancasen de la cabeza. Y como en dos días seguidos no encontrase alivio ni reposo, aconsejóle su madre, la noble Condesa doña Sancha, según refiere el Tudense, que pidiera perdón al Santo del gran desafuero que había cometido, tomando por armas su iglesia.

Hízolo así Diego Díaz, y ante el sepulcro del Santo, juró sobre los Evangelios que sería en adelante caballero y vasallo de San Isidoro, y luego fué restituído á sanidad. Lo cual, con ser tan gran milagro, no lo fué tanto como el que un tan porfiado caballero cediese por primera vez en la vida y abandonase por esto la parcialidad de las Infantas, para prestar obediencia al Rey D. Fernando.

Mientras tanto, celebraban las dos ancianas Reinas en Valencia nuevas pláticas y acomodamientos, y al tercero día, que fué martes, convocados en la gran sala del alcázar cuantos

Prelados y ricos-homes habían acompañado á las Reinas, y cuantos por hallarse cerca pudieron á más allegarse, declaró ante todos con gran solemnidad y señorío la Reina D.ª Teresa, que renunciaba en nombre de sus hijas á los derechos á la corona de León, que pudiera dar á estas el testamento de D. Alfonso IX, su muy llorado padre de ellas.

Otrosí dijo, que por sí y por sus hijas se comprometía también á sosegar el celo de sus parciales y reducirlos á la obediencia de D. Fernando, como ya lo había hecho el Conde don Diego Díaz, caudillo el más temido de todos, por lo tenaz y por lo fiero. Cosa esta que pareció gran maravilla á cuantos la escucharon, pues solo por revelación del cielo podía saberlo entonces la santa Reina.

Mas no se quedaba atrás nunca el gran corazón de D.ª Berenguela en generosidades y noblezas, y á estas razones de la de Portugal, contestó ella comprometiéndose en nombre de su hijo, á dotar á cada una de las Infantas doña Sancha y D.ª Dulce, en treinta mil doblas de oro anuales, para cuyo pago se habían de hipotecar las rentas de doce lugares, en que podrían poner las Infantas justicias y recaudadores de tributos.

Firmáronse estas estipulaciones á 11 de Di-

ciembre de 1230 (1), y así quedó consumado, por la industria y prudencia de dos santas ancianas, el hecho de más trascendencia política que registra la historia de España, desde la derrota de Rodrigo en el Guadalete, hasta la expulsión de los moros de Granada.

Honra y gloria todo ello, de aquellas ilustres Reinas que iluminaban con su piedad los cálculos de su política, y comprendían y practicaban esta máxima de un santo de tiempos muy posteriores:

«Emplead en vuestros asuntos cuantos esfuerzos y medios puede dar de sí la noble prudencia humana; mas nunca prescindáis de Dios, y encomendadle siempre el resultado, como si, no de vuestra industria, sino de su sola y so-

(1) Estas estipulaciones, aunque convenidas entre las dos Reinas en Valencia de Alcántara, no se firmaron sino en Benavente, adonde fueron las dos ilustres ancianas después de su entrevista, y adonde acudió también el Rey San Fernando, con sus dos hermanas D.ª Sancha y D.ª Dulce. Firmáronse, como en el texto queda dicho, á 11 de Diciembre de 1230, y fueron aprobadas por los Prelados y ricoshomes, y corroboradas por el Sumo Pontífice Gregorio IX. Terminado esto, quedóse en Castilla la Infanta D.ª Sancha con la Reina D.ª Berenguela, y tornóse á Portugal á su Monasterio de Larvaón la Reina Santa Teresa, llevándose á su otra hija D.ª Dulce. Acompañólas el mismo San Fernando hasta Setúbal, donde tuvo una entrevista con el monarca portugués, á quien devolvió entonces el castillo de San Esteban de Chaves, que le había usurpado su padre Alfonso IX.

berana voluntad dependiese. Cuidad, que hay aquí grave riesgo de particulares y políticos. *Manus nostrae excelsae et non tua, Domine, fecerunt haec omnia* (1), dijeron aquellos impíos, y les perdió su soberbia.»

V

Y sucedió entonces, que habiendo llegado á León aquellas venturosas nuevas, que la Reina D.ª Berenguela se apresuró á enviar, acudieron al palacio muchos ricos-homes para besar la mano al Rey D. Fernando, y vino también entre ellos el Conde D. Diego Díaz.

Atisbóle el truhán Payo, en una cuadra de paso, frontera á la real cámara, donde posaban á veces las dueñas y damas de la Reina. Vióle venir el truhán; guardóse tras D.ª Urraca Pérez (2), ama del Infante D. Alfonso, que era muy obesa dueña, y pegado á su pellote, gritóle al Conde en son de fisga:

—Decid vos, D. Diego Díaz... ¿Doblan fablas de dueñas á las espadas loberas?...

(1) Nuestras poderosas manos, y no la tuya, Señor, hicieron todo esto.

(2) Así llama á esta señora el mismo Rey San Fernando, con motivo de una donación que la hace por haber criado á su hijo D. Alfonso. *Vobis Urracae Petri, nutrici donus Alphonsi primogeniti mei.*

Mudóse la color al fiero Conde, mas reportóse prudente, y con harta mesura en el rostro respondióle muy pausado:

—Catad, don hi de mona, que dije *fablas de dueñas* que desollan á os homes, ó non *fablas de sanctas* que doblan fasta los cielos.

LA VIRGEN DE LA PALMA

LA VIRGEN DE LA PALMA

(FRAGMENTO DE UN LIBRO NO TERMINADO)

Madre y Señora,
Mística *Palma*,
Tú sola eres
Nuestra esperanza.

ERA D. Antonio Azlor un honrado viejo solterón, aragonés rancio de su tiempo, franco y campechano, caballero como el Cid, católico á machamartillo, devoto de la Virgen del Pilar hasta la exageración, y aficionado á las corridas de toros hasta la locura.

Segundón de la casa de Guara, habíase conquistado por sus méritos propios una posición brillante, que fiel al respetuoso culto de los nobles de aquel tiempo hacia el tronco de su casa, utilizó siempre en provecho de su sobri-

no el Duque de Villahermosa, que lo era de la suya.

Nombróle Fernando VI su ministro plenipotenciario en la Corte de Viena, allá por los años de 1750, y tan prendado quedó de las virtudes y talentos de la Emperatriz María Teresa, que desde entonces hasta su muerte estuvo suscrito á todos los *Mercurios* y *Gacetas* de Viena, á pesar de que apenas entendía el idioma en que estos se hallaban escritos; y como en 1765 afligiese á aquella señora una grave dolencia, mandó D. Antonio hacer por su cuenta rogativas á la Virgen del Pilar hasta su completo restablecimiento. «Admito gustoso, escribió entonces á su sobrino Villahermosa, la enhorabuena por el restablecimiento de la Emperatriz-Reina, de que es cierto que me he alegrado mucho, pues no ignoras cuántos motivos tengo para celebrarlo.»

Quedó Fernando VI muy satisfecho de los servicios de D. Antonio Azlor en Viena, y después de llamarle á Madrid y admitirle con mucho agrado á besar su real mano, envióle de gobernador político á Cádiz, adonde llegó á mediados de Octubre de 1755, *á Dios gracias*, según escribe él á su sobrino, *y sin ningún contratiempo, después de doce días de viaje y dos vuelcos de coche.*

Á los pocos días, una catástrofe horrenda,

que según escribe D. Antonio á Villahermosa, veinticuatro días después del suceso, *fué el mejor bosquejo que puede darse del día del juicio,* vino á poner á prueba las dotes de mando del nuevo gobernador político.

En la mañana del 1.º de Noviembre de 1755, fiesta de Todos los Santos, sintióse de improviso un temblor de tierra, cuya violencia fué creciendo poco á poco, hasta derribar algunas casas y estremecer los más sólidos edificios con violentos vaivenes: mitigóse después lentamente con extraños y pavorosos ruidos y grande espanto de todos, durante todo ello por espacio de diez minutos.

Alborótose la ciudad, y las gentes corrían por las calles espantadas, y acudían á refugiarse en los templos, dando alaridos de terror y clamando á Dios misericordia. Un viejo, de todos conocido, que vendía langostinos y bocas de la Isla, gritaba arrodillado en la puerta de San Francisco:

—¡Señó! ¡Señó!... Si esto es castigo para los de Cáiz, que yo soy de Chiclana!

Con lo cual, los gaditanos, poco sufridos en medio de su terror, y creyendo importuna burla lo que solo era sencillez de aquel desgraciado, atropelláronle é hiriéronle sin piedad, dejándole muy maltrecho.

Discurría D. Antonio Azlor por todas partes, dando acertadas disposiciones en los sitios en que mayor fué la ruina, hasta que un tropel de gentes que huía sin tino, pidiendo á grandes voces auxilio, arrastróle á su pesar por el estrecho callejón del Tinte hasta el convento de San Francisco, situado en el terreno que ocupa hoy la plaza de Mina, donde los frailes habían expuesto el Santísimo Sacramento.

Entró D. Antonio en el templo á sosegar la multitud con su presencia, y arrodillado ante el Santísimo, hizo voto á San Francisco de llevar todos los días de su vida el cordón de su orden, si sacaba en bien á la ciudad de tan tremendo peligro.

Sosegáronse al cabo los ánimos en lo posible, viendo que el suelo ya no temblaba y que todo el estrago habíase reducido á la ruina total de algunas casas ya ruinosas.

Mas á deshora, en sazón de hallarse claro el horizonte y el viento en calma, retiróse el mar precipitadamente, con grandes mugidos y de modo extraño y temeroso...

Cundió de nuevo el espanto, aumentado por lo nunca visto del caso, y llegó á convertirse en vértigo, cuando vieron á poco volver sobre Cádiz las altas y furibundas olas, con tal empuje y braveza, que amenazaban arrancar de

cuajo la atrevida ciudad, que pareció siempre desafiarlas, como una blanca gaviota posada sobre un peñasco.

Entró el mar por la Caleta, arremetiendo con tal fiereza, que deshizo por completo el lienzo de la muralla que le hacía frente. Tornóse entonces el terror en locura; salvábanse los más serenos en las altas azoteas; corrían casi todos por las calles sin tino; agarrábanse muchos al primer fraile ó sacerdote que encontraban al paso, y confesábanse á toda prisa en el umbral de una puerta, sentados en un guardacantón ó en las cureñas de los cañones de la muralla.

La gran masa de gente, atropellándose en confuso tropel y lanzando desesperados alaridos, cargó sobre la puerta de tierra, con intento de escaparse á la Isla, siguiendo el arrecife.

Mas D. Antonio Azlor, temiendo con previsora prudencia, que los dos mares se juntasen por la carretera y pereciese en esta toda aquella multitud espantada, mandó cerrar las puertas para impedir la salida, y mandó también hacer gran provisión de barricas de alquitrán y hachas de viento, para que si el terremoto y las embestidas del mar repetían aquella noche, se iluminasen las calles y no viniera á aumentar la catástrofe el horror de las tinieblas.

Arremolinóse el gentío en la puerta de tierra,

amenazando con grandes gritos de furor echarlas abajo. Mas no cejó D. Antonio un punto en su cautela, y con enérgica y prudente persistencia, mandó á los granaderos del regimiento de Soria calar las bayonetas y resistir á aquellos infelices, que espantados por un peligro que veían, corrían á buscar una muerte que divisaban bien cierta los serenos ojos de la prudencia.

Unos treinta, entre hombres y mujeres que lograron escapar antes de cerrarse las puertas, perecieron en efecto anegados al juntarse los dos mares sobre la carretera con pavoroso estruendo, y vióseles desde la muralla elevarse acá y allá en las crestas de las olas, y hacerse trizas contra las rocas, ó desaparecer de la vista, mar adentro, luchando con la agonía.

Mientras tanto, subía el agua por el barrio de la Viña, midiendo ya en algunos parajes cuatro varas de altura, y entrando hasta la mitad de la calle de la Palma. Corrían de una á otra parte sin tino las gentes, locas de terror, y rechazadas en la puerta de tierra por las bayonetas, y huyendo de la furia del mar que amenazaba tragarlo todo por el lado opuesto, replegábanse hacia el convento de Santo Domingo, donde habían expuesto á la patrona de la ciudad, Nuestra Señora del Rosario, con el rostro vuelto hacia la bahía, y ante la sagrada imagen caían

todos de rodillas, pidiendo á voces confesión y clamando á Dios misericordia.

Celebraba un fraile la santa Misa en la capilla de la Palma, cuando el tremendo empuje del mar rompió la muralla y entraron por la Caleta las aguas: los alaridos de espanto de la muchedumbre que se refugiaba en la iglesia, y los temerosos mugidos del mar que rápidamente se acercaba, advirtiéronle el peligro.

Mas no perdió el fraile un momento su sosiego: con religiosa pausa terminó el santo Sacrificio, y cogiendo después el estandarte de la Virgen de la Palma, salió por la calle abajo, seguido de inmenso pueblo, al encuentro de las aguas: llegaban ya éstas á la mitad de la calle, y el pueblo se detuvo aterrado á los lejos, cayendo de rodillas, mudo de espanto, poseído de ese estupor inmenso que precede siempre á las terribles expectaciones.

Adelantóse entonces el fraile, solo en medio de aquel horrendo silencio, y avanzó hasta mojarse los pies en las saladas aguas: una ola se retiraba entonces, dejando empapada la tierra, y en aquella línea mojada clavó el fraile de un golpe el estandarte de la Virgen, clamando con recias voces:

—*¡Si eres Madre de Dios, no pasará de aquí el agua!...*

Mil gritos del alma de esos que sirven al hombre de oración en las angustias supremas, desgarraron entonces el aire, y la ola que se alzaba furiosa cayó á los pies del estandarte sin mojarlo, y quebróse la que venía detrás más lejos, y fué á romper la otra en el extremo de la calle, y comenzó á retroceder el mar lentamente, poco á poco, mugiendo y bramando siempre, como una fiera rabiosa aún, pero acobardada, que se retira á su caverna.

Corrió al punto por todo Cádiz el grito de: ¡Milagro! y la población entera voló á la capilla de la Palma, adonde llegó también D. Antonio Azlor en el momento en que entre gritos y vítores entraban el estandarte. Tuvo entonces el noble aragonés el movimiento de gozo más grande que sintió en su vida, y lo único que se lo turbó al pronto *un poquillo,* contaba él más tarde á su sobrina la Villahermosa, fué que no hubiera hecho el prodigio el estandarte de la Virgen del Pilar en vez de hacerlo el de la Virgen de la Palma (1).

(1) En memoria de esta providencia admirable de la Virgen Santísima, púsose entonces en la calle de la Palma un cuadro conmemorativo, que se conserva aún en el lugar mismo en que se detuvieron las aguas. Celébrase también todos los años, el día del aniversario, una solemne función en acción de gracias á Nuestra Señora de la Palma, siendo después llevado procesionalmente el estandarte hasta el lugar

mismo en que acaeció el suceso. He aquí como documento curioso de aquella época, los *Afectos fervorosos que la Archicofradía y primera compañía espiritual del Santísimo Rosario de Nuestra Señora de la Palma dedicó á su soberana titular en memoria del terremoto é inundación que padeció la ciudad de Cádiz el día 1.º de Noviembre del año de 1755:*

Madre y Señora,
Mística PALMA,
Tú sola eres
Nuestra esperanza.

No hay mucho tiempo
Que por tu causa
Se libró Cádiz
De una desgracia.

Madre y Señora, etc.

Al ver tu imagen,
Oh Madre amada.
Se retiraron
Del mar las aguas.

Madre y Señora, etc.

De todos Santos
Se celebraba
En aquel día
La fiesta sacra.

Madre y Señora, etc.

Era la hora
En que en las aras
Cultos debidos
A tu Hijo daban.

Madre y Señora, etc.

Cuando la tierra
Toda temblaba
Y sus vaivenes
Horrorizaban.

Madre y Señora, etc.

¡Hora funesta,
Fatal desgracia!
Tan fuerte y triste
Como impensada.

Madre y Señora, etc.

Los edificios
Todos chocaban
Unos con otros
Con fuerza extraña.

Madre y Señora, etc.

Después furiosas
Del mar las aguas
Entran soberbias
Por las murallas.

Madre y Señora, etc.

Hasta las nubes
Se levantaban
Terribles olas
Como montañas.

Madre y Señora, etc.

Por esas calles
Sin freno entraban
Casi anegando
Todas las casas.

Madre y Señora, etc.

Un tierno infante
Que reposaba,
Víctima triste
Fué de las aguas.

Madre y Señora, etc.

Otros llorando
Su Madre abrazan,
Temiendo el riesgo
Que amenazaba.

Madre y Señora, etc.

Las casas dejan
Desamparadas,
Y por tu imagen
Todos clamaban.

Madre y Señora, etc.

Lamentos y ecos
De voces varias,
La postrer hora
Triste anunciaban

Madre y Señora, etc.

Las olas siguen
Más encrespadas,
Todo era espanto,
Horrores y ansias.

Madre y Señora, etc.

En este punto
Con confianza
Un sacerdote
Tu imagen saca.

Madre y Señora, etc.

Y este devoto
Dice á las aguas:
«Todas tus furias
De aquí no pasan».

Madre y Señora, etc.

Pero ¡oh prodigio!
Que á estas palabras
Las olas hacen
La retirada.

Madre y Señora, etc.

El mar altivo
Huye y se amansa,
Retrocediendo
Su furia y saña

Madre y Señora, etc.

Tú fuiste el iris
Que esta borrasca
Dichosamente
La puso en calma

Madre y Señora, etc.

De tu capilla
Todos se amparan
Dando á tu imagen
Rendidas gracias

Madre y Señora, etc.

Todos decían:
¡Oh Reina amada,
Sean tus piedades
Las que hoy nos valgan.

Madre y Señora, etc.

»Cesen las iras,
Oh Virgen sacra,
Con que tu Hijo
Nos amenaza.

Madre y Señora, etc.

»Mira, Señora,
Las circunstancias
En que este pueblo
Triste se halla.

Madre y Señora, etc.

»De tu Hijo amado
La furia aplaca,
Y haz que perdone
Ofensas tantas».

Madre y Señora, etc.

EL SALÓN AZUL

EL SALÓN AZUL

(HISTORIA MARAVILLOSA)

I

Che pavore!...

En la curva que forma el Cantábrico entre San Sebastián y Guetaria, se asienta un pueblecillo pintoresco, mitad labriego, mitad marino, que reclina la cabeza en el arranque de la montaña, y extiende los pies sobre la playa, para lavárselos en el mar. La moda soliviantó, hace años, los cascos á este honrado guipuzcoano, y desde entonces, sin abandonar los aperos, ni dejar los remos, ni perder tampoco su sano perfume de manzanas y mariscos, vístese por el verano el *smokin* y la corbata blanca, y recibe en sus lindas casitas y elegantes villas á buena parte de

la sociedad más *huppée* madrileña. Faltábale al pulido labriego vasco un toque de supremo buen tono, y dióselo al cabo la proximidad de la corte en los meses del estío: desde entonces acuden á él todos los Metternichs más ó menos chiquititos que nos mandan las naciones extranjeras, y anidan allí embajadores, y se bañan plenipotenciarios, y se encuentran á cada paso rubias secretarias corriendo en bicicleta, y esbeltos agregados formando con sus cañas de pescar los dos lados iguales de un triángulo isósceles.

Por Agosto de 189** hallábase el pueblecillo aristocrático y labriego, marino y cancilleresco, en el *grand complet* de diosas y dioses del Olimpo nobiliario, divinidades más ó menos tonantes del calendario diplomático, y deidades de menor cuantía, de esas que no escalan el Olimpo, como los Titanes, porque les falta estatura, pero que lo invaden sin que se sepa cómo ni por dónde, y allí bullen y se agitan y aun alborotan, y si no son siempre las que más brillan, son á veces las que más escandalizan. Abundaban, pues, las fiestas, bailes y tertulias, con su séquito correspondiente de chismes y piques, historias y murmuraciones, y en este hervidero caí yo, mísero mortal, el 23 de Agosto, muy entrada ya la noche. Llevábanme asun-

tos muy urgentes, y era mi ánimo dormir en casa de un muy grande amigo mío, y marchar al día siguiente de mañana, para Deva y Bilbao con otro amigo que veraneaba también en el acicalado villorrio.

No corría entonces el ferrocarril que hoy existe, y las diez daban pausadamente en el reloj de la parroquia cuando se detuvo mi coche, muy cerca de ésta, ante el vetusto palacio de mi amigo. Nada más triste que la entrada y el aspecto de esta antiquísima mansión señorial, que recuerda por lo artística y sombría una decoración de ópera romántica... Un gran parque semicircular de árboles seculares frondosos y copudos, sombreado en parte por la negra mole de la iglesia; bancos rústicos, un lago y una antigua cruz de piedra cubierta de yedra, á cuyo pie parecen resonar las lastimeras notas de Alice:

Mira il cielo che t'attende,

y las desgarradoras de Roberto:

¡Ah, pietá, pietá, di me!...

En el fondo el sombrío palacio, de carcomidos sillares, con sus balcones de pesado herraje, su enorme escusón en que campean cuarteles de las primeras casas de la Grandeza, sus pun-

tiagudas torrecillas que no abate ni destruye el peso de los siglos, y en último término, como fondo del cuadro, el mar alborotado y fosforescente, extendiéndose hasta el Machichaco, que cierra en parte el horizonte, como una compuerta eutreabierta... Franqueado el enorme y oscuro zaguán y la ancha puerta interior de dobles hojas, que adornan sendas coronas ducales, la decoración varía por completo... Un patio de mármol alegre y espacioso como los más renombrados de Sevilla, salones enfilados que recuerdan todavía recepciones regias, cuadros de valer, muebles primorosos, retratos de ilustres abuelos, criados silenciosos y correctos, ágiles sin precipitación, previsores sin importunidad; todo el lujo, en fin, sobrio, serio y rico de los magnates pasados, con todo el sibarítico *confort* de los presentes.

Nadie esperaba mi llegada, pues mi prisa en salir de San Sebastián me impidió avisarla, y sorprendí á los señores de aquella casa, reclinada ella en su *chaise-longue* por hallarse indispuesta; engolfado él en sus periódicos extranjeros por ventilarse entonces en éstos cierto ruidoso proceso. Hallábanse también allí los dos hijos más jóvenes de aquellos ilustres señores, y los dos mayores, P** y X**, estaban en un baile que daba aquella noche el Embajador

de Alemania, lo cual fué quizá la causa y el comienzo de mi espantable aventura.

Duró nuestra alegre y cariñosa plática hasta muy cerca de las doce, y á esta hora retiréme yo á las habitaciones que me habían destinado, dispuesto á esperar á los dos ausentes; pues debiendo yo madrugar mucho, y acostumbrando ellos á hacerlo muy poco, no hubiera podido verles de otro modo sin causarles molestia. Amábales yo en extremo é inspirábanme ambos ese interés como de cosa propia, que despierta la juventud en la edad madura cuando ésta ha presenciado y seguido paso á paso en aquella el largo, misterioso y difícil desenvolvimiento que lleva de una niñez llena de encantos, á una juventud irreprochable llena de esperanzas.

No habían llegado aún á este rincón de Guipúzcoa los modernos resplandores de la luz eléctrica, y á la de una enorme lámpara de bronce púseme á despachar los rezos del día siguiente, una vez instalado en mi cuarto. Era éste una gran pieza cuadrada, muy alta de techo, precedida de un salón aún más extenso todavía que atravesé yo distraidamente sin sospechar siquiera la temerosa sorpresa que entre sus muros azules me aguardaba. Tenía mi cuarto una gran puerta á este salón azul, abierta de par en par entonces: en el fondo un balcón que daba al

parque, con los cristales también abiertos y las persianas entornadas para dar entrada al fresco de la noche. Frente al balcón, y en el centro del testero opuesto, había una preciosa cama del siglo XVII, muy alta, con puntiagudos remates y caprichosas labores de ricas maderas y bronces dorados. Á la derecha de ésta, una chimenea de mármol negro y una disimulada puertecilla de escape que daba al cuarto de P**, el cual se comunicaba á su vez por otra puertecilla idéntica con el de su hermano X**. Los cortinajes y sillería eran de reps de seda muy claro, con flecos y anchas franjas moradas de terciopelo, y entre el balcón y la cama había una mesita de escribir, sobre la cual ardía la lámpara á cuya luz rezaba yo los maitines de San Bartolomé correspondientes al 24 de Agosto, aniversario de histórica y terrible catástrofe, misteriosamente empalmada con la espantable visión que iba á presentarse ante mis ojos.

Los ausentes tardaban, y terminado mi rezo, ocurrióseme examinar aquel misterioso salón azul, que no había yo de olvidar nunca, por muchos años que viviese. No se notaba allí el lujo que reinaba en el resto del palacio: la tapicería azul parecía desteñida, y pálido y marchito resultaba también este mismo color azul en los muebles y cortinas rameados de blanco. Tenía

el salón una puerta á la ancha galería que da vuelta á todo el palacio, y otras dos muy grandes frente á frente: era una la de mi cuarto, y daba la otra á las habitaciones ocupadas por la Reina D.ª Isabel II, las varias veces que se hospedó en aquel palacio, cerradas entonces y amuebladas siempre, como si esperasen aún á la augusta huéspeda. Colgaban de las paredes varios cuadros y retratos antiguos, de los cuales llamaron mi atención tres de ellos. Fué el primero uno muy grande, italiano, oscurecido todo por la patina: representaba el sueño de Jacob, y veíase en primer término al Patriarca, muy blanco y rubio, guapo y repolludo, con coleto de ante ceñido á la cintura, nagüetas recamadas y al aire las piernas, durmiendo como en colchón de plumas sobre los pelados riscos. En el fondo veíase la escala mística, por donde subían y bajaban rechonchos angelitos, y en el último peldaño apoyábase un diminto Padre Eterno, que parecía vigilar las subidas y bajadas de la celestial chiquillería con la mano levantada y el dedo tieso, como imponiendo orden y silencio.

Á derecha é izquierda de las habitaciones de la Reina, y frente á frente por lo tanto de la mía, había dos retratos muy notables. El de la derecha, de primorosa factura y estilo muy antiguo,

era un apuesto caballero del siglo XVI, rubio y de fisonomía triste y antipática, con justillo recamado de oro, gola no exagerada y cadena de oro al cuello con una medalla de Carlos V que le caía sobre el pecho. El de la izquierda me dió, sin saber por qué, malísima espina. Era una señora viejísima y muy fea, de boca hendida como la de una culebra, vestida con el hábito de las monjas de Santo Domingo: hallábase sentada en un gran sillón de vaqueta, con las armas dominicanas, y otro escudo nobiliario de muchos cuarteles brillaba en el ángulo derecho del cuadro. Tenía en la mano una pluma, y papeles y libros al lado, sobre una mesa. Repito que desde el momento en que la vi, púsoseme la tal señora monja entre ceja y ceja.

Reinaba ya el más profundo silencio en todo el palacio y solo se oía en el cuarto azul el acompasado correr de las tres fuentecillas del parque. Asoméme un momento al balcón, que era el primero á la derecha del escudo de la fachada: extendíase el parque en la oscuridad más negra, cortada ésta bruscamente por el chorro de luz que brotaba de la abierta puerta del palacio. Á lo lejos, alumbraban dos farolillos la entrada de la verja. La tibia brisa traía acres perfumes del mar, que resonaba á la espalda con cadenciosa monotonía, y el cielo tachonado

de estrellas recordábame, por su sombría magnificencia, los mantos de terciopelo negro de las Dolorosas de Sevilla. Apoyado en el balcón permanecí largo rato disfrutando de aquella noche deliciosa: pensaba yo con zozobra en el asunto que motivaba mi viaje, relacionado de lejos con cierto famoso crimen cometido por aquel tiempo, que tuvo en todo el mundo aterradora resonancia. Temores, dudas, esperanzas, ansiedades, los sentimientos todos que despierta en el ánimo cristiano la contemplación de los caminos inesperados y extraños por donde hunde ó levanta Dios á las naciones y á los hombres, me embargaban por completo.

Sonó á lo lejos un coche, y aparecieron al cabo sus dos farolillos por una calle que llaman del Vizconde. Detúvose á poco ante la puerta del palacio y apeáronse los dos hermanos, correctísimos, en traje de baile, trayendo prendidos aún en los *smokins* las abigarradas cintas con cascabeles del cotillón de la Embajada alemana. Entristecióme el corazón más todavía el contraste que formaban con mis negros pensamientos aquellas dos simpáticas figuras, alegre personificación de la juventud, que tan cariñosa compasión infunde, al verla pasar entre los precipicios y horrores que yo soñaba, serena y risueña, con una venda en los ojos, de seda color de rosa.

Había mucho que decir y que contar después de varios meses de ausencia pasada y otros tantos de futuro alejamiento, y entramos los tres en mi cuarto y pasamos después al de P**, y nos instalamos al fin en el de su hermano, que era el último de los de aquella hilera. Rindióse aquel primero que ninguno, y quedéme yo solo con este todavía largo rato, hasta que sonó el toque de maitines en el convento de San Francisco, una hora antes de romper el alba. Retiréme yo entonces para descansar cuatro horas, y atravesé de puntillas el cuarto de P**, que dormía ya profundamente. Cerré con gran sigilo la puertecilla de escape, y al volverme para cerrar también la del salón azul, resonó en mitad de este, sobre el encerado pavimento, un golpe seco y fuerte, terrorífico en el silencio, seguido del marcado rumur de algo que rodaba hacia el ángulo izquierdo de las habitaciones de la Reina... Al mismo tiempo, una fuerza invisible, que ni me lastimó ni me hirió, y que pudiera llamarse también impalpable, hízome caer en el suelo con gran violencia... Levantéme instantáneamente como movido por un resorte, y entonces vi en el centro del salón una de esas cosas sin nombre... Era como una columna de luz azulada que llegaba desde el suelo hasta el techo, y se movía y menguaba al compás del

ruido y le seguía hasta apagarse con él, en el mismo rincón, bajo el retrato de la monja. Los ojos de esta se abrían y cerraban de modo espantable, y su mano descarnada, fuera del cuadro, movíase de arriba abajo, no sé si llamándome á mí ó santiguándose ella... En el otro rincón los ojos del apuesto caballero brillaban como dos brasas rojas...

Sentí que me desvanecía y dejéme caer en la cama que estaba á dos pasos: un sudor frío invadió entonces todo mi cuerpo, y hundíme poco á poco, sin angustia y sin espanto, en una especíe de sopor pesado, que pasó luego á letargo profundo, oyendo á lo lejos la campana del convento que tocaba á maitines de San Bartolomé... histórica señal de la matanza de los hugonotes...

II

Al despertar ó volver en mí, que no sé yo cuál de las dos cosas fuese, vi al lado de mi cama al señor de la casa y al amigo que había de llevarme á Deva, mirándome ambos con ojos entre espantados y risueños... El sol entraba á raudales por el balcón abierto; ardía aún la lámpara de bronce sobre la mesa, y hallábame yo tendido en la cama, tal como me dejé caer después de la visión siniestra. Había llegado mi

amigo á la cita con puntualidad en él inusitada, y alarmado al ver que yo no daba cuenta de mi persona, habíanse decidido él y el señor de la casa á entrar en mi cuarto.

Balbuceé las primeras excusas que me ocurrieron y apresuréme á disponerme para el viaje. Al pasar por el salón azul lancé en torno una mirada medrosa... Nada había allí entonces lóbrego ni triste: el sol y el aire entraban por todas partes y las cortinas de encaje se henchían con la fresca brisa de la mañana como las velas de un barco. El Patriarca Jacob dormía como si tal cosa: los angelitos subían y bajaban sin cara alguna de susto, y el Padre Eterno, con su dedo empinado, no se daba por entendido de apariciones ni de espectros. Miré el retrato de la monja: allí estaba la taimada con su pluma en la mano y sus penetrantes ojillos inmóviles, tan quieta y tan serena como si no hubiese roto un plato en todos los días de su vida. En el bruñido pavimento de roble no había rastro de golpe alguno; ni se veían tampoco en el rincón los del cuerpo esférico que parecía rodar, ni los de la luz que allí fué á extinguirse juntamente con el ruido.

Íbamos en un *breack* con cuatro caballos, que como consumado *sportman* guiaba mi amigo. Mi preocupación era tan grande, que hubo de

notarla este, y cediendo yo á la necesidad de expansión que traen consigo las fuertes impresiones, comencé á confiarle mi secreto... Mas mi amigo, mirándome primero espantado como si dudase de mi cabal juicio, rompió luego á reir con tal ahinco y tanta prisa, que mohino yo y avergonzado, díjele con algún desabrimiento:

—Ten cuidado no vayas á darnos un baño... y déjame rezar en paz mis Horas.

Íbamos por la linda y peligrosa carretera que allí bordea el mar y que me recuerda siempre, por lo caprichosa y pintoresca, la *corniche* italiana entre Savona y Bordighera. Atajé, pues, la risa de mi amigo poniéndome á rezar las Horas de San Bartolomé, cuyos maitines había celebrado ya con tan desagradable sorpresa, y el viaje continuó sin ningún incidente. Llegué á Bilbao al oscurecer, y las noticias que allí tuve obligábanme á salir para Barcelona al día siguiente en el tren correo, para alcanzar el expreso en Miranda. Hospedéme en la Universidad de Deusto, y había allí un Hermano coadjutor, ya viejo, vascongado puro, que era natural del pueblecillo que tanto me andaba preocupando: ocurrióseme entonces que él podría quizá darme noticias de los antecedentes del palacio y sus antiguos moradores, y quiso la fortuna que este mismo Hermano viniese á servirme el desayuno

á la mañana siguiente. Preguntéle, pues, si hacía muchos años que había salido del pueblo.

—Chiquito, chiquito era yo como este—me contestó mostrándome la chocolatera de cobre que tenía en la mano, pequeña en verdad para estatura de hombre, pero muy respetable y cumplida para la suya de chocolatera.

—¿Y vió usted alguna vez el palacio?...

—Miles y miles de veces iba yo con otros chicos á tirar piedras al estanque.

—¿Y no sucedía allí algo extraordinario?...

Iluminóse su redondo rostro con los reflejos del amor patrio, y contestó con grande énfasis:

—¿Extraordinario?... Pues todos los años de Dios, la procesión de la Virgen de Agosto... ¡Qué hermoso!... Salía la Señora á pie, con cola larga y tamboriles y gaitas de todas partes, y llevaba en la procesión al Niño Jesús á las monjas de Santa Clara... Luego merendaban alcaldes en el palacio, y á los chicos bollos y bizcochos nos tiraban... ¡Qué hermoso pués!...

Recordé entonces que los señores de aquella casa eran fundadores y patronos del convento de Santa Clara, y solían presidir la procesión que sale de allí el dia de la Asunción de la Virgen, que es el 15 de Agosto. La última poseedora, anterior á mi amigo había muerto años

antes, de edad avanzadísima, y á esta señora aludía el buen Hermano. Díjele entonces:

—No me refiero á eso... Digo si no ocurrían en el palacio cosas extraordinarias, así como de apariciones ó fantasmas...

—¿Apariciones?... ¿Fantasmas?... Duendes serían pués...

—¿Había duendes?...

Juntó él los dedos de la mano derecha en forma de piña, y contestó como si se tratase de ratones ó de chinches:

—En el cuarto oscuro, muchísimos...

—¿En el cuarto oscuro?... Sería el cuarto azul.

Cerró los ojos un momento como si reflexionase, y contestó muy grave:

—¿Azul?... Lo mismo da: de noche oscuro sería.

—¿Y qué duendes eran esos?

—Los del judío que murió allí, y en cuerpo y alma llevaron demonios, dejando el rabo cogido en la puerta...

Echéme á reír sin poderlo remediar, y el Hermano, mirándome como quien sabe bien que dice un absurdo, pero está seguro de producir honda mella, díjome entre grave y risueño:

—No se ría Vuestra Reverencia pués... Los demonios llevaron al judío... El señor Marqués, por librarlo, cerró la puerta; pero sin querer

cogió el rabo del judío... Los demonios tiraban, tiraban, y arrancaron el rabo, que cayó dentro... Entonces, andando el rabo como una serpiente, se metió en un agujero del cuarto... El señor Marqués—¡pobrecito!—lo vió todo, yerto, yerto, y del susto fundó las Beatas allá en la huerta... Por las noches viene el judío buscando su rabo, y los demonios defienden, y hay combate, y gritos y porrazos, y ya está todo pués...

—¿Pero á qué vino allí ese judío?

—Á robar las alhajas de la iglesia... y engañó al señor Marqués, y dijo que era cristiano, y escondió las alhajas en un rincón de aquel cuarto, y por eso el rabo corría, corría, á meterse en el agujero con lo robado... Los judíos son avariciosos pués—concluyó el Hermano sentenciosamente.

Despertóse mi curiosidad con gran viveza, porque aquel rabo que corría, y aquel tesoro escondido en el mismo agujero, parecíanme tener grandes puntos de contacto con aquel ruido y aquella luz que había yo visto correr juntos y apagarse á la vez en el mismo rincón del misterioso aposento. Parecióme, pues, descubrir en todo esto la pista de una de esas tradiciones que se encuentran entre el pueblo bajo, llenas de errores y absurdos, como se encuentran en una excavación antiguos objetos artísti-

cos, cubiertos de herrumbre y de barro: y así como limpios estos de toda inmundicia aparece á los ojos del anticuario el arte de otras edades, así también despojadas aquellas de sus errores y absurdos se encuentran remotos hechos, ciertos y comprobados, interesantes á veces para la historia. Este trabajo de depuración propúseme yo hacer con el rabo del judío, estimulada muy justamente mi curiosidad por lo extraño y maravilloso que yo mismo había visto.

Desgraciadamente no pudo el buen Hermano ampliar sus noticias: preguntéle la fecha del maravilloso suceso, y me contestó:

—Miles y miles de años hace.

Díjele si era muy conocida aquella historia, y con un movimiento amplio y redondo de la mano y del brazo, como si fuese á bendecir *urbi et orbi*, respondió:

—Hasta los no nacidos conocen...

Á mis demás preguntas encogíase de hombros, ó contestaba á veces mostrando siempre la chocolatera:

—Chiquito, chiquito como este era yo entonces.

Preguntéle también si conocía en el pueblo alguna persona que pudiera dar razón exacta de esta historia, y después de un momento de reflexión, dijo con aire de triunfo:

—¡El Padre L** pués!... Hermano administrador del palacio: padre administrador, abuelo administrador; todos, todos, hasta Adán, administrador, y en palacio nacieron.

Parecióme esta indicación oportunísima: era el Padre L** persona muy grave y sensata, ya de muchos años, y en su cualidad de miembro de aquella cronología de administradores que el buen Hermano remontaba hasta Adán, podía muy bien tener noticias de cuanto al palacio se refiriese. Por otra parte, hallábase este Padre en Loyola, y seríame muy fácil verle á mi vuelta de Barcelona, si, como presumía, érame forzoso volver á Guipúzcoa.

Así sucedió en efecto: quince días después hallábame yo en Loyola de vuelta de Barcelona, mano á mano con el Padre L**, sometiéndole á un interrogatorio digno del más impertinente de los periodistas. Ocultéle por el pronto mi aventura, escarmentado ya con la risa de mi amigo el *sportman,* y comencé preguntando sencillamente por los duendes del palacio, y refiriéndole lo que había oído al Hermano en Deusto. Escuchábame el Padre con grave atención, y al oir la pintoresca historia del rabo del judío, y el hurto de alhajas en la iglesia, movió lentamente la cabeza sonriéndose.

—El Hermano E**—me dijo con la sose-

gada paz que le distingue—confunde dos cosas distintas... No sé si en el siglo pasado, ó en el precedente, hubo en efecto en Z** un robo muy notable en la iglesia: hízolo un extranjero, que pudo muy bien ser judío, pero no sé yo que lo fuese. Diéronle muerte en la horca por sacrílego, y esto hizo grande impresión en el pueblo. Supongo que el pobre reo no tendría rabo, y si lo tuvo, no se lo dejaría en este mundo, pudiendo hacerle falta en el otro... Pero todo esto nada tiene que ver con los duendes del palacio, sino que con el transcurso de los años, y al pasar las cosas de generación en generación y de lengua en lengua, el pueblo confunde y baraja todo lo extraordinario, y concluye por hacer un ciempiés de la más sencilla historia... La leyenda del salón azul, tal como ha venido siempre de padres á hijos en la familia, es la siguiente... Hace más de tres siglos, no sé de fijo cuándo, llegó al palacio, no sé tampoco por qué ni para qué, un caballero, herege hugonote...

Azoréme yo un poco al oir la palabra *hugonote,* porque en el aniversario de la célebre matanza de estos habíame sucedido á mí la maravillosa aventura. El Padre, sin notar mi turbación, prosiguió:

—Persona de cuenta debía ser cuando le alojaron en el cuarto azul, que es de los mejores

del palacio... Enfermó allí el caballero del mal de la muerte, y cuantos esfuerzos hicieron para reducirle á la verdadera fe los señores de la casa, el Rector de la villa y cuantos eclesiásticos notables había por los contornos, fueron inútiles... El desgraciado hereje murió en sus errores, desesperado y maldiciendo, y según la leyenda, los demonios se lo llevaron en cuerpo y alma al infierno, pues nadie vió el cadáver en el pueblo, ni supo jamás persona alguna dónde habían ido á parar sus huesos. Desde entonces resuenan por la noche en el cuarto azul temerosos ruidos, y es creencia general en todo el pueblo que provienen del alma condenada del hugonote, que lamenta en el sitio en que murió su triste suerte... Por eso he conocido yo siempre ese cuarto cerrado y sirviendo solo de guardamuebles, á pesar de su situación ventajosa y de ser tan cómodo y magnífico. Creo que no se habilitó de nuevo hasta el año de 1866, cuando vino la Reina D.ª Isabel con toda la real familia á hospedarse por primera vez en el palacio, y con ser tan grande este, resultó entonces pequeño... De esto no estoy cierto sin embargo, porque en ese tiempo andaba yo muy lejos de Z**, y de España y de Europa: fué cuando me mandaron á las misiones salvajes de Filipinas...

Preguntéle qué clase de ruidos se oían en el cuarto azul, y me contestó muy seguramente:

—Dicen que viene á ser como si cayese desde el techo sobre el entarimado una bola de billar y rodase luego hasta un ángulo del aposento, donde es tradición que estuvo la cama en que expiró el hugonote, y de donde sacaron los demonios su cuerpo para llevárselo al infierno...

Sobresaltéme interiormente con cierto pavor retrospectivo, porque no podía darse descripción más exacta del ruido que había escuchado yo mismo. Pregunté, sin embargo, sonriéndome, por miedo del que el Padre se riese del todo:

—¿Y oyó V. alguna vez esos ruidos?...

—Yo no he oído nunca nada ni visto tampoco ninguna cosa—me respondió él muy gravemente.—Pero recuerdo un hecho que tuvo sin duda mucho que ver con esto y que presencié yo mismo... Cuando yo era niño, allá por el año treinta y tantos, vivían mis padres en las habitaciones del administrador, que estaban entonces en el piso bajo del palacio, entrando en el zaguán á mano derecha. En el invierno, sin embargo, cuando los señores estaban en Madrid, nos subíamos á las habitaciones que están en el principal, en la parte nueva de la izquierda. *(Comprendí que eran estas las que ocupaban los dos hermanos P*** y X***.)* Hay entre estas

habitaciones y el salón azul otro gran cuarto *(este era el que yo ocupaba)* que tiene un pasadizo secreto que corre entre dos paredes hasta la escalera principal, donde tiene la salida. *(En este no había reparado yo entonces...)* Pues bien; una noche de invierno rezábamos el rosario con mi madre antes de acostarnos. Mi padre estaba en cama... Llamaron á la puerta con grandes aldabonazos, y alarmada mi madre por lo intempestivo de la hora, mandó á mi hermano mayor, que tendría quince ó dieciséis años, que se asomase por el balcón más próximo á la puerta para ver quién llamaba. Tomó mi hermano una palmatoria encendida—¡me parece que le estoy viendo!—y por ahorrarse camino, ó porque las demás puertas estuviesen cerradas, entró por el pasadizo secreto en el cuarto próximo al de los duendes... Á poco oímos gritos desesperados: corrió mi madre y detrás todos nosotros agarrados á ella, y entramos también por el pasadizo en el gran cuarto... Allí estaba mi hermano, con la palmatoria encendida, desencajado y con todos los pelos de punta... La puerta del cuarto azul estaba abierta como un negro boquerón, y veíase su interior oscuro como boca de lobo... Mi padre, que se había tirado de la cama y nos seguía liado en una manta, se lanzó á la puerta del cuarto azul gritando:

—¿Pero quién ha podido abrir esto?

Y en vano forcejeó por cerrarla, porque la habían abierto sin quitar los pestillos ni estar la llave en la cerradura. Á nosotros los chiquitines nos acostaron muy asustados, y ni al día siguiente, ni nunca en la vida, oí hablar más de esto, ni á mis padres, que estén en gloria, ni á mi hermano, que marchó á América hace ya muchos años.

III

Engolosináronme aquellas noticias y afirméme más y más en mi propósito de seguir adelante mis investigaciones. Tenía ya la verdadera leyenda del salón azul en su verosimilitud relativa, limpia de toda aquella herrumbre de rabos de judíos, robos de joyas y demás zarandajas con que la rudeza y la extravagancia del vulgo la habían engalanado. Faltábame averiguar si se fundaba la leyenda realmente en un hecho histórico, y faltábame sobre todo, lo grande, lo gordo, lo terrible, lo que me ponía los pelos de punta solo de pensarlo, y por nada del mundo hubiera, sin embargo, renunciado á ello. Corroborar otra vez por mí mismo lo que sucedía en el salón azul, y averiguar las causas de aquellos fenómenos, ya fuesen naturales, ya del otro mundo.

Podía lo primero ayudarme para lo último, y comencé pues con ardor muy justificado, á registrar archivos, descifrar pergaminos, interpretar rancias escrituras y cansarme los ojos siguiendo y combinando antiguos árboles genealógicos. El primer resultado de mis investigaciones fué convencerme de que no era yo el primero que había seguido aquella pista: habíame precedido más de treinta años antes el Marqués del Amparo, que escribió entonces sobre la leyenda auténtica un bonito cuento publicado en *La Época* del 21 de Setiembre de 1863. Á la amabilidad del actual Marqués del Amparo debí todos los datos de que se valió su ilustre ascendiente, y ellos me sirvieron á veces de punto de partida para buscar otros más amplios y más exactos. Proseguí, pues, sobre aquella base este cansado trabajo de desmoche en aquel inmenso fárrago de nombres y de fechas, de mentiras y verdades, y poco á poco fué apareciendo la verdad histórica, limpia, escueta, desnuda, comprobada, á la manera que la poda y limpia en un bosque fragoso deja ver al cabo los troncos seculares de cada árbol, limpios de toda hojarasca inútil, y el lugar en que asienta y echa cada cual sus respectivas raíces.

La primera rama desmochada por mi analítico trabajo, fué la historia del rabo del judío y el

hurto de las alhajas, cuyo origen y fundamento apareció tal cual el Padre L** lo sospechaba... Había llegado en efecto á Z** en 1586 un fingido peregrino de Tierra Santa, que no era ciertamente judío, ni tenía rabo: era genovés de nación y llamábase Bartolomé Casano. Pidió hospitalidad en el palacio, según la antigua costumbre, y diósela caritativamente el señor, que lo era el noble caballero D. Miguel de Zarauz. Mas una noche entróse clandestinamente en la iglesia el fingido peregrino y robó todas las muchas y ricas alhajas que allí había, y que desde mucho tiempo antes tenía él ojeadas. Metiólas en un saco y escondiólas en un rincón del aposento que ocupaba en el palacio, creyendo con fundamento que nadie iría á buscarlas en casa tan noble y tan cristiana. Descubrióse, sin embargo, el hurto, prendieron al ladrón, y defendióle D. Miguel en el primer pronto, como su huésped que era, hasta verle convicto y confeso del horrendo sacrilegio.

Ahorcaron á Casano por sacrílego, en una explanada que había entonces entre la iglesia, el palacio y los astilleros de Sancturu, que se extendían por uno de los flancos de éste. Sucedió todo esto catorce años después de la muerte del caballero hugonote, y todo este tiempo llevaban ya de sentirse en el salón azul los ruidos

y los espectros. La proximidad de los dos sucesos y la honda impresión que ambos causaron en el pueblo, hicieron seguramente que la posteridad los confundiese y barajase, y en el rabo que se escondía en el mismo agujero que el tesoro, materializó sin duda alguna el vulgo y dió cuerpo, al ruido y á la luz que se extinguían juntos en el mismo rincón de la cámara mortuoria, tal como yo los había visto. Todo, en fin, aun lo más absurdo, resultaba con algún fundamento, y hasta aquellas beatas que, según el Hermano E** fundó el señor de Zarauz, *del susto,* fundáronse en efecto veinte años después, en el sitio que ocupa hoy la parte del parque que mira hacia el pueblo, siendo el último resto de esta obra pía la capillita de la Santísima Trinidad, advocación de aquellas buenas beatas, Trinitarias descalzas.

De igual modo apareció después, y fué poco á poco desarrollándose luego, la verdad histórica de la muerte del caballero hugonote, harto novelesca de suyo... En 1572 eran señores de la casa de Z** D. Pedro de Zarauz, pariente mayor de Guipúzcoa y coronel de 4.000 hombres por el Emperador Carlos V, y su mujer D.ª María de Hernani, del noble solar de esta villa. Había D. Pedro de Zarauz guerreado mucho en sus mocedades, á imitación de su padre

D. Juan, que acompañó al Emperador en casi todas sus campañas, y ya muy viejo, vivía retirado en su palacio, procurando enderezar con buenas obras los tuertos de su juventud, árbitro entre los suyos, influyente entre los extraños y temido y respetado de todo el mundo, desde Fuenterrabía hasta el Ebro. Tenía D. Pedro de Zarauz una hija, que era su encanto, y un hijo, que era su esperanza: llamábase éste D. Miguel y aquélla D.ª Mariana.

La dicha del hogar extendía pues sus suaves alas sobre el noble solar de Zarauz, y los dos ilustres ancianos gozábanse en la de sus hijos. Don Miguel preparaba su boda con D.ª Francisca de Maella, y D.ª Mariana había efectuado ya la suya aquel mismo año de 72 con un noble caballero inglés, Francisco Boucker-Barthon, descendiente directo del Jorge-Boucker-Barthon, compañero de Ricardo Corazón de León en la Cruzada de 1180. Era esta familia católica y muy poderosa, y había emigrado de Inglaterra en 1534, cuando las persecuciones de Enrique VIII, y adquirido en Zumaya, con cédula real, el solar de Izarra. Fresco, pues, estaba aún el pan de una boda y amasándose ya casi el de la otra, cuando á fines de aquella invernada vino á sembrar la desolación en aquella pacífica comarca una de esas horrendas

tempestades propias del Cantábrico. Embravecióse el mar de repente con tal ira y empuje, que llegó á cubrir por completo la peña de Humaillaría, y una ola, la mayor que hasta entonces recordaban allí los nacidos y de entonces acá recuerda en aquellos mares memoria de hombre, rompió contra el palacio, amenazando arrancarlo de cuajo, dividióse como por dos exclusas por los dos astilleros que había entonces á uno y otro lado de éste, y fué á estrellar contra la torre de la iglesia, á la altura casi de las campanas, las chalupas y despojos que había arrastrado á su paso. Diecisiete mareantes de la villa perecieron en aquella catástrofe, todos ellos de aquel valiente gremio de pescadores guipuzcoanos que se dedicaba entonces á la pesca de la ballena, frecuente antes en aquellos mares, y llegaba hasta Terranova en busca del bacalao.

Poco á poco fué arrojando el mar sobre la playa las víctimas y despojos de sus iras, y apareció entonces entre éstos una chalupa destrozada, salva por milagro, resto único de un galeón genovés, que había salido de no sé qué puerto de Francia con rumbo á Inglaterra. Venían en ella cinco infelices náufragos, medio muertos de hambre y de fatiga, y lleváronles á una casa-hospital fundada por D. Pedro de Zarauz y man-

tenida y cuidada por la caridad inagotable de su mujer D.ª María de Hernani y de su hija D.ª Mariana. Era uno de aquellos infelices un joven que parecía expirante y en cuya extraña lengua, de nadie comprendida, creyó reconocer D.ª Mariana la de su esposo Boucker-Barthon. Pasó éste á verle con grande caridad, y encontró en efecto que era el pobre joven un compatriota, noble caballero inglés, cuyo nombre no ha llegado á la posteridad por haberse ocultado entonces con delicada prudencia. Puede conjeturarse, sin embargo, que era deudo ó amigo íntimo del rígido puritano Sir Amyas Paulet, Embajador de Inglaterra, puesto que con él fué y con él había vivido en Francia.

Enterado D. Pedro de Zarauz de la desgracia y la noble calidad del náufrago, hízole trasladar á su palacio, con la caridad y cortesía de los españoles de aquel tiempo, y alojóle espléndidamente en la cámara azul, prodigándole toda la familia los más cariñosos cuidados. Explicó entonces el caballero su desgracia, diciendo que había ido á París dos años antes con el Embajador Sir Amyas Paulet; que en la corte de Francia había recibido en un desafío una estocada en el pecho; que para convalecer de su herida habíase trasladado á Pau con el rey Enrique de Navarra, y que volvía á su patria, cuando la

horrenda tempestad sorprendió é hizo zozobrar en el golfo al galeón que le llevaba.

Declaró también que era católico, apostólico, romano, y aunque nunca movía él pláticas religiosas, guardábase bien de huirlas, y seguíalas con instrucción y tino, concluyendo siempre por encargar á todos que pidiesen á Dios su pronto restablecimiento. La muerte le amenazaba sin embargo muy de cerca: habíale interesado el pulmón la herida del pecho, y las humedades y horrores del naufragio habíanle producido lo que llamaríamos hoy vulgarmente una *tisis galopante,* que le devoraba por momentos á la vista de todos, sin que él mismo lo conociese. Lejos de eso, era su conversación continua la de volver á su patria, donde debía realizar, según aseguraba, las más halagüeñas esperanzas.

Llegó por fin el terrible momento en que fué necesario anunciarle que su fin se aproximaba y debía disponerse á morir como católico. Dióle la fatal nueva el mismo Bocker-Barthon, y entonces pasó allí una escena horrorosa. Arrojóse el infeliz caballero del lecho con increíble fuerza, poseído de furor extraño, y comenzó á vocear pidiendo una espada para defenderse de los *pérfidos papistas,* los infames asesinos de la San Bartolomé, que le mataban á traición envenenándole lentamente.

Acudieron á las voces todos los de la casa, y ante ellos, pidiendo siempre una espada y guardándose tras el lecho, declaró que él no era católico sino hugonote, y que si había ocultado su religión, fué tan solo porque le pareció este el único medio de salvar su vida en aquella maldita España de inquisidores y papistas; pero una vez que le mataban á traición, envenenándole con tisanas, él lo declaraba así y les desafiaba á todos juntos, ó uno á uno, y declaraba también que la estocada que llevaba en el pecho la había recibido en París la horrenda noche de San Bartolomé defendiendo contra los asesinos católicos la vida del almirante Coligny, como defendería la suya propia contra todos los asesinos presentes, si el ser católicos no ahogaba en ellos todo resto de caballerosidad, y le daban una espada.

Dióle aquí una fuerte congoja, y aprovecháronla para volverle á la cama creyendo que deliraba, pues decíalo todo esto en inglés, y solo Boucker-Barthon podía entenderle. Esforzábase éste en vano por calmar su furia, y exhortábale á bien morir, reconciliándose con Dios, dispuesto siempre á la misericordia. Mas el moribundo, exánime ya y sin movimiento casi, mirábale con enconado odio y entreabría tan solo los labios para maldecir á los presentes y mur-

murar blasfemias contra el Papa y su Iglesia, la Santísima Virgen María y la hostia consagrada.

No tardó en cundir todo esto por el pueblo con grande rabia y espanto de hombres y mujeres, y exaltada la fantasía popular por el odio á los herejes, propio de la época, y la catástrofe reciente de los 17 marineros muertos en el mar días antes, creyóse como artículo de fe que era aquello un castigo de Dios por albergarse en el pueblo aquel hereje, y corrieron todos en tropel al palacio dispuestos á sacarle del lecho y arrojarle al mar, como conjuro contra nuevas borrascas y desagravio á las almas de los náufragos. Vióse precisado el mismo D. Pedro de Zarauz á sosegar el tumulto, y retiróse el pueblo sañudo y murmurando y prometiéndose hacer con el cadáver del hugonote, luego que le enterrasen, y puesto que no había de ser en lugar sagrado, lo que no le habían permitido hacer con el mísero hereje, vivo aún y expirante. Largas horas duró aún la agonía del desgraciado, y á la mañana siguiente, al romper el alba, expiró al fin sin haber pronunciado otras palabras que maldiciones y blasfemias.

Ocultaron todo el día la muerte á la irritada plebe, para evitar sus desmanes, y á la media noche sacaron con gran sigilo el cadáver y diéronle sepultura, dicen unos que al pie de los

balcones del palacio, en lo que hoy es parque; otros que en la playa; otros que le llevaron á alta mar y le arrojaron al fondo; y algunos, quizá los que están más en lo cierto, que fué enterrado en el mismo cuarto azul, abriendo en el grueso espesor del muro un nicho que cuidadosamente tapiaron.

Alguien corrió entonces la voz, para explicar la desaparición del cuerpo, de que los demonios le habían arrebatado; y el crédulo pueblo, sencillo niño grande, apresuróse á creerlo y afirmarlo, y de generación en generación así ha llegado hasta nosotros.

IV

Respiré al fin un momento, y pronto volvió á faltarme el resuello. Tenía ya desenterrada y limpia la leyenda y el hecho histórico comprobado. Faltábame tan solo comprobar otra vez la espantable visión del cuarto azul, y esta atrevida idea me aterraba y seducía al mismo tiempo é infundíame también cierto escrúpulo, por parecerme algún tanto soberbia. Mil veces, pues, la acogí y la deseché, la acepté de nuevo y la torné á rechazar, como el gato que coge de sobre las parrillas una sardina caliente, la toma y la deja, la muerde y la suelta, hasta que decide

al fin esperar á que se enfríe, sentado junto á ella y relamiéndose los bigotes con forzada paciencia.

Esto mismo hice yo desde el mes de Mayo, que terminé mis pesquisas, hasta el próximo Setiembre que fuí á tomar las aguas de Cestona. Hallábanse mis amigos instalados en su palacio desde el principio del verano, y el 10 de Setiembre llegué yo al balneario, distante una hora y media escasa de Z**. Vinieron á los pocos días á despedirse de mí sus dos hijos mayores P** y X** que se iban á Biarritz, primera etapa del viaje de los elegantes, durante el otoño, á París y Londres. Esta era la ocasión que yo acechaba: una vez ausentes los dos hermanos, quedaba deshabitada en el palacio, durante la noche, toda aquella hilera de cuartos, desde el salón azul hasta el de X**, y podía yo hacer libremente mis observaciones sin temor de alarmar ni de molestar á nadie.

Fuíme, pues, una mañana á Z**, con ánimo de dormir allí y volverme al día siguiente á Cestona, vencido ó vencedor, pero en posesión ya del terrible secreto. Quería al mismo tiempo examinar en pleno día y detenidamente todos aquellos cuartos y tomar allí de antemano, con calma y seguridad, mis posiciones.

Comencé mi visita de inspección por el salón

azul, y todo lo encontré tal como lo había dejado un año antes. El Patriarca Jacob dormía, y los dos famosos retratos parecían dormitar también, ignorantes de que durante mi ausencia les había tomado yo la filiación y removido los huesos. Tentado estuve de presentar á la señora monja humildes excusas por los malos juicios que sobre ella había formado. Era esta señora muy posterior á la tragedia del hugonote, y ningún pito tocó en tan terrorífico suceso. Llamábase D.ª Micaela de Aguirre, en religión Sor Micaela del Santísimo Sacramento, y había nacido en 1603 y muerto en olor de santidad á los setenta y cinco años, siendo Priora en Valladolid del convento de la Madre de Dios, de monjas dominicanas. En cuanto al caballero del siglo XVI, variaba mucho el asunto, pues era nada menos que el propio D. Miguel de Zarauz, testigo y actor en el drama del cuarto azul y único poseedor, quizá, de su secreto. Así constaba en los inventarios de la casa, donde constaba también que la rica cadena de oro que llevaba al cuello con la efigie de Carlos V, había sido regalada por éste á su abuelo D. Juan de Zarauz después de la batalla de Mühlberg, y se hallaba vinculada en la casa.

Busqué también en mi cuarto el pasadizo secreto de que me había hablado el Padre L**, y

encontrélo en efecto, escondida su entrada tras una *chaise-longue* que había frente á la chimenea y paralela á la cama: podría tener un metro de ancho y tres escasos de largo, y venía á salir por una disimulada puertecilla á la meseta de la escalera.

Pasóse el día rápidamente en la agradable compañía de aquellos señores, y á medida que la noche avanzaba, avanzaba también en mi ánimo cierta inquieta zozobra con algo de remordimiento, por parecerme á veces lo que iba á hacer una presunción temeraria. Retiréme á mi hora de costumbre, y encerrado en el oratorio terminé mis rezos del día y cumplí todas mis obligaciones espirituales de la noche.

Pasé después á mi cuarto y dispuse desde luego la decoración tal como lo había estado en el primer acto del drama. Abrí de par en par la puerta del cuarto azul, que estaba del todo á oscuras, y abrí también las del balcón de mi cuarto y la de escape que iba al de P**. Luego, por alarde de valor ó como reto al enemigo invisible, separé valientemente la *chaise-longue* que tapaba el pasadizo secreto y abrí del todo su puerta. Hecho esto, sentéme con cierta tranquilidad no del todo falsa, y púseme á leer un tomo de las *Vidas de hombres ilustres* de Plutarco, que á prevención tomé de la biblioteca.

Quería yo aislarme por completo de mi época y de la del hugonote, refugiándome y abismándome en otra más lejana para que no tomase parte mi imaginación en nada de lo que suceder pudiese. Comenzaban ya á interesarme los chismes y enredos que el buen Plutarco nos cuenta de aquellas remotas edades, cuando en un gran reloj de bronce que había sobre la chimenea sonaron precipitadas y argentinas las doce campanadas de la media noche. Confieso que en este instante clásico de los aparecidos y fantasmas pasó por mí como una ráfaga de miedo, semejante al ligero escalofrío que á veces se siente en un bien templado baño. Miré, sin embargo, frente á frente la oscura entrada del salón azul, y con la vista clavada en él permanecí firme y sin resollar siquiera hasta que momentos después resonaron de nuevo en la parroquia, lentas y sonoras, las doce solemnes campanadas...

Nadie chistó por ninguna parte; mas desde aquel instante comencé á sentir un extraño fenómeno que me desasosegaba y me ponía nervioso. Nunca he podido oir el tic-tac de un reloj en el silencio de la noche, sin asociar á este ruido una musiquilla cualquiera, un estribillo casi siempre vulgarísimo, que se me pega al oído y me distrae la atención y me taladra los sesos

sin poderlo desechar, y acaba por clavarse allí como una verdadera obsesión de la mente; y en aquel momento el reloj de la chimenea vino á exhumar en mi memoria, con esta molesta pesadez, un recuerdo lejano enterrado allí cuarenta años antes... Había yo visto en mi infancia una comedia de magia titulada *La almoneda del Diablo,* encanto y admiración de niñeras y chiquillos. Era el protagonista un tal Blasillo, y por una serie de estupendas aventuras llegaba á una situación algo parecida á la en que yo me encontraba. Hallábase en la galería de retratos de un castillo encantado: al dar las doce abrían de repente la boca todos los retratos y cantaban en coro fatídico y monótono:

Cuando las doce
De esa campana
En tus oídos
Oigas sonar,
Las brujas todas
De estos contornos
Á este recinto
Verás llegar.
Después, Blasillo,
De atormentarte
Con uñas fieras
Toda la faz,
Bien en dragones,
Bien en escobas,
Por esos aires
Te llevarán...

El pobre Blasillo, tan angustiado casi como me iba yo poniendo, decía para su capote:

—¡Qué miedo tengo,
Pobre de mí!...

Y los retratos, adivinándole el pensamiento, contestaban:

—¡Qué miedo tiene!
¡Ji, ji, ji, ji!

Pues esta musiquilla y este estribillo se despertaron en mi memoria y pegáronseme al oído al dar las doce en el reloj de la chimenea, con tan importuna fijeza y tenacidad tan molesta, que desasosegado y nervioso y casi fuera de mí, retiréme al cuarto de P** para huir en parte de aquel impertinente tic-tac y vigilar desde allí todo lo que en el salón azul sucediese.

Proseguí, pues, mi lectura entretejiendo sin poderlo remediar las paganas virtudes de Catón con el lamento de Blasillo:

¡Qué miedo tengo,
Pobre de mí!

y las profundas observaciones del historiador con el coro de retratos, que personificaba mi

imaginación en la monja dominica y en don Miguel de Zarauz:

—¡Qué miedo tiene!
¡Ji, ji, ji, ji!

De repente sonaron en mi cuarto ligerísimas pisadas que parecían tan solo rozar el pavimento, y antes de que me diese verdadera cuenta, vi delante de mí un hermosísimo *Fox-terrier* de X**, llamado Back, que acudía allí sin duda á la querencia de su dueño ausente. Confieso que no me disgustó aquella inesperada compañía, y retuve y acaricié al noble animal y le hice echarse en el suelo á mi lado.

Una hora llevaba ya en aquella ansiosa espera sin que disminuyese un punto la horrible tensión de mis nervios, cuando resonó otro segundo ruido extraño y temeroso que no pude distinguir al pronto si provenía del salón azul ó de algún ángulo de mi aposento. Dióme un vuelco el corazón y miré á Back instintivamente. No se había movido de su sitio, pero levantaba la cabeza olfateando...

Volvió á resonar el mismo ruido con muy corto intervalo: era como un rechinamiento de dientes que en el silencio de la noche resultaba pavoroso... Creí llegado el momento, y confieso mi flaqueza: tuve entonces, no una ráfaga sino

un vendaval de verdadero miedo. Levantéme, sin embargo, y dirigíme á mi cuarto echando á Back por delante y azuzándole en voz baja:

—¡Búscalo, Back, búscalo!...

Back no se daba del todo por entendido, y caminaba muy pegado á mí, olfateando unas veces al aire y rastreando otras en el suelo... Desde mi cuarto vi el salón azul, silencioso y oscuro como la boca de una sima, y escuché distintamente el estridente ruido, que entonces me pareció como de huesos que rechinasen y se quebraran, en el interior del pasadizo secreto... Habíase entornado por sí misma la puerta, y al extender la mano para abrirla, el maldito tic-tac del reloj pareció decirme al oído, con mucha razón por cierto:

¡Qué miedo tiene!
¡Ji, ji, ji, ji!

Abríla sin embargo violentamente, y descubrí, agazapado en el suelo, á Toby, el otro *Fox-terrier* de X**, perro el mas inteligente y goloso que ha ladrado en la vida, royendo una cosa negra, grande como la palma de la mano, que tomé á primera vista por dos cuernecitos pequeños, unidos por abajo, semejantes á los que tienen en el cuadro de *El juicio final* los demonios de Miguel Ángel... Inclinéme para reco-

nocer el extraño objeto, y un olor fétido me llegó al olfato... Díle con el pie para sacarlo á la luz, y reconocí entonces una pezuña de ternera, de que sin duda había sacado el cocinero gelatina... Empujéla poco á poco con la punta del pie para arrojarla por el balcón abierto, y Toby iba á su lado, muy pesaroso, acompañando sin protesta ni rencor, á su perdida presa... Al caer esta al parque y desaparecer en la oscuridad, el perro me miró y yo miré al perro y, si mal no recuerdo, nos echamos á reir los dos...

V

Así castigó Dios mi soberbia, dando á tan pavorosa aventura desenlace tan ridículo y reservando, sin duda, para otro menos presuntuoso la hazaña de arrancar al salón azul su secreto. Dolíme de mi culpa, y en penitencia de ella me propuse escribir hasta en sus más nimios detalles esta *cierta, verdadera y exacta* historia, y arrostrar pacientemente las burlas de los que no habían de creerla, olvidándose de aquella cortés sentencia de una sesuda vieja, mi paisana: *Ante un yo lo vi, hay que creer ó reventar.*

Yo, sin embargo, lector amado, quiero ser magnánimo y te dispenso la segunda parte de la receta de la vieja. Así, pues, te pido, y te

ruego, y te suplico, y te torno á pedir, con lágrimas casi en los ojos, que si no quieres creer, tampoco revientes.

Sería un sacrificio tan doloroso como inútil, quedándome á mí siempre el consuelo de aquello de Galileo: *E pur si muove.*

LA CUESTA DEL COCHINO

LA CUESTA DEL COCHINO

(RELACIÓN DE UN SUCEDIDO)

I

En 1864 heredó Joaquín Sampayo de su padre los títulos todos de su noble casa, y la mitad del pingüe mayorazgo: habíalo tomado entero el viejo Sampayo á los veintiséis años, tres antes de la ley de desvinculación decretada. Cumplido el año de luto, vino Joaquín á tomar posesión de sus propiedades en Andalucía, que eran muchas y muy ricas: correspondíale, entre otras cosas, un magnífico palacio antiguo en X**, y era también patrono del grandioso hospital fundado allí en el siglo XVI por uno de sus ilustres abuelos.

Conocí yo á Joaquín Sampayo en las Escuelas Pías de Getafe, donde ambos nos educamos, y

conservamos siempre una amistad constante y cariñosa que duró hasta su muerte, acaecida en edad harto temprana.

Era Joaquín modesto, como verdadero gran señor de raza, y quiso visitar privadamente á la Superiora del hospital, antes de tomar posesión de su patronato, con las aparatosas ceremonias que la misma fundación indicaba y exigía. Acompañéle yo en esta excursión, como en tantas otras le había acompañado, y recibiónos la Superiora, Sor Ventura, en su modesto despacho de la planta baja.

Azoraban mucho á Joaquín las monjas y sucedíame entonces á mí otro tanto, porque llenos de respeto y admiración hacia tan venerables señoras, temíamos siempre ofenderlas con nuestros modales mundanos, y nunca atinábamos tampoco con el justo título de Madres, Hermanas, etc., etc., con que suelen clasificar ellas sus parentescos espirituales con el resto de los fieles cristianos. La razón no era grande que digamos: pero ni Joaquín ni yo frecuentábamos entonces el trato de comunidades, y él tenía veintiséis años y yo contaba veinticuatro.

Sacónos presto del apuro el tacto y discreción de la Superiora, que á leguas se conocía ser, al mismo tiempo que un ángel de virtud, una mujer de mundo y experiencia. Y tan en

gracia le cayó á Joaquín, y tan bien supo ella presentar los intereses de sus pobres, que á la media hora de conocer al nuevo patrono, habíale ya propuesto, sin pesadez y sin violencia, tres mejoras en el hospital, importantes y costosas, que el honrado Joaquín se apresuró á prometer y aprobar, con elocuentes, sinceros y enérgicos monosílabos. Y todo lo cumplió en efecto, con esplendidez y con premura; porque siempre fué aquel modelo de señores, de los que cuidan más de cumplir los deberes que imponen el nacimiento y la riqueza, que de exigir y cacarear los derechos heredados.

Decaía ya la conversación, cuando llamaron á la puerta tímidamente, y entró un viejecito muy pulcro, tembloroso de todo el cuerpo, vistiendo, con extraordinario aseo, pantalón y chaqueta burda de paño pardo. Acercóse á la Superiora y entrególe una llave muy grande, murmurando algunas palabras, en que, fuese defecto de pronunciación ó tartamudez acaso, sobresalían y se entremezclaban las dos sílabas *za* y *ma,* formando una jerga ininteligible para quien no fuese la misma Superiora. Tomó esta la llave, y volviéndose hacia nosotros, dijo como si nos presentase al recién venido:

—Es un asilado... Zamama... El pobre está imbécil.

Volvímonos nosotros para examinar al viejo, y retiróse él paso á pasito, hasta sentarse en cuclillas sobre el umbral de piedra del despacho, como perrillo prudente que espera para acercarse el beneplácito de su dueño. Parecía de edad avanzadísima, no obstante su agilidad extrema, y más bien que pequeño ó encorvado, hallábase encogido por la acción de los años. Su rostro, de facciones muy regulares, presentaba en efecto las líneas relajadas de la imbecilidad, y hubiera parecido grotesto, si su cabellera espesísima, blanca como la nieve y naturalmente rizosa, no rodeara su cabeza con los replandores de un nimbo de plata. Inspiraba compasión profunda el temblor horrible y constante que agitaba todo su cuerpo, semejante, al andar, al de una varilla que, fija en el suelo por un extremo, oscila por el otro y recorre con movimiento constante y acompasado un arco más ó menos extenso: síntoma terrible este que se observa de ordinario en las personas alcoholizadas.

Encontró Joaquín en la entrada del viejecito nuevo tópico de conversación que le sacase de su elocuencia monosilábica, y, como á menudo sucede, dijo una tontería, por querer decir algo. Preguntó á la Superiora si aquel temblor provenía en el viejo del abuso de bebidas alcohólicas.

—¡Ay, no!... ¡Pobrecito!—replicó vivamente Sor Ventura.—Jamás le ví beber sino agua clara.

Desconcertóse un poco Joaquín, temiendo haber ofendido al viejo, y tornó á preguntar si hacía mucho tiempo que estaba en el hospital asilado.

—Mucho debe hacer,—replicó Sor Ventura;—pero no lo sé á punto fijo... Cuando yo vine aquí de Superiora, hace veintitrés años, era ya antiguo en la casa.

—¿Y no lo sabe él mismo?...

—¡Oh, no!... Es un caso muy raro... Tiene perdida por completo la memoria del pasado, y recuerda en cambio por cierto tiempo todo lo que oye, con fidelidad pasmosa y sin entender palabra... Va usted á verlo... Nosotras le empleamos para trasmitir recados, y nos ahorra en este caserón inmenso mucho tiempo y muchos pasos.

Y volviéndose al viejecito le llamó con la voz y con la mano:

—¡Zamama!

Acudió él muy presuroso, cimbrándose de atrás para adelante, y Sor Ventura le dijo articulando mucho las palabras:

—Vas á preguntar á Sor Teresa, que estará en la botica, si recuerda ella, que es más anti-

gua, cuándo entré yo en esta santa casa... ¿Qué le vas á decir?...

El viejecito hizo primero una señal afirmativa abriendo mucho los ojos, y repitió luego muy despacio, mezclando siempre entre las palabras las sílabas *za* y *ma*, como una especie de tartamudez ó balbuceo.

—¡Zamama!... Vas á preguntar á Sor Teresa, que estará en la botica, si recuerda ella, que es más antigua, cuándo entré yo en esta santa casa... ¿Qué le vas á decir?...

—¿Lo ve usted?—dijo sonriendo la Superiora.—Así hay que darle todos los encargos, porque no los entiende: repite solo como una máquina.

La Superiora pudo decir muy bien como un fonógrafo; pero no se conocía aún tan curioso invento. Púsole entonces un caramelo en la desdentada boca, y le señaló la puerta.

El viejecito dió media vuelta, cimbróse dos ó tres veces como para tomar impulso, y vímosle desaparecer por el largo y anchuroso claustro, con rapidez inconcebible en sus años, cimbrándose siempre, tembloroso todo, semejante por completo á esos muñecos de máquina que, una vez disparada la cuerda, corren fatalmente de manera automática, hasta estrellarse contra la pared ó consumir del todo la fuerza que les impulsa.

Mirámonos los tres con conmiseración pro funda, y la Superiora nos dijo entonces:

—Es la criatura más humilde y servicial que puede darse... Todo lo limpia, todo lo barre, sin que nadie le diga nada; y cuando no encuentra quehacer, se sienta ahí, donde ustedes le han visto, acechando mi salida para seguirme como un falderillo.

Joaquín, que no veía ya en el viejecito un socorrido tópico de conversación que le sacase de apuros, sino un desgraciado por quien su compasivo corazón comenzaba á interesarse, preguntó:

—¿Y es imbécil de nacimiento?...

—No lo creo: siempre he oído decir que quedó así de un accidente... Pero como en los hospitales pasan las gentes como los viajeros en las fondas, y las olas en la playa, nadie guarda recuerdo de ello.

—¿Pero se sabe quién fué; cómo se llama?... Porque supongo que ese nombre de Zamama será un mote, y no un verdadero nombre.

—Seguramente: pero nadie sabe quién fué, ó nadie lo recuerda... Es indudable que la frecuencia con que pronuncia en su tartamudez nerviosa las dos sílabas *za* y *ma... zazá... mamá,* dieron lugar al nombre de *Zamama,* con que se le conoce en esta casa hace tantos años.

—¿Pero no tiene él idea de su pasado?...

—Ni de su presente... y me temo que de su porvenir tampoco... En los veintitrés años que lleva conmigo, solo le he observado una *idea del corazón*, grande y santa sin duda; pero que se encuentra también en los perros, quizá con más frecuencia que en los hombres...: el agradecimiento... Dicen que algunas palabras determinadas despiertan en él terribles paroxismos, como si hiriesen en su corazón fibras muy sensibles: pero yo no le he visto en tanto tiempo nada de esto... Solo una vez le he observado una verdadera idea, con raíces del pasado, y tan tierna y tan sencilla al mismo tiempo, que me llegó á lo profundo del alma... Es muy devoto á su modo y reza todos los días el rosario, unas veces en cruz y otras postrado, ante el altar de la Virgen de Consolación que está en la capilla alta... Estorbaba un día para la limpieza, y quise llevarle á otra capilla de la Virgen de los Dolores, que hay en la planta baja... Pero él, ceñudo y rebelde como no le he visto nunca, repetía:—¡No! no!... ¡En la de Consolación!—Pero hombre, ¿qué más te da rezar por hoy en una que en otra?—¡En la de Consolación!... en la de Consolación! repetía él: porque Consolación se llamaba mi madre!!...

Subió un vapor de lágrimas á los ojos de Joa-

quín, y la mirada que se cruzó entre él y la Superiora hízome comprender que aquellas dos caritativas almas se entenderían, para mucho bien y provecho de los pobres de Cristo.

—¿Y no se puede hacer nada por el pobre viejecito?—preguntó Joaquín con la voz no del todo segura.—¿En nada se puede aliviar su triste suerte?

Encogióse de hombros la Superiora.

—¿Qué alivio quiere usted darle?—replicó muy lentamente.—Su vida es la de un niño sin uso de razón; y su muerte será la de uno de esos angelitos que se encuentran en el cielo sin saberlo, llenos de alegre sorpresa... ¡En cambio hay tantos... ¡tantos!... tantos otros que sufren en el cuerpo y se pierden en el alma!...

Vimos entonces á Zamama venir á lo lejos por el extremo del claustro, corriendo y tambaleándose, con el rostro radiante de estúpida alegría... Paróse ante la Superiora, conteniendo con particular esfuerzo su temblor continuo, y repitió su lección esta vez sin extremos balbuceos.

—¿Qué traes Zamama?... Dile á la Madre que cuando Sor Teresa vino á esta casa, el año 47, ya estaba yo aquí hacía mucho tiempo... Dile que recuerdo haberle oído á Sor María Francisca, que murió del cólera grande el año 34, siendo Superiora desde el 25, que en aquella fecha ya

era yo antiguo en la casa, y que todo eso debe constar en el Archivo de los Registros...

Dicho esto, agitó Zamama ambas manos con el expresivo ademán de quien pondera una dicha muy grande, y sacó la lengua á la Superiora, mostrándole en la punta una pastilla de goma á medio desleír, que sin duda le había regalado la Hermana boticaria.

Hízonos reír aquel epílogo de su discurso, y sacamos en consecuencia, que en aquella fecha, Junio de 1864, llevaba ya el viejecito Zamama en el hospital de X** mucho más de treinta y nueve años.

II

Invitónos entonces Sor Ventura á ver el hospital, que Joaquín desconocía, y quiso este comenzar la visita por el departamento de las locas, donde muy bien cuidada y asistida á costa suya, hallábase á la sazón una antigua doncella de su madre. Formaba el departamento de las locas un gran pabellón aislado, todo de planta baja, unido al inmenso edificio por una ancha galería de arcos, sostenidos por columnas de mármol. En el centro de la galería, próximamente, veíanse cuatro de aquellos arcos, que daban á un jardinillo, cerrados de arriba abajo con fuertes verjas de hierro.

Marchábamos Joaquín y yo á derecha é izquierda de la Superiora, y delante iba Zamama recogiendo cuanto papelillo ó basura encontraba por el suelo, según su manía, y volviendo á cada paso el rostro para mirar á Sor Ventura, como hacen los perrillos cariñosos cuando caminan delante de sus dueños. Un poco antes de llegar á la reja, detúvose la Superiora, y, con cierta turbación, díjonos señalando la parte del edificio que aquella encerraba:

—Ahí están las mujeres de mala vida... Hay que tenerlas bajo llave como á las locas, y aun á veces ponerles también la camisa de fuerza... Es fácil que haya en el jardín alguna de las convalecientes, porque esta es por la tarde su hora de tomar el fresco... No dejarán de decirnos, al pasar, alguna insolencia... Por eso lo mejor es no mirarlas siquiera... Dispensen ustedes: pero no hay más remedio que pasar por aquí para ir al departamento de las locas.

Decía todo esto la Superiora muy de prisa y como turbada, con una ráfaga de santo rubor que le teñía la frente. Sus temores no eran infundados, y presto tuvimos ocasión de verlo. Al pasar nosotros por delante de la reja, agolpáronse á ella varias ruines mujercillas, desgreñadas, medio desnudas, sucias, repugnantes...

No era aquello el vicio acicalado y sonriente

que se presenta por las calles ocultando sus deformidades para seducir á los incautos; sino el vicio al natural, hediondo, acerbo, con las llagas del cuerpo al aire y la podredumbre del alma en los ojos y en los labios. Por detrás de ellas columbramos las blancas tocas de tres Hermanas que procuraban apartarlas.

Joaquín y yo nos miramos... Era aquello el contraste más grandioso que pueden ofrecer en el mundo las virtudes y los vicios humanos... ¡Lo más sublime y acabado de la perfección cristiana, humillándose y sirviendo por amor de Dios, á lo más abyecto y degradado del vicio!

Nuestra despreciativa indiferencia hirió sin duda el amor propio de aquellas furias, mal dispuestas siempre contra el hombre, su verdugo, que las atormenta y las explota; y la levita inglesa de Joaquín, larga y entallada, fué la primera víctima... Una voz aguda y vinosa gritó con todos los dejos y cadencias de las burlas de barraganía:

—¡Cursi!... ¡Levántate la *leva* (levita), que vas ensuciando los suelos!...

Otra añadió:

—¡Que le lleve la cola Zamama!...

Y una tercera envolvió en tal obscenidad á la Superiora y á nosotros mismos, que la angelical mujer no pudo menos de levantar los ojos

al cielo, y nosotros, avergonzados pecadores, de clavarlos en la tierra.

Habíamos pasado ya: pero quedaba todavía la vuelta, y esta idea nos atormentó verdaderamente durante nuestra visita á las locas. Al entrar de nuevo por el extremo del claustro, pudimos apreciar ya la carrera de baquetas que nos esperaba en aquellas asquerosas Termópilas. Asomaban por la reja racimos de sucias manos, y con canallesca tonada, oímos cantar desde lejos:

Los paquetitos
Van por la calle,
Con la tirilla tiesa
Y muertos de hambre...

Una voz dominó al coro.

—¡Á la *bimba!*... ¡Pum!...

Y medio albaricoque podrido fué á estrellarse contra la reluciente chistera del elegante Joaquín. Airado y amenazador volvióse este instintivamente hacia aquel retablo de harpías, y la tempestad se desencadenó entonces con mayor furia... Cruzó los aires una alcarraza, que se estrelló contra la reja rociándonos de agua y sembrando el suelo de cascos, que se apresuraba á recoger el inocente Zamama. Voces, silbidos, denuestos, obscenidades, y hasta blasfemias, todo junto resonó al mismo tiempo y salía de

aquella reja como de cloaca inmunda que se desagua... Hubo, no sé porqué, un momento de pausa, y una mujer altísima, encaramada sobre otra y con los flacos y desnudos brazos fuera de la reja, gritó amenazando á Joaquín:

—¡Cochino!... ¡Cochino!... ¡Cochino!...

Este grito solo é inesperado, causó en Zamama efecto sorprendente... Arrojó los cascos de alcarraza que recogía, cual si le quemasen las manos, y enderezóse sin temblar, creciendo más de una cuarta... Un rayo de inteligencia, por decirlo así, angustioso y aterrado, borró en su rostro los rasgos de embecilidad, y extendió las manos y agitó los labios como para decir algo... Luego, dió media vuelta de repente girando sobre sí mismo, y cayó al suelo, cuan largo era, con un ataque de espantosa epilepsia.

Restableció el silencio como por ensalmo la caída del viejo, y á los gritos y denuestos sucedieron sin transición ayes compasivos y acentos de lástima. Una voz airada gritó á la Superiora:

—¡Pero, pazguata, cógelo! ¿No ves que se desnuca el pobre viejo?

Atribuyóse al pronto el accidente de Zamama á terror que le infundiese aquella escandalosa escena, que no obstante de ser harto frecuente entre aquella canalla, pudo él muy bien no haber presenciado nunca... Mas nuestro pasmo

fué inmenso, y nuestra curiosidad suma, cuando acostado ya y tranquilo en el primer lecho que se encontró á mano, y abiertos los ojos y desencajados los dientes, comenzó á decir, cual si delirase, con muestras del mayor espanto:

—¡Cochino!... ¡Cochino!... allí!... en la cuesta... vino la muerte!... allí!... allí!... ¡Misericordia!... misericordia!...

Y un nuevo ataque le retorció en el lecho como á un gusanillo, heciéndole echar espumarajos sanguinolentos. La Superiora se llevó una mano á la frente, como si repentina idea la asaltase... ¡Aquella palabra debía ser sin duda una de las que producían en el pobre viejecito terribles paroxismos, como si hiriesen en su corazón fibras muy delicadas!

La hipótesis nos pareció probable... ¡Pero la palabra era tan vulgar, tan grosera, tan poco apta para despertar sentimientos delicados en nadie!... «¡Cochino!»

III

Y tan grande fué el interés, mezcla de compasión y curiosidad, que despertó en Joaquín aquel pobrecito viejo Zamama, que no bien tuvo ocasión de ello, hizo registrar y registró él mismo los archivos del hospital, hasta dar con la

filiación y los antecedentes del inofensivo anciano. El hallazgo fué tan completo, tan sorprendente y aun maravilloso, que Joaquín Sampayo mismo sacó por su propia mano las exactas y comprobadas notas que nos han servido para escribir, hasta en sus menores detalles, esta tan extraña como ejemplar historia.

Y reza en ella lo primero, que el 23 de Agosto de 1797 se promulgó en nombre del Rey Nuestro Señor, desde los balcones del Ayuntamiento y á son de clarines, como era costumbre entonces, el cartel de la gran corrida de toros que había de efectuarse el 25 de Agosto, días de S. M. la Reina D.ª María Luisa, si el tiempo no lo impidía, en la Muy Noble y Muy Leal ciudad de X**.

Eran los toros de la ganadería de los Padres de Santo Domingo de Jerez de la Frontera, con divisa blanca y negra, y era el diestro que había de lidiarlos el famoso Joaquín Rodríguez Costillares, figura colosal del toreo en aquella época, con lucida cuadrilla de picadores, banderilleros y peones. Enumerábalos el cartel uno á uno, con todos sus nombres, apodos y circunstancias, y concluía con la cristiana fórmula de entonces: *El todo Poderoso les liberte de todo mal. Amén.*

Figuraba en primera línea entre los banderi-

lleros, el simpático Manolito Espejo, gaditano de la Caleta, á quien el propio Costillares había de dar la alternativa el próximo día de la Virgen de Setiembre, en la plaza de Ronda, á petición de aquellos caballeros maestrantes.

No era todavía costumbre de los matadores reclutar ellos mismos cuadrillas estables que les acompañasen y siguiesen por todas las plazas. Lejos de eso, contratábanse picadores, banderilleros y peones directamente, unas veces con los empresarios, otras con las corporaciones ó cofradías que daban la corrida, y muy pocas con los espadas mismos. Manolito Espejo, sin embargo, hallábase contratado con su padrino Costillares, y con él llegó á X** seis días antes de la corrida señalada para el 25 de Agosto.

Entretúvose Manolito estos días de descanso en lucir por calles y plazas su linda persona, que lo era mucho en efecto. Contaba á la sazón veintiséis años y presentaba el genuino tipo andaluz fino, rebosando gracia y fuerza, elegancia natural y simpática gallardía. Tenía el color moreno mate, el pelo negro como la endrina y los ojos azules, grandes, rasgados, llenos de pasión y lúbricos pensamientos.

Su popularidad llegó á ser tan grande en aquellos días, que resultaba estrecha para sus visitantes la gran Posada del Mico, donde el ban-

derillero se hospedaba, y no podía poner el pie en la calle sin verse rodeado de numeroso cortejo de chiquillos y aficionados, cuyos homenajes recibía él con la serena afabilidad de un príncipe del trascuerno.

Veíasele por todas partes y á todas horas del día, agasajador y rumboso en la botillería de Naranjo, por la mañana; serio y devoto en el rosario de los PP. Gilitos, por la tarde; decidor y galante en la Cruz de la Tinaja, al caer las oraciones, y loco y desenfrenado, aunque siempre generoso y valiente, en la buñolería de la Tarasca, la taberna del Zarpa ó la zahurda de Celestina la Patata, allá en la lóbrega Cuesta del Cochino, á las altas horas de la noche.

El 24 de Agosto, víspera de la corrida, salió Manolito Espejo de la iglesia de los Gilitos al caer de la tarde, y embozado en su capa de grana y ladeado el airoso castoreño sobre la flamante redecilla, fuese á dar una vuelta por la Cruz de la Tinaja, especie de mentidero entonces, donde acudían los desocupados de todas clases y las beldades más ó menos fáciles de la época. Estaba la tarde pesada, sombrío el cielo, y algunos relámpagos lejanos anunciaban la proximidad de una tormenta.

Llegaba entonces el paseo de la Tinaja desde la Cruz de este nombre hasta el convento de

las Mínimas, y formaba todo ello un verdadero arenal, sin más aceras ni empedrado, que algunas anchas losas arrojadas acá y allá sin orden ni concierto, para facilitar el tránsito cuando las lluvias trocaban de repente el arenisco polvo en profundos barrizales.

La tormenta que amenazaba había ahuyentado los habituales concurrentes de la Cruz de la Tinaja, y Manolito, sin más cortejo que el de cuatro ó cinco chiquillos que le admiraban extasiados con la boca abierta y los dedos en las narices, paseaba de arriba abajo aburrido y malhumorado.

De repente vió venir á lo lejos por el lado de la Cruz una mujer que por su aire y meneos parecióle desde luego chula de rompe y rasga. Saltaba, con la graciosa agilidad de una pajarita de las nieves, de una losa á otra á fin de no empolvar sus zapatitos bajos de cordobán fino, trenzados con galgas de terciopelo sobre la media de seda calada.

Manolito Espejo enderezó el busto, estiróse el chupetín y arregló con artística coquetería los pliegues de su capa de grana.

Era, en efecto, la mujer que se acercaba, una mala hembra de hermosura extraordinaria. Vestía saya de medio paso, color de naranja, con fleco de madroños y alamares negros, y manti-

lla de blondas, negra también, prendida muy alta con peineta de teja y ramo de claveles. Llevaba en una mano enorme abanico, de país corto y ancho varillaje, y sosteníase con la otra sobre el pecho la mantilla, con esa gracia natural y espontánea que las secas y extranjerizadas señoritas de hoy imitan en vano, cuando les place parodiar en los palcos de los toros, el garbo y la bizarría de las clásicas majas de antaño.

Al emparejar la hermosa mujer con el banderillero, á quien no parecía haber visto, detúvose un momento como titubeando: había allí harta distancia entre las dos losas para salvarla de un salto, y relucía en medio un charquito fangoso.

Manolito Espejo vió el cielo abierto. Arrojó con mucho garbo su capa de grana á los pies de la hembra, á guisa de alfombra, y apartóse un poco, con el castoreño en la mano y la izquierda en la cadera, más gallardo y más gentil que lo estuvo Wálter Raleigh cuando hizo la misma galantería á la reina Isabel de Inglaterra.

Miróle ella sin sorpresa; sonrióle en acción de gracias, y con tres menudos pasitos atravesó la improvisada alfombra... Tiró el banderillero de la capa, terciándosela al brazo sin cuidarse del fango, y siguió á la buena moza inclinado el

cuerpo hacia delante, mirando al parecer, con mucha atención, aquellos zapatitos negros que trotaban otra vez por encima de las losas. De pronto dijo muy bajo:

—Paece que va descosía esa suela...

Y ella, con el rostro medio vuelto y oculto en parte con el abanico, contestóle con picaresca sorna:

—En ca del zapatero voy derechita pa que me la remiende.

—¿Y no la podría remendá yo?... En el bolsillo traigo la lezna...

—No lo permita Su Divina Majestá; que se iba usté á llevá un susto mu gordo...

—¿Por qué?...

—Porque mi marío tiene mu mal genio.

—¿Y se come los niños cruos?...

—No: pero le sacude las moscas á los *sangregorda*...

—¿Con un plumero?...

—No: con la mano del almiré...

Sostenían este discreteo la maja y el banderillero en voz muy baja, sin dejar de andar, anhelante él y ciego ya por sus malas pasiones; provocativa ella y mostrando bien á las claras que pensaba en su mente todo lo contrario de lo que sus palabras decían.

IV

Caminaron así largo rato sin que lograse el torero alcanzar á la mala hembra, pues deslizábase ella por los derrumbaderos que las calles de entonces formaban, cual si tuviese alas en los pies ó la levantasen en vilo los demonios... Al doblar de cada esquina provocábale de nuevo con miradas y sonrisas: apretaba él su paso cada vez más anhelante, y al divisarla de nuevo, veíala siempre á igual distancia, sin que su andar revelase mayor premura, ni su cuerpo escultural fatiga ni cansancio.

Dejaron atrás la Catedral, pasaron el puente Nuevo, internáronse en las estrechas y tortuosas calles de la Judería, y al anochecer ya, cuando el cielo encapotado aparecía del todo negro, negro, y comenzaban á gruñir los truenos lejos, lejos, como tremendas amenazas de una cólera cercana, paróse la hermosa mujer al pie de la lóbrega y siniestra Cuesta del Cochino.

Encaramábase esta, estrecha y tortuosa como una serpiente negra que lamiese y estrechase el antiguo murallón romano de la ciudad, y veíase de vez en cuándo, á la luz de los relámpagos, la grotesta imagen del cerdo, esculpida en un

sillar de tiempo de Claudio, que daba origen á su extraño nombre.

Abríase á la mitad de la empinada cuesta una estrecha barreduela, y en el fondo de esta destacábase una casa blanquísima y risueña, con su balcón rebosando macetas de albahaca y de claveles, su cortina de lienzo crudo ribeteada de encarnado y sus alcarrazas á derecha é izquierda, prestas á tomar el fresco del sereno. Aquella era la zahurda de Celestina la Patata.

Detúvose la mala mujer al pie de la cuesta, y haciendo significativas señas al banderillero, comenzó á subir poco á poco, muy despacio y sin volver ya el provocativo rostro. Siguióla Manolito Espejo ebrio ya de pasión y de esperanza, y frente por frente de la casa de la Patata, cuando tocaba ya casi las ropas de la mala hembra y sentía en su olfato el aroma de sus claveles, volvióse ella de repente y asióle brutalmente por el brazo...

Manolito Espejo dió un alarido atroz que los ecos de la negra cuesta prolongaron... En vez de la hermosa mujer que siguieron sus pasos, tenía delante un horrendo esqueleto, con la pelada calavera envuelta en la mantilla de blondas, y los secos miembros crujiendo y revolviéndose entre los flecos de madroños y los

alamares de seda... Imagen espantosa del deleite del pecado, que se desvanece en un segundo y se escapa de entre los dedos, dejando, quizá para siempre, herido el cuerpo, perdida el alma y abrumada la conciencia con el peso del remordimiento!...

Al alarido de Manolito abalanzáronse al balcón varias mujerzuelas y una vieja con hábito de San Antonio y dos parches negros en las sienes... Ni por arriba ni por abajo aparecía ya en toda la cuesta rastro de gallardas mujeres ni hediondos esqueletos... Veíase tan solo en el centro un hombre tendido en el suelo, al parecer muerto, sobre una capa de grana, que en la media oscuridad de la noche que ya se aproximaba, antojósele á aquellas infelices enorme mancha de sangre.

—¡Favor!... ¡Socorro!... ¡Á la justicia!... ¡Un hombre muerto!—gritaron todas á un tiempo.

Y se oprimían y agitaban en el balcón, aterradas, manoteando; y las alcarrazas venían á tierra con estrépito, y las macetas estrujadas dejaban caer al suelo sus claveles rojos, como si fuesen lágrimas de sangre.

Sosegáronse al cabo, y apareció á poco en la calle la vieja con un velón de cuatro piqueras, seguida de seis ó siete de las mujercillas... Salían todas medrosicas y curiosas, sin osar

acercarse unas, adelantándose hasta tocar al hombre otras más atrevidas. La vieja, serena ya del todo, proyectó la luz del velón sobre el rostro del caído. Dos voces espantadas clamaron al mismo tiempo:

—¡Si es Manolito Espejo!...

Levantóse entonces un concierto de alaridos, y una de ellas, que por saber leer llamaban la Mona Sabia, arrojóse al suelo mesándose el cabello y gritando con monótona cadencia:

—¡Ay mi Manolito Espejo!... ¡Ay mi Manolito Espejo!...

Colocó la vieja sobre sus rodillas la cabeza del banderillero, y comenzó á desabrocharle la camisa y la ropilla y á friccionarle las sienes con vinagre que trajeron en un cuerno. Todas le rodeaban ansiosas, contemplando á la luz del velón aquel rostro lívido que parecía de un muerto. La Mona Sabia, tendida en el suelo, continuaba gimiendo:

—¡Ay mi Manolito Espejo!...

Rebullóse éste al cabo un poco, abrió los descoloridos labios, y de entre sus dientes apretados salió claro y angustioso el santo grito de la fe que despierta; el humilde clamor de la esperanza que implora misericordia:

—¡Confesión!... ¡Confesión!...

Miráronse todas las mujerzuelas en silencio,

perplejas, llenas de pavor, de angustia, de respeto. La vieja, alzando la escuálida cabeza, gritó con vehemente ímpetu:

—¡Tú, Petrilla... Francisca... cualquiera!... Llégate en un salto á la Misericordia y tráete corriendo un fraile!...

Lanzóse la Mona Sabia la primera, y con la cabeza destocada, y remangada la estrecha falda para correr más fácilmente, viósela desaparecer en un segundo por la cuesta abajo, gimiendo siempre entre dientes:

—¡Ay mi Manolito Espejo!... ¡Ay mi Manolito Espejo!...

Cerraban ya el convento, y la Mona Sabia vió cruzar por el atrio un fraile viejo que iba de retirada... Abalanzóse á él con angustioso ahinco y asióle por el hábito.

—¡Que han matado á Manolito Espejo... y pide confesión... y está agonizando!...

—¿Pero quién?... ¿Cómo?... ¿Dónde está?...

—Allá en la Cuesta del Cochino... en casa...

Detúvose la infeliz como avergonzada, y quizá por primera vez en la vida tuvo conciencia de su condición infame.

—En casa de Celestina la Patata, concluyó tímidamente.

Hizo el fraile un movimiento, y espantada la Mona Sabia, comenzó á decir á borbotones, con

ademanes de súplica y cadencias en la voz de humildad desolada:

—¿No quiere su mercé venir?... Si su mercé entrará solo... y todas, toítas nos saldremos... Mire su mercé que el pobrecito está dando las boqueás, y pide confesión, que es un doló el oirlo... ¿Qué culpa tiene el infeliz de caé donde ha caído?... ¡Ay Padre, si su mercé lo viera!...

Y se puso á gemir como una desesperada y á tirarse de los pelos.

—Pero calla, tonta, replicó dulcemente el fraile... Si ahora mismo voy á verle... Anda tú por delante... Déjame decir á éste dos palabras.

Y dirigiéndose al portero que con el manojo de llaves aguardaba, le dijo en voz baja:

—Que lleven dos legos una camilla adonde esa mujer ha dicho... Y que avisen al médico y den parte á la justicia.

V

Mientras tanto, suspendía la Patata los preparativos para trasladar á Manolito al interior de la casa, y hacíase traer, en cambio, á la mitad de la calle, un colchón, mantas y almohadas para improvisar al desdichado allí mismo un lecho.

Murmuraban algunas de las mujerzuelas, no

comprendiendo las razones de la vieja; mas ella, sin hacerles el menor caso, habíase sentado en una silla baja á la cabecera del moribundo, que seguía hecho un tronco, palpábale los pulsos, enjubále el sudor del rostro y decíale á veces al oído, con el mimo de una madre y la unción de un agonizante:

—No te apures, chiquillo, que ya viene el Padre... En un salto está aquí... Encomiéndate mientras tanto á la Virgen Santísima del Carmen.

Apareció al fin por la cuesta la Mona Sabia, jadeante, haciendo señas con la cabeza y con las manos de que tras ella venía el fraile... Desfilaron todas las mujeres una á una y entráronse en la casa, silenciosas, avergonzadas, llenas de pavor y angustia, como si temiesen profanar con su presencia el acto santo que iba á seguirse; como poseídas del respeto profundísimo á las cosas santas, que existía en aquella época hasta entre semejante canalla.

La Patata, muy turbada, salió al encuentro del fraile, y sin darle tiempo de abrir la boca, díjole muy presurosa:

—Sentaíto en esa silla le pué confesá su mercé, sin necesidá de entrá en la casa... Por aquí no pasa un gato... Después se hará lo que su mercé mande... Si hay que llevarlo al hospital

se lleva... Si hay que meterlo en casa, se mete; que voluntá y gallina diaria no han de faltarle...

Comprendió el religioso el respeto al Sacramento y á su persona misma, que envolvían los hechos y razones de la vieja, y díjola afablemente:

—Bien, mujer, bien; descuida... Si es necesario entrar, ya entraremos... Pero ayúdame antes á ver la cara que tiene este prójimo.

Examinó entonces el religioso á Manolito á la luz del velón que la Patata sostenía, y cercioróse pronto de que no había en él herida, golpe ni lesión alguna, y que por muy grave que fuese su estado, no aparecían aún signos de próxima muerte.

Sacó entonces de la manga de su hábito un frasquito con un poderoso reactivo que á prevención traía, y aplicólo á las narices del banderillero. Reaccionóse éste al punto, y comenzó á rebullir, y abrió los ojos y la boca para repetir de nuevo el grito que expresaba sin duda su ardiente deseo y su constante pensamiento:

—¡Confesión!... ¡Confesión!...

—Sí, hijo mío, ahora mismo... Pero mira, Celestina, vamos á meterlo dentro... La humedad del suelo pasa el colchón y podrá hacerle daño...

Sintió la Patata en lo más hondo de su ser un salto de alegría loca... Parecíale que Dios se

aproximaba á ella y llamaba á las puertas de su casa, y que si ella se decidía á caer á sus pies, encontraría también misericordia... Pronto estuvo instalado el banderillero, sin moverlo del colchón, en un zaquizamí al lado de la puerta. Había allí sobre una cómoda un San Antonio de barro en una urna de cristales con papeles dorados. La Patata encendió dos velas descabaladas y se las puso delante. El religioso cerró la puerta tras ella.

Habíanse refugiado las mujeres en el piso alto, y echadas acá y allá por los rincones, no osaban moverse ni hablar, como si cargase sobre ellas más fuerte que nunca el peso de su infamia... La Patata, sentada al cuidado ante la puerta del moribundo, sacó de su profunda faltriquera una camándula, de esas simientes que llaman lágrimas de San Pedro, y comenzó á repasarla entre sus descarnados dedos... Llegaron dos legos de la Misericordia con una camilla; y la vieja, andando de puntillas y hablando muy bajito, hízoles sentar en el zaguán y esperar en silencio.

Media hora después, abrióse la puerta del zaquizamí y apareció el fraile... Manolito Espejo se había confesado con grandes muestras de contrición fervorosa y perdido de nuevo el conocimiento... Sin espera ninguna, íbasele á trasla-

dar en la camilla al convento de la Misericordia para administrarle allí los demás sacramentos y esperar lo que Su Divina Majestad dispusiese.

Hízose la traslación en el mayor silencio, sin que ninguna mujer apareciese. El horror á la muerte y el respeto á la religión enfrenaron las curiosidades y ahogaron los lamentos... Al salir el fraile detrás de la camilla, detúvole la Patata por una manga, y roja la arrugada frente, como jamás lo estuvo cuando era tersa y pulida, alargóle unas monedas de plata, diciendo con muestras de humildad profunda:

—Pa que diga su mercé una misa á San Antonio bendito, por ese desdichao...

—La desdichada eres tú, Celestina, dijo gravemente el fraile, rechazando con suavidad las monedas... No es necesario tu dinero para que se digan las misas... Una se dirá por él... y otra por tí, pobrecita!...

VI

Fuese lo sucedido á Manolito Espejo un prodigio sobrenatural ó una alucinación de los sentidos, es lo cierto que el choque horrendo que produjo en su organismo aquella escena, perturbó por completo y para siempre todas sus facultades. Tres meses permaneció en el convento

de la Misericordia, luchando entre la muerte y la vida, la razón y la locura, hasta que declarada la imbecilidad absoluta y atacados todos sus miembros de un continuo temblor semejante al que llaman baile de San Vito, ingresó en el hospital de X** en clase de asilado. Olvidáronse allí pronto todas aquellas memorias, y el grotesco apodo de Zamama cayó á poco y para siempre, como la losa de un sepulcro, sobre las glorias, el nombre y los recuerdos del simpático Manolito Espejo, banderillero de Costillares.

Ingresó en el hospital de X** el 3 de Diciembre de 1797, á la edad de veintiséis años. Tenía por lo tanto noventa y tres cuando yo le conocí en 1864. Murió dos años después, á los noventa y cinco años de edad y sesenta y nueve de hospital, el 8 de Setiembre, fiesta de la Virgen de Consolación, de quien siempre fué tan devoto.

FIN

ÍNDICE

Páginas,

Cartas claras.—*Carta primera:* Dos Juanes.... 7

Carta segunda: Á un gran Señor titulado..... 29

Ratón Pérez *(Cuento infantil)*..... 43

Las borlitas de Mina *(Narración histórica)* 65

Fablas de Dueñas *(Narración histórica)*..... 79

La Virgen de la Palma *(Fragmento de un libro no terminado)*..... 109

El salón azul *(Historia maravillosa)*..... 121

La Cuesta del Cochino *(Relación de un sucedido)* .. 167

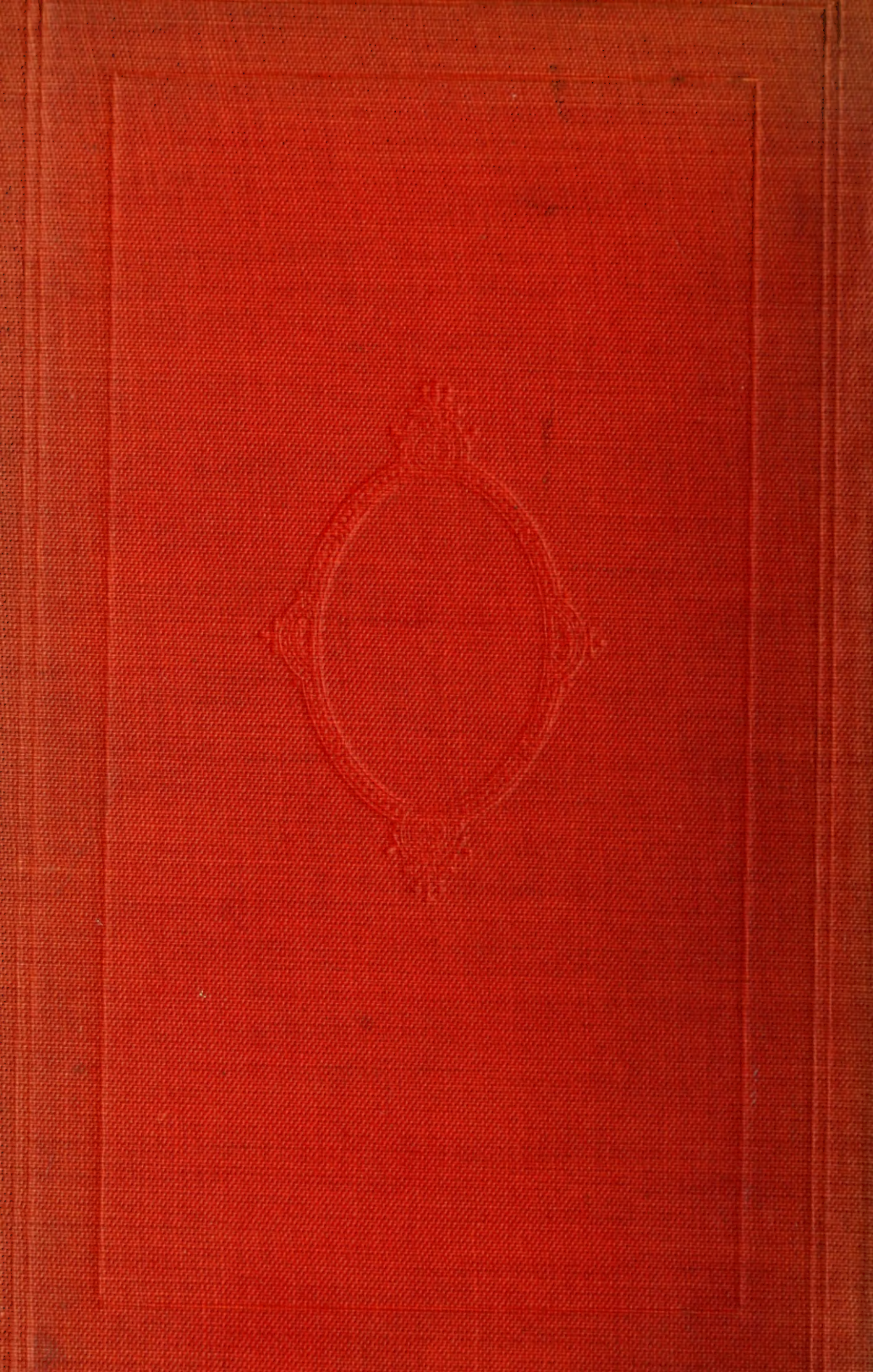
LS
C7187n

Coloma, Luis
Neuvas lecturas.

457095

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED